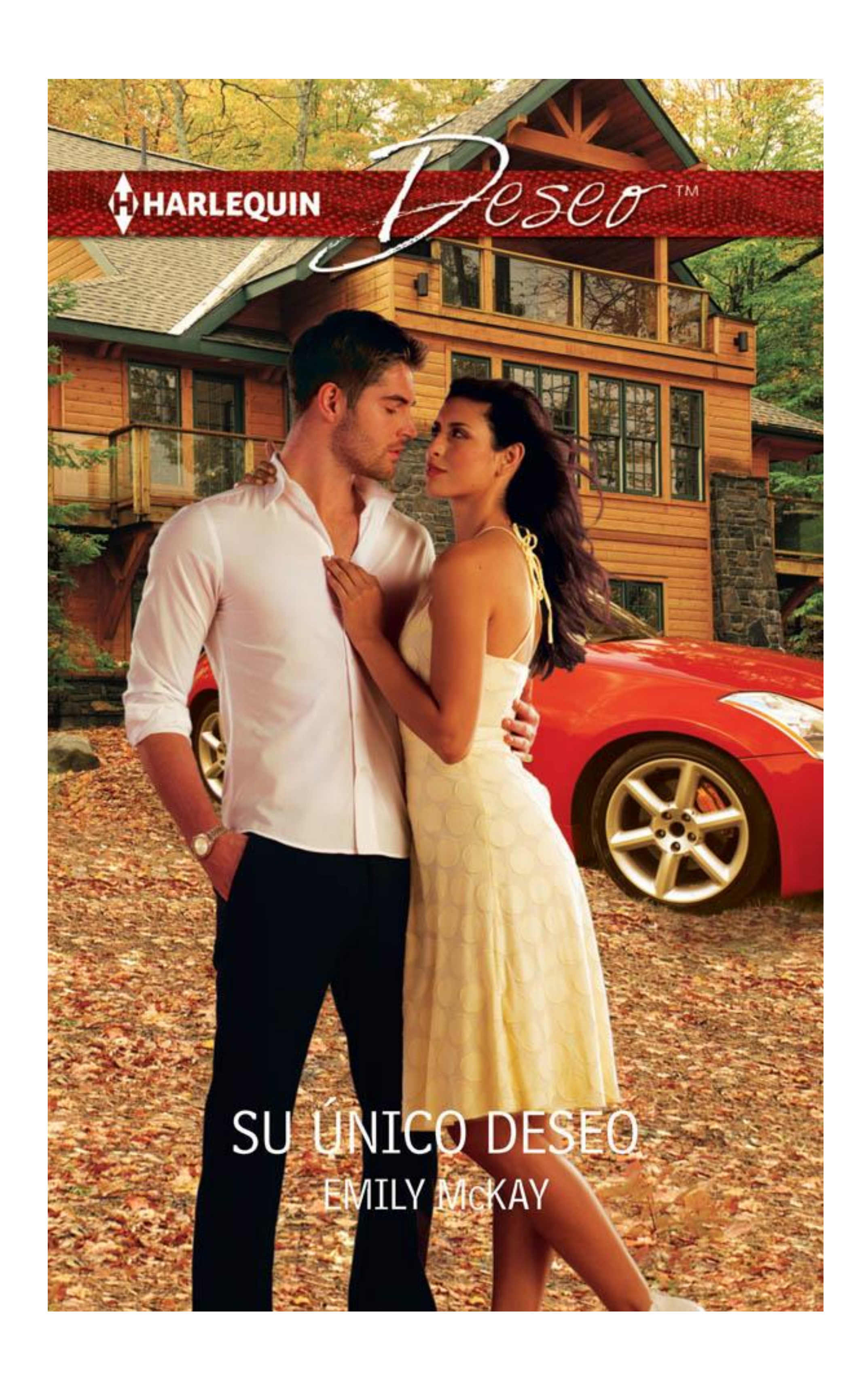

HARLEQUIN
Deseo™
SU ÚNICO DESEO
EMILY McKAY



SU ÚNICO DESEO

EMILY McKAY



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

N.º 1967 - marzo 2014

Su único deseo

Título original: All He Ever Wanted

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-4044-7

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Prólogo

Según todas las apariencias, Hollister Cain, de sesenta y siete años y recuperándose del último infarto, estaba al borde de la muerte, pero era un borde al que se agarraba con la misma ferocidad con la que había llevado el imperio Cain durante los últimos cuarenta y cuatro años.

No era el cariño lo que había llevado a sus parientes a la casa. Cuando su esposa, con la que no tenía relación, sus tres hijos, dos legítimos, uno ilegítimo, y hasta su antigua nuera lo dejaron todo para correr a su lado no era por devoción sino por incredulidad. Ninguno podía creer que el hombre que había levantado un imperio y esculpido sus vidas pudiese ser mortal como ellos.

Seis semanas antes, cuando su salud empeoró drásticamente, el estudio del primer piso de la casa, en el prestigioso vecindario de River Oaks, Houston, había sido convertido en una habitación de hospital.

Sin acobardarse después de tres infartos, un doble *bypass* y un hígado enfermo, Hollister seguía pensando que ingresar en el hospital estaba por debajo de él. El estúpido arrogante.

Aunque Dalton entró en la habitación intentando no hacer ruido, su padre abrió los ojos y dejó escapar un suspiro agónico.

–Llegas tarde.

–Claro que sí. He tenido una reunión.

Hollister lo sabía muy bien porque el consejo de administración de la Compañía Cain se había reunido todos los lunes a las ocho de la mañana durante veinte años. A veces, parecía deleitarse en obligar a Dalton a elegir entre las obligaciones familiares y la empresa cuando sabía que dirigir la Compañía Cain era un trabajo que ocupaba todas las horas del día.

Su padre asintió con la cabeza, satisfecho. Estaba poniendo a prueba su lealtad hacia la compañía, como siempre.

–Muy bien –Hollister tomó el mando de la cama articulada con una mano temblorosa. Apenas parecía capaz de pulsar el botón.

El cabecero empezó a levantarse despacio y mientras Hollister se colocaba sobre la almohada, Dalton miró alrededor. Caro, su madre, estaba sentada en una silla al lado de la cama, seria. Griffin Cain, su hermano menor, tenía aspecto cansado ya que acababa de llegar de Escocia. Al lado de Hollister estaba Portia, la exmujer de Dalton, que parecía más cómoda con sus parientes que el propio Dalton.

Portia era una de las pocas personas que se llevaban bien tanto con Hollister como con Caro, por eso no había desaparecido de sus vidas después del divorcio.

Y, por fin, en una esquina, mirando por la ventana, tan distante como siempre, Cooper Larsen, el hijo ilegítimo de Hollister.

Cooper, apoyado en la ventana con expresión aburrida, ni siquiera miró en su dirección.

Su desinterés no le sorprendía tanto como su presencia. Que su padre lo hubiese llamado y que él hubiera respondido a esa llamada significaba que Hollister Cain estaba en peligro de muerte.

Los pitidos del monitor que controlaba el funcionamiento de su corazón se habían acelerado, como si el esfuerzo de pulsar el botón lo hubiese agotado, pero su mirada seguía siendo firme.

Alargó una mano para tomar algo de la mesilla y cuando Caro Cain, su mujer, le ofreció el vaso de agua, Hollister la apartó con gesto impaciente para tomar un sobre blanco. Intentó abrirlo y cuando no pudo hacerlo se lo ofreció a ella.

–Léelo –le ordenó.

Caro, con el ceño fruncido, sacó un papel escrito a máquina y empezó a leer en voz alta:

–Querido Hollister, he sabido que estás enfermo y que ya no hay recuperación posible. De modo que, por fin, el demonio se llevará a su ayudante en la tierra. Sé que criticarás estas palabras, pero te aseguro que las he elegido con cuidado. Podría haber dicho que eres el propio demonio y no estaría mintiendo. Ya no soy una «tonta ignorante» como tú me llamaste una vez.

Caro hizo una pausa, desconcertada.

–¿Esto es una broma?

Hollister hizo un gesto con la mano para que siguiera leyendo.

–Tal vez no recuerdas haber dicho esas palabras, pero te aseguro que lo hiciste y que yo nunca las he olvidado. Ni por un momento. Las pronunciaste unos segundos después de levantarte de mi...

La voz de su madre se rompió y Griffin se acercó a ella.

–Esto es ridículo. ¿Para qué nos has llamado? ¿Para humillar a mamá públicamente?

–Sigue leyendo –ordenó Hollister, sin abrir los ojos.

–Yo la leeré –dijo Griffin.

–¡No! Quiero que la lea ella.

Caro miró a Griffin y a Dalton antes de levantar de nuevo el papel.

–Esas palabras fueron pronunciadas con tal crueldad que durante años he rezado para tener la oportunidad de hacerte el mismo daño que tú me hiciste a mí. Y, por fin, después de tantos años, esa oportunidad ha llegado. Sé cómo has defendido siempre tu pequeño imperio, cómo te gusta controlarlo todo a tu alrededor, cómo manipulas... –la voz de Caro se rompió y tuvo que tragar saliva antes de seguir– a toda tu familia...

Dalton dio un paso adelante y le quitó la carta de las manos. Tal vez Hollister no se daba cuenta de la angustia que le producía tener que leer aquello en voz alta, aunque seguramente le daba igual.

Furioso, la leyó deprisa y tiró el papel sobre la cama. Lo había hecho por instinto, tan fuerte era el odio que desprendían las palabras de la desconocida.

Había sido escrita para hacerle daño a su padre y Dalton le resumió el contenido a los demás, aunque estaba seguro de que tarde o temprano todos la leerían.

–Dice que tuvo una hija de Hollister, «la heredera perdida» la llama. Se niega a contar nada más. Es una forma de torturar a Hollister en su lecho de muerte porque sabe que nunca podrá encontrarla.

Dalton miró a su madre y luego a Griffin. Todos sabían que su padre había sido un mujeriego, Cooper era la prueba viviente de ello.

Su hermano ilegítimo se apartó de la ventana en ese momento.

–De modo que el viejo tiene más hijos bastardos. No sé qué tiene eso que ver con nosotros.

Dalton estaba de acuerdo. Él tenía más que suficiente con dirigir la Compañía Cain.

Antes de que nadie pudiese decir nada, Hollister volvió a abrir los ojos.

–Quiero que la encontréis.

Aquello era justo lo que Dalton necesitaba, más responsabilidades.

–Podemos contratar a un investigador privado.

–Nada de investigadores –dijo su padre–. Va contra las reglas.

–¿Qué reglas? –preguntó Griffin–. ¿Quieres que la encontremos? Pues muy bien, la encontraremos. Pero esto no es un juego.

Hollister hizo una mueca.

–No es un juego, es una prueba.

Cooper soltó una amarga carcajada.

–Ah, claro. ¿Por qué si no me hubieras llamado a mí? Quieres que demuestre que soy digno hijo tuyo.

–No digas tonte... –Hollister empezó a toser y tardó unos segundos en recuperarse–. La prueba es para todos vosotros.

–Yo tengo cosas mejores que hacer. No cuentes conmigo, no estoy interesado –dijo Griffin.

–Yo tampoco –se apuntó Cooper.

–Pero lo estaréis.

Hollister había dicho esa frase con tal convicción que Dalton sintió un escalofrío. Su padre estaba muy débil, muriéndose en realidad, pero él sabía que nunca hablaba con esa convicción a menos que estuviera muy seguro de algo.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Hollister volvió hacia él sus ojos azules.

–Todos estaréis interesados porque quien encuentre a esa mujer heredará la Compañía Cain.

Bueno, eso lo cambiaba todo.

Dalton siempre había sabido que su padre era un canalla, pero nunca lo hubiera imaginado capaz de algo así.

Él había dedicado su vida a la compañía y no pensaba renunciar a ella sin luchar.

–¿Y qué ocurrirá si ninguno de nosotros la encuentra? –le preguntó.

La habitación quedó en silencio y Hollister pareció tomar aliento antes de responder, en un susurro:

–Que toda mi fortuna pasará a manos del Estado.

Capítulo Uno

–No es verdad, no va a hacerlo –Griffin abrió la puerta de su apartamento y se apartó para hacer pasar a Dalton–. La Compañía Cain significa tanto para él como para cualquiera de nosotros. Nunca dejaría que el Estado se quedase con ella.

–Si fuese otro hombre, estaría de acuerdo –empezó a decir Dalton–. Pero Hollister no se tira faroles y tú lo sabes.

Griffin vivía en el mismo rascacielos del centro de Houston en el que vivía él. Cuando Portia le pidió el divorcio, Dalton había comprado un apartamento allí porque el edificio estaba cerca de la oficina. Además, ya conocía el de su hermano y de ese modo no había tenido que buscar casa por toda la ciudad.

El apartamento de Griffin estaba decorado con grandes sofás de piel y mucho acero. Era caro, moderno y, en su opinión, demasiado frío. Claro que su propio apartamento estaba decorado como si fuera el de un universitario, de modo que no podía criticar.

–¿Qué quieres tomar? –le preguntó su hermano.

–¿Vas a beber ahora? Aún no es mediodía.

–Después de la bomba que ha soltado papá, creo que necesitamos una copa.

–Muy bien –asintió Dalton. Tal vez una copa lo calmaría un poco–. Un whisky.

Griffin sacó varias botellas y empezó a hacer mezclas en una coctelera.

–¿Tú sabes si puede hacer eso legalmente?

–Creo que sí puede –Dalton se pasó una mano por el pelo–. Por supuesto, mamá recibirá los bienes comunes que le corresponden: las casas, los coches, el dinero. Pero Hollister puede hacer lo que quiera con las acciones de la empresa.

–Imagino que eres tú quien más tiene que perder. ¿Qué piensas hacer?

Dalton se quitó la chaqueta y la colocó en el brazo de un sofá. Sí, claro que era él quien más tenía que perder. Había dedicado toda su vida a ser el perfecto director de la Compañía Cain. Todas sus decisiones desde que tenía diez años, desde las aficiones infantiles a las actividades extraescolares, su educación universitaria, incluso la mujer con la que se había casado tenía que ver con la empresa familiar y no iba a dejar que su padre lo destrozase todo de un plumazo por un capricho.

–Una opción es esperar a que muera y después llevar el caso a los tribunales.

Griffin puso la tapa en la coctelera y empezó a agitarla vigorosamente.

–Pero entonces tendremos que esperar años y el litigio nos costará una fortuna.

Dalton se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

–Si no estuviera ya en su lecho de muerte, lo mataría.

–Y yo te ayudaría –dijo Griffin, mientras servía el cóctel en dos copas–. El lado bueno es que el consejo de administración te adora. Aunque el dinero de papá pasara a manos del Estado, el consejo de administración te mantendría en tu puesto.

–Y entonces tú podrías mantener el tuyo como director de relaciones internacionales.

Su hermano sonrió.

Los dos sabían que el cómodo y bien remunerado puesto de Griffin no era algo que pudiese encontrar en cualquier otra empresa.

–No serías tan rico como ahora, pero seguirías siendo el director del consejo de

administración.

–Esa es la mejor de las posibilidades, sí –asintió Dalton, mirando el cóctel de color verde–. Esto no es whisky.

–Después de cuatro años haciendo cócteles en la universidad creo que puedo ofrecerte algo mejor que un simple whisky. Estoy intentando que amplíes tus horizontes.

Dalton tomó un trago. Estaba sorprendentemente bueno. Menos dulce que un margarita y bastante más fuerte.

–Sí, es posible que yo siguiera en mi puesto como director del consejo de administración, pero es más probable que alguno de nuestros competidores comprase una mayoría de acciones. Seppard Capital podría hacerlo. Y, en ese caso, los dos seríamos despedidos y la Compañía Cain sería desmantelada.

Griffin levantó su copa con gesto amargo.

–Por nuestro querido padre.

Su hermano y él nunca habían estado particularmente unidos. Hollister siempre había animado la rivalidad entre ellos y hasta en su lecho de muerte los había lanzado al uno contra el otro por las acciones de la compañía.

–¿Vas a buscar a la heredera? –le preguntó.

Griffin hizo una mueca.

–No, no. ¿Para qué quiero yo las acciones?

–Solo quería saberlo. Claro que hay una posibilidad que no hemos tomado en consideración: que Cooper encuentre a esa chica.

Dalton y Griffin tenían siete y cuatro años respectivamente cuando Hollister apareció en casa con Cooper, que entonces tenía cinco años, y lo presentó como «su otro hijo». Había vivido con ellos durante dos años, molestando a todo el mundo, hasta que se fue a la universidad. No se llevaban bien en absoluto.

Griffin tomó un trago.

–Cooper podría desmantelar la compañía igual que Grant Sheppard.

Cierto...

Dalton miró el líquido verde en su copa. Si Cooper encontraba a la heredera perdida, la Compañía Cain ya no sería suya.

–Me temo que sí.

–¿Y cómo vas a encontrar a esa misteriosa hermanastra nuestra?

–Esa es la pregunta del día, ¿no?

–Papá no ha conocido a una mujer con la que no se haya acostado, de modo que no será fácil.

–La lista de mujeres es larguísima... –Dalton sacudió la cabeza, airado. Hollister había tenido una amante cuando él era niño, pero temía que Sharlene fuera solo la punta del iceberg–. Podría ser de cualquier sitio. Cualquier mujer, en cualquier bar, en cualquier estado del país.

–O de algún país extranjero.

Cooper había sido criado en Vale, Colorado, pero en el momento de su concepción su padre estaba esquiando en Suiza. Como la madre de Cooper había sido una campeona olímpica de esquí, debían haberse conocido allí.

–Aunque supiéramos la edad de esa chica sería imposible encontrar a todas las mujeres con las que Hollister se ha acostado a lo largo de los años.

–¿Has visto el remite de la carta? –le preguntó su hermano.

–No tenía remite, pero fue enviada desde una oficina de correos de Houston. Podría

vivir a la vuelta de la esquina o en Toronto y ha pagado a alguien para que enviase la carta.

–La cuestión no es con quién se acostó sino cuál de esas mujeres lo odia tanto como para hacer algo así precisamente ahora.

Griffin se quedó callado un momento.

–Imagino que todas ellas –dijo luego.

–Podemos decir lo que queramos de él, pero nuestro padre era un canalla encantador con las mujeres y eso elimina los revolcones de una sola noche. Esa mujer tiene que conocerlo bien para odiarlo de ese modo.

Dalton se levantó y tomó su chaqueta.

–¿Acabas de tener una inspiración? –le preguntó su hermano.

–Algo así. Si alguien odia tanto a papá, hay una mujer que podría saber quién es: la señora Fortino.

–¿Nuestra antigua ama de llaves?

–Exactamente. Ella sabía todo lo que pasaba en la casa y ella me dirá lo que necesito saber.

–Pero se retiró hace cinco años –le recordó Griffin–. Tal vez esté viajando por todo el país en una caravana.

–No creo que sea difícil encontrar a la señora Fortino. Además, ella no es del tipo de persona que viaja en una caravana.

–¿Sabes quién podría saber cómo localizarla?

–Nuestra madre.

–No, yo estaba pensando en Laney.

Dalton miró a Griffin intentando esconder que su corazón había dado un vuelco al escuchar ese nombre.

–Imagino que te acuerdas de Laney, la nieta de la señora Fortino. Vivió en casa durante un tiempo, cuando estábamos en el instituto.

–Sí, me acuerdo de ella.

–Volvió a Houston hace un par de años. Me encontré con ella en una cena benéfica en Tisdale. ¿Sabes que es profesora allí?

–No, no lo sabía.

–No me imagino a un diablillo como Laney dando clases en un colegio de monjas.

–Imagino que habrá cambiado.

–Me sorprende que tú no lo supieras. ¿No estás en el consejo de ese colegio?

–Sí, pero solo es un puesto honorífico. Donamos mucho dinero anualmente, pero yo no sé nada de lo que pasa allí –Dalton sacó el móvil del bolsillo, como si acabase de recibir un mensaje–. Oye, tengo que irme. Hablaremos mañana.

Sin darle a su hermano oportunidad de replicar, salió a toda prisa y cerró la puerta. Le habría gustado volver a la oficina porque tenía mucho trabajo, pero bajó a su apartamento para empezar la búsqueda de Matilda Fortino. La lógica le decía que ese era el primer paso para encontrar a la heredera perdida.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, tal vez en toda su vida, se cuestionaba a sí mismo. ¿Estaba buscando a la señora Fortino porque ella podría llevarlo hasta la heredera perdida o porque podría llevarlo hasta Laney?

Por supuesto que sabía dónde estaba Laney. Al menos, sabía dónde trabajaba, pero aún no se había atrevido a buscar su dirección y eso decía mucho.

Decía casi tanto sobre él como la mentira que le había contado a Griffin. No solo sabía que Laney había solicitado un puesto en Tisdale sino que había sido él personalmente

quien consiguió que el puesto fuese para ella. Se había dicho a sí mismo que era por los viejos tiempos. Además, entonces estaba casado con Portia y las fantasías que pudiese tener sobre Laney eran ecos lejanos de su juventud.

Pero en aquel momento, un año después de su divorcio, con su futuro en peligro, tenía que preguntarse cuál era la verdadera razón. Él no estaba acostumbrado a hacerse preguntas, pero tampoco estaba acostumbrado a mentir. ¿Estaba buscando a la heredera perdida o a Laney?

A las tres de la tarde, Laney Fortino estaba frente a la puerta del colegio Tisdale, maldiciendo al sol, a los padres que llegaban tarde a recoger a sus hijos, a Dalton Cain y a la falta de concreción de las galletas de la fortuna.

Su galleta de la noche anterior decía: «habrá un cambio en tu futuro». Y aquella mañana había recibido una nota de la secretaria del colegio diciendo que Dalton Cain iría a hablar con ella después de las clases. De modo que la primera galleta de la fortuna que daba en el clavo en toda su vida no le había servido absolutamente de nada. ¿Por qué no podía haber dicho, por ejemplo: «Dalton Cain te va a llamar»? ¿O incluso: «Mañana sería un buen día para ponerte unos zapatos de tacón, el vestido de Betsey Johnson que compraste en eBay y la camiseta elástica que te hace menos tripa»?

Por supuesto, jamás se pondría zapatos de tacón para dar clase y si la fortuna hacía referencia a Dalton Cain, seguramente debería reservar un vuelo para Australia o Tahití.

Pero allí estaba, esperando que los últimos padres recogieran a sus hijos, sudando bajo el sol de octubre con su vestido vintage, que había comprado en una tienda de rebajas, calcetines y zapatillas de deporte. Tal y como iba vestida parecía una muñeca repollo.

Bueno, daba igual cómo fuera vestida. Y le daba igual Dalton Cain. No, eso no era verdad. Aunque le daba igual su aspecto, le importaba lo que Dalton pensara y debía dar buena impresión.

Porque solo había una razón para que uno de los hombres más ricos y poderosos de Houston fuese a verla: Dalton debía saber que su abuela le había robado casi un millón de dólares a los Cain.

Un dinero del que Laney no sabía nada hasta que se hizo cargo de las cuentas de su abuela. Era imposible que Matilda hubiese ahorrado ese dinero.

Tenía que habérselo robado a los Cain, pero no podía acudir a las autoridades. Imaginaba que una anciana con Alzheimer no iría a la cárcel, pero no podía arriesgarse. Y tampoco podía explicarle la situación a los Cain porque Hollister era brutal y vengativo con sus enemigos y Caro no era mucho mejor.

No podía devolver el dinero porque estaba en un fideicomiso, administrado por el propio banco, con el que su abuela pagaba la cara residencia privada en la que residía. Laney no podía tocarlo, de modo que estaba atrapada. Le daba pánico que Dalton Cain lo hubiese descubierto porque o iba a demandar a su abuela, una mujer de ochenta y tres años, o la obligaría a devolver el dinero... y no podía hacerlo.

Diez años atrás, la última vez que se vieron, ella era una persona completamente diferente.

Esa chica, que llevaría un vestido provocativo, lo habría desafiado a llamar a la policía y luego le habría dicho de todo. Pero ya no era esa rebelde.

La década anterior la había enseñado a ser más moderada. Era profesora de primaria, de modo que tal vez no estaba tan mal parecer una muñeca repollo.

Un coche apareció entonces en la esquina de la calle Beacon, en dirección al colegio. No podría decir cómo, pero supo inmediatamente que era Dalton. Tal vez porque conocía los coches de todos los padres de sus alumnos o tal vez porque el lujoso vehículo parecía deslizarse por la calzada con la actitud orgullosa de los Cain.

El Lexus se detuvo en el aparcamiento y, como imaginaba, Dalton salió de él. Lo reconoció de inmediato, aunque había pasado una década desde la última vez que se vieron. Con un pantalón marrón y una camisa de color azul claro, se quitó las gafas de sol para mirarla fijamente, como si no la reconociera, hasta que Laney lo saludó con la mano.

A su lado, Ellie, que seguía esperando a sus padres, protestó:

–Señorita, me está apretando la mano.

–Perdona, no me había dado cuenta –se disculpó ella, frotando la mano de la niña.

–¿Quién es ese hombre?

–Es un viejo amigo mío.

La madre de Ellie apareció por fin y Laney se despidió de la niña.

Le gustaría haberse encontrado con Dalton Cain en mejor momento, pero tenía que verlo en calcetines y zapatillas de deporte...

Aunque hacía años que no la veía, Dalton la reconoció de inmediato. El pelo negro, que caía sobre sus hombros, seguía moviéndose con sensualidad, en contraste con su atuendo de profesora de primaria. Pero tenía la misma piel de alabastro y la misma sonrisa.

Al verla, Dalton experimentó una inesperada oleada de deseo. Laney, que no había tenido que sufrir una patosa adolescencia, había pasado de niña a diosa directamente; un papel que le gustaba porque irritaba a su estricta abuela y a sus benefactores, los Cain. También lo irritaba a él, aunque intentaba disimular. Diez años más tarde, su sensualidad era más contenida, más sutil, pero también más atractiva.

Se había preguntado alguna vez si de verdad le habría hecho un favor consiguiéndole aquel puesto de trabajo tres años antes. No sabía si una chica tan rebelde podría soportar las normas de un colegio tan conservador... hasta que se inclinó para hablar con la niña y un tirante del vestido se deslizó por su hombro, mostrando un tatuaje.

«Ah, claro, era de esperar».

Ella lo miraba con gesto desaprobador. Bueno, eso era algo que no había cambiado. Seguía odiándolo y era lógico porque no la había tratado bien.

Laney, con una sonrisa en los labios, le dijo algo a la niña. Había algo muy femenino en su nuevo aspecto, pero nada refinado o elegante. Por alguna razón, pensó entonces en su exmujer. Portia jamás saldría a la calle con ese vestido y esos calcetines. Había estado ocho años casado y ni siquiera sabía si su exmujer tenía zapatillas de deporte en el armario. Claro que tampoco estaría nunca en la puerta de un colegio, con una niña pequeña de la mano.

Entonces se preguntó por qué estaba pensando en Portia y Laney al mismo tiempo si no se parecían en nada. Había estado casado con Portia, pero con Laney... apenas sabía cómo describir su relación con ella. Y no por primera vez, se preguntó qué estaba haciendo allí.

–Hola, Laney.

–Hola, Dalton –lo saludó ella, incómoda.

Sabía que eran los nervios y el miedo lo que hacía que le costase hablar. No tenía nada que ver con que Dalton se hubiera convertido en un hombre tan atractivo.

–¿Podemos charlar en algún sitio? –le preguntó él.

–Sí, en mi aula –respondió ella.

Pero en lugar de darse la vuelta, Laney seguía inmóvil, mirándolo. Su rostro seguía siendo delgado, sus labios gruesos, su pelo oscuro ligeramente rizado, como rebelándose contra la estructurada vida que se había impuesto a sí mismo.

Entonces, inesperadamente, se encontró mirándolo a los ojos y sintió que le ardía la cara.

–Estás muy guapa, Laney.

«Mentiroso».

No estaba guapa al final de un día dando clase a docenas de niños. En una ocasión volvió a casa y se encontró una palomita pegada en el pelo, de modo que no era verdad.

Sin embargo, su relajada actitud la calmó un poco. Si hubiera ido allí para hablar del millón de dólares no se mostraría tan amable. Pero si no era por el dinero, ¿para qué había ido?

–No tengo mucho tiempo. Debo empezar con las actividades extraescolares.

Laney se detuvo en la puerta para sacar su tarjeta electrónica, con Dalton tras ella, más cerca que antes. Había olvidado lo azules que eran sus ojos, no un simple azul sino el color del cielo cuando reflejaba el mar.

Azul Cain, solía llamarlo su abuela.

Dalton Cain, con sus ojos azul Cain. No debía olvidar ni por un momento quién era aquel hombre o que tenía el poder de destrozar la vida de su abuela y la suya propia.

–¿Qué es lo que quieres?

–¿Por qué crees que quiero algo?

–Los Cain siempre hacen las cosas por alguna razón.

–Parece que tienes muy mala opinión sobre nosotros.

–Sí, supongo que sí.

Aunque sabía que era una ironía que no confiase en él. De los dos, era ella quien estaba escondiendo un delito. ¿Pero que iba a hacer? ¿Dejar que llevaran a su abuela a la cárcel?

De repente, decidió que no quería que Dalton entrase en el colegio. Quería que aquello fuese rápido y allí mismo. De modo que cruzó los brazos sobre el pecho, guardando la tarjeta en la mano en un acto de desafío.

–No olvides que crecí en casa de los Cain. Más que mala, yo describiría mi opinión como acertada.

–Vaya, eso duele –dijo él, haciendo una exagerada mueca de dolor.

Laney estuvo a punto de sonreír, pero se controló. No iba a dejarse seducir por Dalton Cain. Sabía muy que aquel hombre podía actuar un día como si fuera tu mejor amigo y no dirigirte la palabra al día siguiente.

–Venga, no te hagas el dolido. Hace diez años que no hablamos. Si has aparecido ahora, de repente, será porque quieres algo, así que deja de hacerte el simpático y dime qué quieres.

Dalton sonrió.

–¿Te parezco simpático?

Laney levantó los ojos al cielo.

–Los dos sabemos que puedes ser muy simpático cuando te conviene. Después de todo, eres digno hijo de tu padre.

La sonrisa de Dalton desapareció.

–¿Quieres saber por qué estoy aquí? Tengo que hablar con tu abuela.

La extraña corriente de atracción que había habido entre ellos unos segundos antes

desapareció como si la hubieran desenchufado. Si quería hablar con su abuela era porque sabía lo del robo...

Tal vez no tenía pruebas y por eso quería hablar con ella. Y Laney no podía dejar que eso pasara.

En un buen día, Matilda Fortino apenas recordaba quién era y en los días malos... bueno, en los días malos estaba perdida, atrapada en los recuerdo del pasado, cargada de recriminaciones y remordimientos.

A saber lo que podría contarle. Incluso podría confesarlo todo.

De repente, Laney, que jamás se había asustado de nada en toda su vida, sintió el deseo de salir corriendo.

Nerviosa, abrió la puerta con la tarjeta, pero cuando iba a empujarla Dalton puso una mano en su brazo.

–¿Me llevarás hasta tu abuela?

Laney entró en el santuario del colegio antes de responder:

–No.

Capítulo Dos

Dalton puso un pie en la puerta antes de que la cerrase.

–Escúchame un momento.

Pero no lo escucharía. Le daría con la puerta en las narices, estaba seguro. Después de todo, los dos sabían que hacía bien en desconfiar de él. A pesar de la diferencia de edad, habían sido amigos cuando Laney fue a vivir a su casa. Durante dos años fue su sombra, siguiéndolo a todas partes como un cachorrillo, pero luego, abruptamente y sin explicación, él la había apartado de su vida.

Le había dado muchas razones para odiarlo.

–Muy bien –dijo Laney por fin, abriendo la puerta.

–Gracias.

Dalton entró en el fresco pasillo, con aulas a cada lado. Las paredes estaban cubiertas de pósteres y alegres dibujos infantiles, pero el edificio era antiguo y necesitaba una reforma.

–Mi aula está por aquí.

La rapidez y eficacia con que se movía contrastaba con el vestidito de flores y los calcetines. Pero la calidez que había mostrado por la niña que llevaba antes de la mano había desaparecido.

Dalton se consideraba un experto en el sutil arte de analizar el temperamento y el humor basándose en el lenguaje corporal y en las expresiones faciales. Era una habilidad que había aprendido después de muchos años estudiando a la gente, pero necesitaba algo más para entender a Laney. Su presencia allí la tenía atemorizada. Algo que había dicho o hecho la había asustado, ¿pero qué?

Laney empujó la puerta de un aula y le hizo un gesto para que entrase.. Habían pasado muchos años desde la última vez que Dalton estuvo en un colegio, veintiuno exactamente, y había olvidado lo pequeño que era ese mundo. Los pupitres le llegaban por las rodillas y las sillas parecían de juguete. Solo había un mueble de tamaño normal, el escritorio de Laney... con un búho de peluche que ella acarició distraídamente.

–Tengo una ayudante para las actividades extraescolares, pero debo estar allí en diez minutos, así que dime para qué has venido.

Parecía tensa y, de nuevo, Dalton se preguntó qué la atemorizaba tanto. No recordaba que Laney fuese tan asustadiza.

–Mi padre está enfermo –empezó a decir.

–Lo siento.

–No tienes que hacer eso.

–¿A qué te refieres?

–A fingir que lamentas que mi padre esté enfermo –respondió Dalton, su tono más seco de lo que pretendía.

Estaba intentando tranquilizarla, no lo contrario. Laney podría no tener tantas razones para odiar a su padre como él, pero también tenía muchas y su tono había sonado acusador, frío. ¿Por qué podía hablar con todo el mundo salvo con Laney?

–Yo... –ella frunció el ceño, sorprendida.

Demonios. Estaba empeorando la situación.

–Hace una semana, mi padre recibió esta carta.
–¿Qué tiene eso que ver con mi abuela?
¿Era su imaginación o le temblaba la voz ligeramente?
–Por favor, lee la carta. Luego te lo explicaré.
Laney tomó el papel y empezó a leer...
–Lo siento, pero sigo sin entender qué tiene esto que ver con mi abuela.
–Mi padre quiere que encontremos a esa chica.
–Y la madre de esa chica no parece querer que la encuentren.
–Sí, pero estamos hablando de Hollister Cain. Cosas tan insignificantes como los deseos de los demás no tienen ninguna importancia.
–Espera un momento... ¿no pensarás que mi abuela escribió esa carta? ¿No pensarás que yo soy la heredera perdida?
Dalton soltó una carcajada.
–No, claro que no. Cualquiera que haya visto una foto de tu padre sabe que eres hija suya. Sois iguales.
Laney sonrió, señalando su nariz.
–Tengo la nariz de los Fortino, desde luego.
Su nariz era distintiva, un poco más grande que la de la mayoría de las mujeres y ligeramente aguileña, pero le quedaba bien, armonizaba con el resto de sus facciones.
Él había crecido en un mundo donde los defectos físicos de una mujer eran aplastados como cucarachas, así que le encantaba que ella no se hubiera operado la nariz.
–No se me había ocurrido que tuviese algo que ver con la carta, pero tu abuela trabajó en casa durante casi treinta años y he pensado que tal vez ella sabría algo.
–¿Sobre las indiscreciones de tu padre? No lo creo, no era asunto suyo.
–No, claro, si hubiera estado pendiente de eso no habría podido llevar la casa –dijo Dalton, irónico–. Pero trabajó para mi padre más tiempo que la mayoría de los empleados de la Compañía Cain y si tenía algún secreto, ella debía conocerlo. Si mis padres se peleaban, ella oía las discusiones... si alguien puede contar cosas feas de mi familia, esa es tu abuela.
Mientras hablaba, Laney miraba el búho de peluche.
–He estado en la residencia en la que vive –siguió Dalton– pero no me han dejado entrar y tengo que hablar con ella. Tienes que dejarme hablar con ella.
–Yo no tengo que hacer nada –replicó Laney.
Dalton apretó los dientes. Muy bien, sabía cuándo debía suplicar.
–¿Te importaría dejarme hablar con tu abuela?
–No –insistió ella–. Mi abuela no sabe nada, no puede darte ninguna información.
–Podría recompensarte por ello –dijo Dalton entonces.
–Claro que sí, eres un Cain. Los Cain son expertos en hacer promesas.
–Puede que sea un Cain, pero no soy mi padre. No soy un canalla como él y cumplo mis promesas.
–Eso ya lo veremos –Laney acarició el búho por última vez antes de volverse hacia él–. En cualquier caso, da igual. No quiero que veas a mi abuela.
–Deja que hable con ella...
–No es tan sencillo. Mi abuela sufre Alzheimer y aunque supiera algo no lo recordaría.
–¿Alzheimer? –repitió Dalton tontamente.
Laney no dijo nada, pero le pareció ver un brillo de lágrimas en sus ojos.

La señora Fortino, a quien siempre habían llamado así porque su madre insistía en mantener esas formalidades con los empleados, había sido una mujer severa, un ancla durante su infancia. Mientras su madre era caprichosa y temperamental, la señora Fortino era consistente y formal, una roca en tan tumultuosa casa.

–¿No lo sabías?

–No.

–Pero dices que has ido a la residencia...

–No me han dicho nada sobre su estado, solo que tú tendrías que dar el visto bueno antes de verla.

Laney se pasó una mano por el brazo.

–Lo siento. Creí que lo sabías.

Dalton estudió su expresión. En sus ojos pardos había un brillo de preocupación. Estaban tan cerca tenía sus pechos a unos centímetros...

Dalton respiró profundamente. No era por eso por lo que estaba allí, por tentadora que fuese Laney.

Olía a acuarelas, a ceras, a pegamento. Esa mezcla de olores no debería resultar tan atractiva, pero así era. Laney olía a algo sin complicaciones, pero lo que lo hacía sentir era muy complicado.

–Los extraños la asustan –siguió ella–. Por supuesto, tú no eres un extraño, pero es por eso por lo que el director de la residencia no permite que reciba cualquier visita.

Lo miraba con una emoción que nunca creyó ver en sus ojos después de haberla tratado con tanto desdén durante su adolescencia.

Había sabido desde los trece años que Laney Fortino podría ser su ruina. Solo ella tenía el poder de ponerlo de rodillas y había luchado contra ese poder con las armas de su juvenil arsenal, mostrándose grosero, condescendiente y ocasionalmente malvado.

Laney lo había mirado con dolor, con pena, con enfado, con rabia. Pero hasta aquel momento nunca lo había mirado con compasión.

Capítulo Tres

Dada su turbulenta historia, debería disfrutar al ver la derrota en los ojos de Dalton Cain. Tal vez el tiempo la había suavizado o tal vez era el tema. ¿Cómo iba a enfadarse con alguien que se emocionaba al hablar de su abuela?

A menudo sentía que estaba sola cuidando de ella, sin hermanos, sin familia. Sí, los empleados de la residencia cuidaban de Matilda, pero no la querían y no le ofrecían apoyo emocional a ella, de modo que era natural que se emocionase al ver que Dalton se quedaba tan desolado por la noticia.

–Lo siento, no sabía que mi abuela significase tanto para ti.

Su gesto de sorpresa le dijo que estaba equivocada; Dalton no se había quedado desolado al saber que su abuela sufría Alzheimer. Laney soltó un bufido de contrariedad mientras se acercaba a los pupitres y empezaba a reunir lápices de colores.

–Bueno, da igual.

Él la miró durante unos segundos, en silencio.

–Estás enfadada conmigo.

–No, estoy enfadada conmigo misma. Se me había olvidado que eres un Cain: frío y sin corazón, como todos los demás.

–¿De verdad piensas eso de mí?

–¿Qué otra cosa voy a pensar? Te cuento que mi abuela sufre Alzheimer y tú finges estar apenado para manipularme... no esperaba que fueras tan imbécil.

–¿Crees que no lamento su enfermedad? Tu abuela fue muy importante para mí.

Laney soltó otro bufido.

–Por favor, no exageres. Un Cain nunca mostraría emoción por una empleada.

–¿Crees que no siento nada por la mujer que llevó la casa durante tres décadas?

–Creo que te disgusta no poder sacarle información.

Entonces se dio cuenta de algo: Dalton estaba allí para sacarle información sobre los escarceos amorosos de su padre, de modo que no sabía nada del dinero. Debería sentirse aliviada y así era, pero no le gustaba que intentase manipularla.

–No creo que mi abuela fuese tan importante para ti. No era ni atenta ni cariñosa, nunca lo ha sido. Ni siquiera conmigo.

Dalton abrió la boca como para protestar, pero después se encogió de hombros.

–Lo que tú digas.

–Mi abuela era eficiente y competente. Llevaba vuestra casa como si fuera un reloj suizo, pero no era una mujer cariñosa. La gente la toleraba, pero no la quería –Laney sacó unas llaves del cajón del escritorio–. Y ahora, si me perdonas, mi clase empieza en cinco minutos.

Abrió la puerta en un dramático gesto y Dalton se irguió, su expresión indescifrable. Tenía los labios apretados y un brillo en los ojos...

Se acercó a ella despacio, sin sacar las manos de los bolsillos del pantalón. Pero en lugar de salir del aula se quedó frente a ella, tan cerca que Laney tuvo que dar un paso atrás.

Su aspecto era vagamente amenazador. O tal vez solo estaba demasiado cerca. O tal vez era cómo la miraba. Cuando habló, lo hizo despacio, como si quisiera asustarla con

cada palabra:

–Si estás tan convencida de que soy el malo, entonces haré el papel de malo. No me importa ser el lobo feroz.

–No te tengo miedo –dijo ella, levantando la barbilla.

–Tal vez deberías tenerlo.

Quizá tenía razón. Quizá debería tener miedo, pero no era así. Laney irguió la espalda y ese gesto los acercó un poco más; sus pechos a un centímetro del torso masculino.

–Ya no soy una niña y...

–Afortunadamente.

–Y ninguno de los Cain puede hacerme daño –siguió ella.

Era mentira porque si alguien descubría lo del dinero sí podría hacerle daño, pero no iba a decírselo.

–¿Estás segura?

–Sí.

–¿Qué va a pasar con ese campamento que organizas para los niños en verano?

El corazón de Laney se aceleró. No sabía de qué estaba hablando, no podía saberlo.

–Se llama el teatro de las hadas o algo así, ¿no?

Laney apretó los labios.

–El teatro del bosque.

Dalton, con las manos en los bolsillos del pantalón, la miraba con una sonrisa en los labios y Laney tuvo que hacer un esfuerzo para no borrársela de una bofetada. Ella no era una persona violenta, pero había sido un día agotador y Dalton Cain estaba sacándola de sus casillas.

–Di lo que quieras decir y deja de hacerme perder el tiempo, y no lo pierdas tú. ¿Qué sabes del teatro del bosque?

–Sé que es un proyecto por el que tienes una particular devoción, que impartes esas clases después de las horas lectivas para niños menos privilegiados, algunos con beca en este colegio, otros de barrios periféricos. En total, treinta niños. Y sé que el programa depende de donativos particulares.

Sabía más de lo que debería, pensó Laney.

Aunque no toda la información era correcta. Eran treinta y dos alumnos y la mitad de ellos no eran niños poco privilegiados, aunque ese era un término que no le gustaba. Todos los niños del programa tenían algún problema en casa. Los niños de familias pudientes eran olvidados por sus padres y lo pasaban tan mal como los niños cuyos padres tenían problemas económicos.

–Veo que has estado investigando.

Nada de eso era un secreto, pero el teatro era un proyecto personal y no quería que Dalton Cain metiera sus sucias manos allí.

–¿Esperabas menos de mí?

–No, claro que no. Y no me sorprende. Eso es lo que hacen los Cain, ¿no? Encontrar la debilidad de alguien y explotarla.

La sonrisa de Dalton desapareció.

–Tal vez yo no quiera ser esa clase de Cain.

–Entonces, no deberías amenazarme.

–Tal vez no esté haciéndolo –Dalton se apartó del quicio de la puerta–. No creo que el teatro del bosque sea una debilidad. A mí me parece un programa estupendo, la clase de

proyecto en el que esperaría que estuvieses involucrada.

–¿Y bien?

–Y debería continuar, pero imagino que conseguir donativos no es fácil con esta recesión.

–De modo que me estás amenazando.

–No, en absoluto. Es más bien una promesa. Si tú me ayudas, yo me encargaré de que ese programa tenga fondos durante años.

–Ah, entonces estás chantajeándome.

–Eso es.

–¿De cuánto dinero estamos hablando?

–¿Cuánto necesitas?

–Hablo en serio, Dalton.

–Y yo también. Si quieres que financie todo el programa, lo haré. No tendrás que volver a escribir otra carta pidiendo dinero –afirmó él–. Lo único que tienes que hacer es dejarme hablar con tu abuela.

Laney se quedó inmóvil en el pasillo, pensando en la oferta. El atronador tictac del reloj de la pared subrayaba el silencio, dando la impresión de que Dalton y ella estaban solos en el colegio, aunque no era verdad.

No quería que Dalton Cain se acercase a su abuela. No lo quería en su vida para nada, pero la oferta era demasiado tentadora.

Y no solo por el dinero. No podía decir que no porque nadie rechazaría una oferta así y si lo hiciera resultaría sospechoso. Dalton podría pensar que estaba escondiendo algo...

Tenía que volver a pensar en los secretos de su padre, no en los de su abuela, aunque eso significase dejar que fuese a verla.

–Muy bien, de acuerdo. Hablemos de números.

–¿Cuánto cuesta ese programa?

–Cien mil dólares –Laney dijo la primera cantidad que se le ocurrió.

–¿Para treinta niños? Lo dirás de broma.

–No, hablo en serio. Si pagas tú, me aumentaré el sueldo. Además, tengo que contratar a alguien que me ayude –respondió Laney. En realidad, no costaba tanto. Solo había dicho esa cantidad para asustarlo–. Además, de ese modo podrá haber más niños.

Dalton puso una mano en su brazo.

–Oye, que esto no es jauja.

–¿Seguro? Pues tú hablabas como si pudiera pedir todo lo que quisiera.

A pesar de su aparente resolución, no podía evitar que le temblase la voz. Sabía que estaba jugando con fuego. Aunque quería creer que estaba protegiendo a su abuela, le preocupaba que fuese algo más, que estuviera buscando una forma de sacarlo de quicio porque siempre le había gustado hacerlo.

Cuando vivía en casa de los Cain, cuando Dalton era el niño rico y ella la niña pobre, nunca había logrado sacarlo de sus casillas, pero intentarlo había sido su pasatiempo favorito. ¿Por qué no había madurado?

–Dejar que hables con ella podría disgustarla. De hecho, seguro que va a disgustarla. A veces tarda semanas en recuperarse de un mal día –Laney suspiró–. Pero los Cain tienen mucho dinero. La empresa de tu familia es multimillonaria y seguro que te gastas más que eso en flores para la oficina.

–No tenemos flores en la oficina.

–Da igual, ese dinero es calderilla para ti. No lo echarás de menos.

Para entonces habían llegado a la puerta de la cafetería y se oían voces de niños al otro lado. Aquella era su vida, se recordó a sí misma, aquel era su sitio. Sacar de quicio a Dalton podía ser divertido, pero sus obligaciones estaban al otro lado de esa puerta.

–¿Entonces trato hecho?

–Trato hecho –dijo él.

–¿Cien mil dólares por hablar con mi abuela?

–Sí.

–Muy bien –Laney iba a abrir la puerta, pero Dalton la tomó del brazo.

–¿A qué hora terminas? Iremos a ver a tu abuela esta noche.

–No, de eso nada.

–Acabamos de hacer un trato.

–Sí, pero no me has dado el dinero ni hemos firmado nada –le recordó Laney–. Iremos a verla cuando me hayas dado el dinero. Si quieres hablar con mi abuela, tendrás que pagar.

–¿Quieres que te dé cien mil dólares ahora mismo? No es tan sencillo.

–No tienes que dármelos a mí sino al programa.

–¿Quieres que llame a los abogados ahora mismo para que empiecen a redactar el documento?

–Eso es. Y que ingresen el dinero en la cuenta –de nuevo, Laney intentó entrar en la cafetería y, de nuevo, Dalton se lo impidió.

–Necesito respuestas ahora.

–Y yo estoy segura de que los abogados de la Compañía Cain tendrán esto resuelto en un periquete.

–Muy bien, de acuerdo.

Laney había conseguido lo que quería, pero tenía que hacer una última pregunta.

–Dime una cosa, Dalton: ¿por qué vas a darme tanto dinero? ¿Por qué haces esto?

–Porque mi padre sigue controlando la empresa y si no encuentro a la heredera perdida lo perderé todo.

Capítulo Cuatro

Menos de veinticuatro horas después, Laney miraba unos documentos, atónita.

–¿Entonces lo ha hecho? ¿Ha hecho todo lo que dijo que haría?

Brandon, su vecino y casero, se quitó las gafas para pellizcarse el puente de la nariz.

–Eso parece. Aunque no soy un experto.

Brandon era el propietario del dúplex en el que vivían los dos, cada uno en una planta. La casita, en un barrio universitario, era acogedora y perfecta para su estilo de vida minimalista. Siempre había sospechado que Brandon era gay, pero el serio abogado nunca le había hecho confidencias. No le importaba. Además, era la clase de persona a la que una podía confiarle las llaves de su casa, siempre podía recurrir a él si encontraba alguna araña y le ofrecía consejo legal a cambio de una copa de vino, de modo que como vecino se merecía un premio.

Laney tiró los documentos sobre la mesa de café y tomó su copa de vino.

–Pero eres abogado.

–Experto en propiedad intelectual –le recordó Brandon, inclinándose para servir más vino en su copa.

–De todas formas, sabes más que yo de esto.

–Creo que de verdad piensa donar ese dinero al teatro del bosque.

–Ah –Laney intentó controlar la sensación de vacío en el estómago tomando un trago.

Estaba convencida de que no lo haría. De hecho, no pensaba aceptar el dinero. Creía que poniéndoselo difícil no insistiría en ver a su abuela y la dejaría en paz, pero debería haber sabido que no sería así. Los Cain nunca se echaban atrás.

–No sé qué hacer. Debería haber sabido que con un Cain no se puede ganar. Me va a aplastar, ¿verdad?

–Lo dices como si esto fuese una batalla.

–Lidiar con los Cain siempre es una batalla.

Brandon tomó un largo trago de vino, saboreándolo como si fuese un conocedor o como si estuviera considerando cuidadosamente sus palabras.

–Vamos, Brandon, me conoces lo bastante como para no tener que morderte la lengua. Quiero que me des tu sincera opinión.

Él tragó saliva.

–Creo que te estás apresurando.

–¿Por qué?

–Tu opinión sobre los Cain es una opinión que formaste cuando eras una cría.

–¿Crees que no conozco a esa familia?

–Creo que conoces a Hollister Cain que, según dice todo el mundo, es un canalla.

Había un pero colgando en el aire.

–Pero crees que me equivoco sobre Dalton –dijo Laney.

Brandon se encogió de hombros.

–Desde que se hizo cargo de la empresa, el ambiente es diferente. Sigue siendo agresivo cuando se trata de hacer negocios, pero no es engañoso ni manipulador como su padre. Hollister Cain es la clase de persona que te roba una empresa delante de tu cara y

cuando intentes demandarlo, te demanda él a ti. Luego compra a un juez para ganar el caso y con el dinero de la indemnización te echa de tu propia compañía.

–Sí, eso lo describe muy bien.

Justo lo que Laney necesitaba, un recordatorio de lo despiadado que podía ser Hollister Cain. Si algún día descubría que su abuela le había robado casi un millón de dólares no pararía hasta verla en la cárcel. Decían que Hollister estaba en su lecho de muerte, pero aquel tirano no dejaría que algo tan poco importante como su propia mortalidad le impidiese demandar a su abuela.

–Dalton no es así.

–Bueno, tal vez ahora es más difícil comprar jueces que hace treinta años.

–No creo que sea eso –dijo Brandon–. Las dos veces que he tratado con él no ha intentado manipular ni engañar. Si quiere tu empresa, sabes que va a por ella de manera honesta... casi exageradamente honesta. Es como si estuviera intentando redimir la reputación de la Compañía Cain.

Laney frunció el ceño.

–¿Entonces crees que me equivoco sobre Dalton?

–No puedo garantizar que no intente engañarte –Brandon empujó los documentos hacia ella–. Pero la verdad es que me sorprendería que lo hiciera.

Tal vez Dalton no era el predador que había sido su padre. De hecho, tal vez incluso podría ser un ser humano decente...

¿Qué iba a hacer con esa información?

Si estaba siendo sincero, no podía aceptar el dinero. Sí, los Cain seguramente donaban cantidades enormes a diversas causas benéficas y sí, el teatro del bosque era una buena causa porque los chicos con los que trabajaba necesitaban desesperadamente su atención, pero estaba manipulándolo y eso no podía ser.

Mejor saber todo aquello antes de firmar los papeles.

–Gracias, Brandon. Menos mal que tú trabajas por una copa de vino. No podría contratar a un abogado.

–No estoy diciendo que lo sepa con certeza –insistió él–. Si el tipo quisiera echarse atrás, seguro que encontraría la manera de hacerlo. ¿No confías en Dalton en absoluto?

Ella lo pensó un momento, pero como no tenía una respuesta clara hizo un vago gesto con la mano.

–Lo suficiente, supongo.

–Pensé que ese tipo te atormentaba cuando estabas en el instituto.

Dalton había sido un idiota en esa época. No era grosero como otros chicos sino frío y distante. Su actitud siempre le había molestado y, por eso, ella se había mostrado grosera y antipática con él. No quería que olvidase que, aunque era pobre, una vez habían sido amigos.

–Lo de atormentar es muy subjetivo, ¿no crees?

Brandon enarcó una ceja.

–¿Qué quieres decir?

–¿Me atormentaba él o lo atormentaba yo? No es fácil saberlo.

–Yo sé mucho sobre torturas en el instituto, te lo aseguro. Por otro lado, lo de flirtear en esa época... eso es más complicado.

Laney, que iba a llevarse la copa a los labios, se quedó inmóvil. El comentario de Brandon tuvo el efecto de un rayo paralizador. Después de pensarlo un momento se tomó el vino de un trago, pero se atragantó y empezó a toser.

Brandon se inclinó hacia delante para darle golpecitos en la espalda.

–¿Estás bien?

–Genial –consiguió decir ella mientras intentaba respirar.

–¿Debo suponer que no habías considerado nunca esa posibilidad?

–No, nunca lo había pensado. En el instituto nos odiábamos. Él me trataba como si fuera basura y yo hacía todo lo posible para avergonzarlo.

En su visión adolescente del mundo, solo había odio y resentimiento. ¿Pero y si esa opinión había sido demasiado simplista? ¿Y si había algo bajo ese antagonismo y ella era demasiado joven para darse cuenta?

Eso explicaría muchas cosas. Particularmente, su intensa reacción al verlo después de tantos años.

Laney miró su copa vacía, deseando no habérsela tomado de un trago porque le sentaría bien un poco de alcohol en ese momento.

–Jo, qué asco –murmuró.

–¿Tú sabes cuánta gente daría lo que fuera por tener una relación con la persona por la que estaba colgada en el instituto?

–Tú lo has dicho: «la persona por la que estaba colgada en el instituto». Colgada es algo salvaje y doloroso.

–Bueno, en eso tienes razón.

–Creo que lo mejor será esperar que ocurra un milagro –Laney suspiró. Tal vez si Dalton veía en qué condición estaba su abuela se echaría atrás. Si Matilda no podía darle información alguna, y eso era lo que iba a pasar, no querría saber nada del trato. Entonces no donaría el dinero al teatro y ella no sentiría que estaba estafándolo. Y, además, Dalton estaría fuera de su vida para siempre–. Con un poco de suerte, esto terminará pronto y podremos seguir adelante con nuestras vidas sin mirar atrás.

Brandon levantó su copa.

–¡Por no mirar atrás!

La copa de Laney estaba vacía, pero Brandon le echó un poco de su vino, confirmando lo que ya sabía: que era el mejor vecino del mundo.

Matilda Fortino no estaba teniendo un buen día. Dalton lo supo por la expresión de la recepcionista en cuanto mencionó su nombre.

La mujer, que se llamaba Linda, sacudió la cabeza tristemente.

–¿Es la primera vez que viene a visitarla, señor Cain?

–Sí, es la primera vez –respondió Dalton.

–Necesito algún documento que lo identifique.

–Hablé con Laney Fortino esta mañana y ella me dijo...

–Ah, sí, ha dejado un mensaje diciendo que puede ver a su abuela, pero necesito algún documento de identidad. Lo hacemos con todas las visitas.

Dalton intentó disimular su irritación mientras sacaba el documento del bolsillo. En la Compañía Cain no había tanta seguridad como en aquella residencia.

Mientras esperaba que la recepcionista hiciese una copia miró alrededor. Restful Hills era un edificio amplio y lujoso, cerca del exclusivo vecindario en el que había crecido. La elegancia del vestíbulo sugería una clientela adinerada con recursos ilimitados. No era el sitio en el que habría esperado encontrar a la antigua empleada de sus padres.

–¿Tenía usted una relación estrecha con la señora Fortino? –le preguntó Linda.

Dalton asintió con la cabeza, pero enseguida cayó en la cuenta de algo.
–¿Tenía? ¿Por qué lo pregunta en pasado?
–No ha visto a la señora Fortino recientemente, ¿verdad?
–No. ¿Está muy mal?
En lugar de responder, Linda le devolvió el documento y le hizo un gesto para que la siguiera.
–La señora Fortino vive en la habitación 327. Su nieta está con ella ahora mismo.
De modo que los empleados de la residencia no hablaban de los pacientes. Bueno, él no había esperado ninguna indiscreción por parte de Linda.
Pero estaba acostumbrado a conseguir la información que necesitaba con solo chascar los dedos y hacía mucho tiempo que no entraba en una reunión para la que no estuviese preparado.
Cuando llegaron a la habitación, una mujer con bata blanca, médico o enfermera, salía de ella con un cuaderno en la mano.
–Ah, usted debe ser la visita que esperaba Laney.
–Supongo que sí.
–La señora Fortino no siempre lleva bien las sorpresas, de modo que sea discreto. Deje que Laney los presente para ver su reacción.
Dalton miró a la mujer, que se alejaba con Linda por el pasillo, antes de entrar en la habitación. No era muy grande, como la suite de un hotel. Había una cocinita a la izquierda, un pequeño salón y un dormitorio con cuarto de baño. En lugar de la decoración típica de un hotel, el apartamento contenía muebles antiguos, todos bien cuidados. Y había una manta de croché sobre el respaldo del sofá.
Dalton recordaba esa manta. La había visto en el apartamento en el que la señora Fortino había vivido durante treinta años.
Matilda estaba sentada en el sofá, mirando el televisor apagado, mientras Laney le cepillaba el pelo, que le llegaba casi por la cintura.
Cuando entró, ella se llevó un dedo a los labios.
–Ya casi he terminado con tu pelo, abuela. ¿Quieres que te haga una trenza?
–¿Es domingo? –preguntó ella.
Matilda Fortino siempre había hablado con tono brusco, severo. Y, aunque estaba claro que se había hecho mayor, lo incomodaba verla tan insegura.
–No –respondió Laney–. Es sábado.
–Vendrás mañana, ¿verdad, Elaine?
–Sí, claro.
–¿Y me harás una trenza?
–Te haré una trenza cuando tú quieras, cariño.
Laney miró a Dalton, sonriendo. No era la sonrisa traviesa a la que estaba acostumbrado, pero había algo dulce en ella, algo encantador y nostálgico.
–Hoy tienes visita.
–¿Es uno de mis pretendientes?
–No, solo un amigo –respondió Laney, sujetando el pelo sobre su cabeza y tomando una horquilla de la mesa para asegurar el moño.
–¿Lo conozco?
–Lo conociste hace mucho tiempo. Está esperando.
Matilda juntó las manos sobre el regazo antes de volverse hacia la puerta.
Cuando lo miró, Dalton tuvo la impresión de que sabía desde el principio que estaba

allí y había estado preparándose para el encuentro.

Parecía desconcertada, asustada. Y, de repente, lo entendió todo. Ella sabía que algo no iba bien. Sabía que debería saber cosas que no sabía. No temía a los extraños, lo que temía era no conocer a la gente.

Se levantó, agarrándose a los brazos del sillón, y Laney se levantó también, poniendo una mano en su espalda.

–No pasa nada porque no lo conozcas, abuela. Era un chico muy joven la última vez que os visteis. Es Dalton Cain.

–Me alegro de verla –Dalton dio un paso adelante para estrechar su mano, pero Matilda dio un paso atrás.

–Claro que te conozco –dijo entonces, con tono de repulsión–. Conozco esos ojos, esas mentiras. Eres un monstruo.

Capítulo Cinco

El odio que irradiaban los ojos de la señora Fortino sorprendió a Dalton.

–No, abuela, no es Hollister –se apresuró a decir Laney, tomándola del brazo–. Es su hijo, Dalton.

–Hollister es un demonio. Todos lo son. Los Cain te destruirán –Matilda apretó su brazo–. Tú no sabes lo que le ha hecho a su familia, a su mujer. Y te lo hará a ti también. Deberías marcharte ahora mismo... toma el dinero y márchate o te destruirá.

–Abuela...

–Es un monstruo –insistió ella, sacudiendo el brazo de Laney con violencia–. Y ya no puedo seguir viendo lo que hace sin decir nada.

Dalton estuvo a punto de dar un paso adelante para proteger a Laney. ¿Pero cómo iba a protegerla de su abuela? Era una mujer de ochenta años, pero aún parecía fuerte.

–No pasa nada –decía ella una y otra vez, intentando calmarla–. No va a hacerme daño. Hollister no está aquí.

–¡Es un monstruo! –Matilda agitaba la cabeza de lado a lado con tal violencia que el moño se deshizo, el pelo cayendo sobre su cara.

–Abuela, por favor, cálmate.

Dalton vio un botón en la pared y lo pulsó, suponiendo que conectaba la habitación con algún responsable de la residencia.

–¿Sí? ¿Ocurre algo? –escuchó una voz al otro lado.

–Necesitamos ayuda.

–Ahora mismo, señor Cain.

–¿Lo ves? –exclamó Matilda–. Es él. Todo el mundo lo sabe. Puede llegar hasta nosotros donde sea... ¿está a salvo? –le preguntó entonces, bajando la voz–. ¿Lo has escondido como te pedí?

–Por favor, tranquilízate. No pasa nada...

Matilda apretó su brazo con tanta fuerza que Laney hizo una mueca de dolor.

–Te usará y te destruirá, Vee.

¿Vee? ¿Quién era Vee?

–Abuela, por favor...

–Tienes que marcharte cuanto antes. ¿No viste lo que le hizo a Caroline y Sharlene? Las destruyó. No puedes confiar en él.

–No es Hollister, es Dalton...

–¿Crees que no sé quién es? ¿Crees que estoy loca, que no sé lo que veo? ¡Yo sé que no estoy loca!

–¡Por favor, abuela, suéltame!

Al ver un brillo de dolor en los ojos de Laney, Dalton puso su mano sobre la de Matilda y la mujer se apartó como si la hubiese abofeteado. De inmediato, soltó a su nieta y, dejándose caer en el sofá, se tapó la cara con las manos.

Un instante después entraron tres enfermeros y Laney, temblando, les explicó lo que había pasado.

–Tal vez debería esperar en el pasillo –sugirió uno de ellos, mirando a Dalton.

Él obedeció sin decir nada. Con los enfermos allí, Laney estaba a salvo.

Después de lo que había visto, ya no podía pensar en Matilda como la señora Fortino. Esa mujer, de reglas estrictas y una voluntad de hierro, había desaparecido para siempre. Aquella otra anciana vulnerable y violenta era alguien a quien no conocía.

Dalton se quedó en el pasillo, mirando la puerta cerrada frente a él mientras sacaba el móvil del bolsillo para comprobar su correo. Aunque era sábado, llamó a su secretaria. Afortunadamente, Sydney parecía no tener más vida que el trabajo, igual que él. La semana anterior, su devoción le había parecido completamente natural, pero empezaba a preguntarse si estaba bien molestarla un fin de semana. Sydney era una chica joven y guapa y debería estar divirtiéndose un sábado, pero la pagaba generosamente para que estuviera a su disposición los siete días de la semana, de modo que le dictó una carta y le dio una serie de instrucciones.

Después de cortar la comunicación usó el teléfono para ver las noticias deportivas hasta que se abrió la puerta de la habitación.

–Sigues aquí –dijo Laney, sorprendida.

–Sí, claro.

–Pensé que te habrías ido. Iba a llamarte más tarde.

–¿Tu abuela está mejor?

–Sí, ya se le he pasado. Imagino que te habrá sorprendido verla en ese estado. A veces ve a alguien que le recuerda algo del paso y se pone muy nerviosa.

–Debe ser terrible.

Laney asintió con la cabeza.

–Hay un cafetería aquí. ¿Quieres tomar algo?

–¿Una copa?

–Yo iba a decir un café –por primera vez desde que salió de la habitación de su abuela, Laney sonrió.

Y esa sonrisa fue como un puñetazo en el estómago. Era el contraste, pensó; la alegre sonrisa en contraste con el drama de lidiar con Matilda.

Pero ella parecía llevarlo bien, como si la experiencia no la hubiera asustado.

En la cafetería, las mesas estaban ya preparadas para el almuerzo. Apenas eran las once, pero seguramente los residentes comían antes de la hora habitual.

–¿Se pone así a menudo? –le preguntó Dalton, mientras el camarero les servía dos cafés.

–Si te refieres a ponerse violenta, no suele ocurrir a menudo. Gracias a Dios, el personal de la residencia sabe manejarla, pero la primera vez que ocurrió yo también me asusté.

–¿Qué suele excitarla de ese modo? Aparte de los demonios del pasado, claro.

Laney frunció el ceño.

–No te lo tomes como algo personal.

–Es difícil no hacerlo.

–Siento que hayas tenido que verla así.

–No te disculpes, por favor. Es como cuando unos padres se sienten mal porque su bebé está llorando. No es culpa suya y tampoco es culpa tuya. Tu abuela está enferma y tú no sabías que iba a reaccionar de esa manera.

Ella sacudió la cabeza mientras tomaba una servilleta para limpiar una mancha de café del plato. Tal vez era cómo inclinaba la cabeza o tal vez su total concentración en una tarea tan simple, pero Dalton pensó que se sentía culpable.

Aunque no entendía por qué.

–Sí lo sabía –murmuró–. No que mi abuela iba ponerse como se ha puesto, pero sí que no tenía un buen día. Debería haberte avisado.

Dalton tenía muchas preguntas que hacer sobre la salud de Matilda, pero no quería que Laney confundiera su preocupación por interés, de modo que tomó un sorbo de café, esperando que ella le contase. Si quería hacerlo.

Y, aparentemente, así era porque siguió:

–Algunos días está bien y casi parece la misma de antes. Se queja porque no la visito lo suficiente o por el mal trabajo que hacen los de la limpieza... pero en los días malos a veces ni siquiera sabe que estoy aquí.

–¿Y en días como hoy?

–En días como hoy parece volver al pasado. A veces dice cosas sin sentido, otras no me conoce. Se enfada si la llamo «abuela» porque no recuerda que tiene una nieta o me llama Elaine...

–Pensé que Elaine era tu verdadero nombre.

–Sí, pero nadie me ha llamado nunca así. Elaine era su hermana. Se enfadaron cuando eran jóvenes y estuvieron años sin hablarse. Murió joven, con poco más de veinte años, creo –Laney dejó el vaso de café sobre la mesa con gesto decidido, como si no quisiera compadecerse de sí misma–. En días como hoy es más frágil.

En ese momento era ella quien parecía frágil, pensó Dalton. Laney, que siempre había sido tan fuerte, tan desafiante, de repente parecía frágil como una mariposa, delicada y etérea. Había leído una vez que si tocabas las alas de una mariposa jamás volvería a volar.

Tal vez por eso no la tocó, aunque desearía tomarla entre sus brazos. Aunque le gustaría consolarla casi tanto como besarla.

De modo que ni la consoló ni le pidió más información. ¿Sabría Laney algo sobre el dinero que Matilda había mencionado o sería esa otra invención de su torturada mente?

Daba igual, no iba a preguntárselo. Laney parecía conmocionada y no quería empeorar la situación.

–Tonterías. Tú no sabías cómo iba a reaccionar.

Ella levantó la mirada.

–Me sentiré mal si me da la gana. Y, para tu información, estoy disgustada por hacérselo pasar mal a ella, no por ti. Además, yo sabía que no ibas a conseguir la información que querías –Laney sacudió la cabeza–. La verdad es que quería ponértelo difícil. Esperaba que te rindieras al ver cómo está.

–Ya veo –murmuró él.

Curiosamente, el juego no le sorprendía tanto como su sinceridad. Todo el mundo tenía motivos ocultos, pero casi nadie lo reconocía. Y lo vulnerable de esa sinceridad hizo que quisiera protegerla. Pero él no estaba acostumbrado a dejar que nadie se interpusiera en su camino. ¿Qué tenía Laney que lo hacía actuar en contra de su naturaleza?

De repente, se sintió como un idiota por no ser totalmente sincero con ella.

–Bueno, si vamos a ser sinceros, yo no estaba seguro de que ella pudiese ayudarme.

Laney lo miró, sorprendida.

–¿Entonces por qué te has molestado?

De repente, parecía más una gata que una mariposa, pero no era ni una cosa ni la otra. Laney era una mujer inteligente y perceptiva y no tenía sentido jugar porque tarde o temprano averiguaría la verdad.

Dalton se echó hacia atrás en la silla, observando su desconfiada expresión. Lo había mirado así muchas veces, demasiadas, sus ojos de color ámbar llenos de

desconfianza, como si fuera un enemigo en lugar de un amigo. Pero él recordaba a otra Laney, su amiga. Una Laney afectuosa, divertida, relajada, que sonreía a menudo y reía con ganas.

Y quería ver a esa Laney, la quería de vuelta en su vida.

¿A quién quería engañar? La deseaba y punto. La había deseado durante años. Y, a juzgar por el brillo de interés en sus ojos, a ella le pasaba lo mismo. Aunque no quisiera admitirlo.

Con todo lo que estaba pasando en su vida, aquel no era el mejor momento, pero no iba a dejar que eso se pusiera en su camino. Aunque jamás había aprobado las tácticas de su padre, Hollister y él tenían algo en común: cuando querían algo, lo conseguían.

Laney aún no lo sabía, pero era suya.

Dalton sonrió.

–Porque quería volver a verte.

Laney tragó saliva. Algo en la mirada de Dalton hacía que se le pusiera la piel de gallina. Y esa sonrisa de predador, oscura y peligrosa, hacía que se le encendieran todas las alarmas.

Sabía sobre serpientes que hipnotizaban a su presa con la intensidad de su mirada y así era como se sentía: paralizada, hipnotizada por la sensual promesa de sus ojos.

Debería sentirse aliviada. Sus palabras, por no mencionar su mirada, implicaban que estaba más interesado en su cuerpo que en el posible delito de su abuela. Debería estar suspirando de alivio, pero en lugar de eso su pulso se aceleró. Apenas era capaz de llevar oxígeno a sus pulmones.

Así debía sentirse el pobre ratoncillo segundos antes de ser devorado por la serpiente. Dalton podría devorarla completamente, en cuerpo y alma, y no sabría si podría resistirse. Claro que ella tenía más sentido común que un ratoncito y no iba a quedarse allí dejando que Dalton Cain la hipnotizase cuando podía ponerse a salvo.

Incapaz de disimular su nerviosismo, se levantó de un salto.

–¿Sabes una cosa? Creo que deberíamos irnos. Ya hemos terminado aquí, ¿no?

Dalton esbozó una sonrisa. ¿Quién iba a imaginar que las serpientes podían sonreír?

–Te pongo nerviosa, ¿verdad?

Ella soltó un bufido.

–Claro que no, qué tontería. Es que tengo cosas que hacer.

Dalton se levantó también.

–Claro –murmuró, burlón–. Imagino que estás muy ocupada.

–¡Por supuesto que sí! El grupo de teatro se reúne todos los sábados a las dos y son... –Laney miró su reloj– faltan tres horas, pero antes tengo que darme una ducha y hacer el almuerzo. Tengo muchas cosas que hacer de aquí a las dos.

¿Quedaría muy mal que saliese corriendo?, se preguntó. Sería peor quedarse allí, balbuceando como una idiota.

Se dio la vuelta para dirigirse al vestíbulo, pero sabía que Dalton no la dejaría escapar tan fácilmente.

–Te pongo nerviosa... –le dijo, yendo tras ella.

–¡No es verdad!

–Entonces ¿por qué sales corriendo?

Ah, demonios. ¿Por qué tenía que haber sido bendecido con un cerebro acorde con su fabuloso aspecto físico?

–Es que estoy ocupada.

–Entonces, deja que te lleve a casa.

–No tienes por qué llevarme a casa... ¡Adiós, Linda, hasta mañana!

–Me han dicho que tu abuela ha sufrido un ataque –dijo la recepcionista–. Lo siento.

Linda miraba de uno a otro sin disimular su curiosidad y Dalton decidió usar esa curiosidad para salirse con la suya.

–Sigues disgustada –empezó a decir, con tono solícito. Laney lo fulminó con la mirada, pero eso no iba a detenerlo–. Por tu abuela –añadió, tomando su mano–. Pobre, estás temblando.

En realidad, tenía razón. Estaba temblando y no se había dado cuenta. Pero no estaba temblando por su abuela sino por culpa de Dalton Cain.

–Estoy bien, no te preocupes.

–Insisto en llevarte a casa.

–No necesito que me lleves a ningún sitio.

Dalton se volvió hacia Linda.

–Tal vez usted pueda convencerla... no creo que deba conducir en ese estado.

Laney iba a protestar, pero Linda había salido del mostrador para abrazarla.

–Pobrecita mía. Qué día tan malo. Y aún te queda la clase de sábado.

–Sí –asintió Laney, echando humo por las orejas–. Y llego tarde.

–Cariño, haces demasiadas cosas. Yo lo sé muy bien porque me pasa lo mismo, pero a veces hay que dejar que otros te ayuden.

El canalla había conseguido lo que quería, por supuesto. La había acorralado y tendría que aceptar que la llevase a casa. Maldito fuera.

Tres días antes, apenas recordaba el nombre de Dalton Cain y, de repente, aparecía en su vida como un *tsunami*. Pero hizo un esfuerzo para sonreír.

–Bueno, si insistes, supongo que no hay alternativa ¿verdad?

–No, no la hay –respondió él, con una sonrisa que parecía auténtica, la del león jugando con el ratón bajo su zarpa.

–¿Qué voy a hacer con mi coche?

–Un chófer vendrá a buscarlo. Déjale las llaves a Linda y tendrás tu coche en casa dentro de una hora.

–¿Lo ves? La solución perfecta –dijo la recepcionista–. De este modo no tendrás que conducir.

Dalton no dejaba de sonreír.

–Espera aquí, voy a traer mi coche.

Cuando desapareció, Linda dejó escapar un suspiro.

–Qué hombre tan agradable.

Laney se mordió la lengua para no decir lo que pensaba. Dalton era tan agradable como un tornado. Tenía el poder de transportarla a otro mundo o aplastarla sin piedad. Y no le gustaba ninguna de las dos opciones.

–Parece que le caes bien –añadió Linda, moviendo las cejas.

–Sí, ¿no? –murmuró Laney, intentando sonreír.

Esa era la cuestión, que parecía caerle bien, pero ella no iba a dejarse engañar. Cuando tenía trece años, Dalton había parecido su mejor amigo, hasta que dejó de serlo.

–Creo que te vendría bien una diversión –siguió Linda.

Laney tuvo que morderse la lengua de nuevo. Ella no necesitaba nada que Dalton Cain pudiese darle. Pero en ese momento vio el Lexus frente a la puerta y prácticamente salió corriendo, desesperada por escapar de los consejos de Linda.

Claro que subir al coche era pasar de la sartén al fuego Ya no estaba a merced de una casamentera aficionada sino atrapada en el coche con Dalton durante treinta minutos.

El interior del Lexus era muy lujoso: asientos de piel italiana, salpicadero cromado...

Estaba tan limpio que parecía que lo hubiera llevado al túnel de lavado esa misma mañana, pero no olía a coche nuevo sino a Dalton, a algo muy masculino. Era como estar atrapada en el bolsillo de su camisa.

No era solo pasar de la sartén al fuego sino a un reactor nuclear.

Dalton la miró, enarcando una ceja.

–¿Estás bien?

–¿Lo dices en serio?

–¿Cómo?

–No finjas estar preocupado por mí.

–¿Por qué no iba a estarlo?

–A ti solo te preocupa conseguir lo que quieres. Has manipulado a la pobre Linda y harías o dirías cualquier cosa para salirte con la tuya.

–Sí, es verdad.

–¿Qué?

–Que sí, es verdad –repitió él, mirándola un momento antes de volver a concentrarse en la carretera–. Imagino que eso no te sorprende.

–Pues... –Laney apretó el asa del bolso–. No, no me sorprende.

–Me alegro.

En su tono había una emoción que no acertaba a entender, algo que no podía identificar y la hacía sentir incómoda.

–No voy a dejar que me pisotees, Dalton.

Él torció el gesto.

–Demasiada gente en mi vida me deja hacerlo. Tengo empleados que saltan cuando doy una orden, pero sé que tú no vas a amilanarte y no espero que lo hagas.

Laney supo que estaba diciendo la verdad, que no esperaba que se amilanase.

¿Por qué eso la desconcertaba aún más?

Tal vez porque eso decía que Dalton no la veía como a la nieta de una empleada sino como a una igual.

Inquieta, giró la cabeza para mirar por la ventanilla. No dijeron nada más durante el resto del trayecto, ella concentrada en sus pensamientos, él en el tráfico.

Habían ocurrido demasiadas cosas en las últimas horas como para poder procesarlas rápidamente. Aquella mañana, su plan había sido muy sencillo: que Dalton viese que su abuela no podía ayudarlo y despedirse de él sin que descubriese el asunto del dinero. Debería haberse marchado en cuando su abuela empezó a gritar.

Pero se había quedado. Había sido amable, comprensivo. El canalla había intentado consolarla y ella le había contado sus penas como una tonta. Y allí estaban... Sus intenciones eran evidentemente lascivas y eso era intolerable.

No tenía la menor intención de liarse con él cuando estaba desesperada por perderlo de vista.

Entonces recordó que aún tenían que hablar del donativo para el teatro. En realidad, no tenía intención de aceptar el dinero. Solo había sido una manera de distraerlo, pero había fracasado.

Como no podía contarle la razón por la que no había querido que viese a su abuela,

seguramente Dalton pensaba que no quería verlo para evitar la atracción que había entre ellos.

Y lo peor de todo era que no estaba equivocado.

Capítulo Seis

Sentada a su lado en el coche, Laney estaba inmóvil y extrañamente silenciosa... hasta que de repente soltó una palabrota.

–¿Perdón? –murmuró Dalton, sorprendido y divertido a la vez.

La Laney que él había conocido años atrás, ese chicazo de once años que subía a su habitación trepando por los muros para que le enseñase a jugar al ajedrez, hablaba peor que un marinero. Y le gustaba ver que esa chica seguía existiendo.

–Estaba pensando en el dinero –le explicó ella–. El dinero que has donado al teatro.

–¿Y pensar en el dinero te hace decir palabrotas?

–No el dinero en general sino ese en particular.

–¿Por qué?

–Mi abuela no puede ayudarte a encontrar a esa heredera perdida y no debería haber aceptado el dinero sabiendo que...

–No has aceptado el dinero –la interrumpió él–. Lo exigiste.

–Sí, bueno, sé que no debería haberte exigido nada –admitió ella, cruzándose de brazos–. Pero es culpa tuya. Eres tan insistente y tan mandón –parecía una niña petulante y resultaba tan encantadora que Dalton tuvo que hacer un esfuerzo para no reír.

–Muy bien, de acuerdo, acepto mi parte de culpa.

–Eso no cambia nada. Mi abuela sigue sin poder ayudarte, así que tendré que devolverte el dinero –Laney suspiró–. No ha estado mal fingir por unos días que nadaba en la abundancia.

–Quédatelo.

–Sí, seguro.

–¿Por qué no?

Laney lo miró como cuestionando su cordura o su inteligencia. O tal vez las dos cosas... sí, seguramente las dos cosas.

–No voy a quedarme con ese dinero si mi abuela no puede ayudarte.

–Volveremos a intentarlo dentro de unos días, cuando se encuentre mejor.

–No hay ninguna garantía de que vaya a encontrarse mejor, Dalton. Ya has visto cómo ha reaccionado al verte y no quiero arriesgarme a hacerla pasar por eso otra vez.

–Y yo no te pediría que lo hicieras.

Tenía que encontrar a esa mujer, pero no a cualquier precio.

–¿Por qué no te quedas con el dinero? Me lo pediste sabiendo que Matilda no podría ayudarme y yo acepté sabiéndolo también. Sí, tengo que encontrar a esa heredera, pero me gustaría volver a verte... aunque tu abuela no pueda ayudarme.

Ella lo miró, desconcertada. Y luego levantó las manos como apartándose de un peligro.

–¿Estás diciendo que me das el dinero para que pase tiempo conmigo? Porque oye, eso no arregla nada, al contrario.

–Tú sabes que no quería decir eso.

–Menos mal.

–Dime una cosa: ¿por qué te importa tanto ese grupo de teatro? Sé que trabajas allí por las tardes y los fines de semana. ¿Por qué te molestas?

–¿Por qué me molesto? –repitió ella, con un brillo de pasión en los ojos–. Porque los niños lo necesitan. Sí, hay otros programas de actividades extraescolares, pero no como este. Yo les vendo el programa a los padres diciendo que actuar aumenta la confianza y ayuda a aprender a hablar en público, pero no es solo eso lo que necesitan los niños. Lo que necesitan esa una oportunidad de escapar de sus vidas, de ser otra persona. Mis alumnos nunca han tenido la oportunidad de ser niños de verdad. Se les presiona desde la cuna para que triunfen.

Dalton asintió con la cabeza.

–Sí, yo sé algo de eso.

Laney volvió a mirar por la ventanilla.

–Ya me lo imaginaba.

–Entonces, trabajas tanto para que esos niños tengan la oportunidad de ser niños.

–Eso es –asintió ella.

–¿Y a los niños les gusta?

–Les encanta.

–Entonces, acepta el dinero. Como tú misma dijiste, yo no voy a echarlo de menos.

Había un embotellamiento, como era habitual en Houston, y Dalton aprovechó la oportunidad para mirarla. Tenía el ceño fruncido, como si no estuviera convencida. No sabía por qué era tan importante para él que aceptase el dinero. Los Cain no eran famosos por su generosidad. Donaban dinero a empresas benéficas para ahorrarse impuestos y elegían las que pudiesen mejorar su imagen, pero no donaban dinero a grupos de teatro infantil. Entonces, ¿qué estaba pasando allí?

–Deberías aceptarlo –insistió–. Te lo has ganado.

Se preguntaba a quién estaba intentando convencer, a Laney o a sí mismo...

Entonces ella dio un brinco, como si se le hubiera ocurrido una brillante idea.

–¡O podría ganármelo!

–¿No es eso lo que he dicho?

–No, quiero decir que podría ayudarte a encontrar a esa heredera.

–Laney...

–Hablo en serio. Si te ayudo a encontrar a la heredera sentiré que he hecho algo y podré aceptar el dinero. Tú no tendrás ninguna razón para volver a ver a mi abuela y cuando todo haya terminado no tendremos que volver a vernos. Será perfecto.

Dalton hizo una mueca. ¿De verdad estaba dispuesta a ayudarlo? Pasar tiempo con ella era una cosa, pero tenerla a su lado mientras desenterraban oscuros secretos de su familia... no, no quería que Laney se ensuciase con los esqueletos que pudiesen encontrar sobre la familia Cain.

Pero debían hablar sobre la carga de profundidad que había soltado al final de su perfecto plan: lo de no volver a verse.

–¿Tan horrible es estar conmigo? –le preguntó.

Laney soltó una carcajada.

–Ah, pobrecito. ¿He herido tus sentimientos?

–Lo pregunto en serio.

–Imagino que no te sorprenderá que no quiera que juguemos juntos al golf o formemos un club de lectura...

–No tenía en mente ninguna de esas cosas.

–Bueno, era una forma de hablar. Pero tampoco quiero hacer ninguna otra cosa contigo.

Por el brillo de sus ojos, Dalton se dio cuenta de que no estaba diciendo toda la verdad.

–Vamos, Laney, una vez fuimos amigos.

–Y luego dejamos de serlo –le recordó ella–. Hemos sido «no amigos» mucho más tiempo que amigos.

Era verdad. Él tenía trece años cuando Laney fue a vivir con Matilda y entonces era un niñato convencido de su propia importancia. ¿Cómo no iba a serlo si Hollister estaba moldeándolo para ser el nuevo líder de la Compañía Cain?

Pero Laney lo había puesto en su sitio desde el primer momento. Entonces era un chicazo de ojos ensombrecidos, propensión a meterse en líos y más valor que el resto de ellos juntos. Él no quería que fuesen amigos, pero no había tenido otra opción.

Mientras solo eran amigos la cosa iba bien. Pero entonces Laney llegó a la pubertad y, de repente, todo cambió. Había empezado a desearla como loco, como solo podía desear un adolescente. La deseaba porque estaba cerca y, sin embargo, no estaba a su alcance. Entonces había pensado que no podía tenerla... en realidad, no podía ni tocarla. Si se hubiera acostado con ella y su madre se hubiese enterado, Laney y su abuela habrían sido expulsadas de la casa. Y una relación sería aún peor. Si Hollister hubiera pensado que estaba enamorado de ella las habría aplastado a las dos; las habría destrozado por convertirse en un estorbo para sus planes.

Tener una relación con ella entonces era imposible y se había alejado para protegerla. Era un adolescente y no tenía madurez emocional para hacer lo que le decía el corazón. Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartarse, pero Laney no lo dejaba. Tonteaba con él, le tomaba el pelo, lo perseguía. Hacía todo lo posible por volverle loco y cuanto más intentaba sacarlo de quicio, más difícil era dejarla fuera de su vida.

Se le ocurrió entonces que ya no necesitaba tomar precauciones porque sus padres ya no podían hacerle daño.

Nada le impedía mantener una relación con Laney Fortino.

Mientras seguía sus indicaciones, Dalton iba extrañamente callado y Laney esperó haber aplastado cualquier idea que pudiese haber tenido. Pero mientras la acompañaba a la entrada de la casa, le preguntó:

–¿Cuándo volveremos a vernos?

–Estoy libre mañana por la tarde. ¿Por dónde debemos empezar? ¿Tu padre lleva un diario o algo así?

–No, no me refería a eso. Quiero decir cuándo puedo volver a verte.

Aunque la promesa que había en sus palabras era como una caricia, Laney sintió pánico.

–Dalton...

Pero él no pensaba dejarla escapar y la aplastó contra la puerta.

–No puedes decirme que eres inmune a esto. No puedes fingir que no hay nada entre nosotros.

–Apártate –dijo ella, empujándolo–. No me gustan estos jueguecitos. Si necesitas que te levanten el ego, búscate a otra.

–Tal no sea mi ego lo que se va a levantar.

Su voz ronca creó una espiral de deseo que Laney apenas podía controlar. Era tan guapo. Una pena que un hombre tan apuesto fuese tan frío y calculador.

Era una de esas bromas cósmicas, como que el sol brillase en un día helado o que las tormentas pudieran ser tan bellas a la vez que mortales.

Ningún hombre debería ser tan sexy y tan despiadado al mismo tiempo.

Y ella no debería tener que esforzarse tanto para recordar que no estaba interesada en Dalton Cain.

–No me preocupa ninguna parte de tu cuerpo.

–¿Ni siquiera mi corazón?

Ella iba a hacer una broma, tal vez poner una mano en su pecho y decir que no oía nada, pero su expresión la detuvo. Ya no parecía estar bromeando.

La miraba con una expresión intensa y ardiente, como si quisiera devorarla. Y esa expresión creó una burbuja de esperanza. Pero no podía sentir nada por él, especialmente esperanza. La esperanza era como una droga que llevaba a otras emociones igualmente peligrosas, como el amor. Y luego a la angustia y la desesperación.

Prefería apartarse antes de que fuera demasiado tarde. Ya había tenido que olvidar a Dalton una vez, no podría hacerlo de nuevo.

–Tu corazón me preocupa menos que nada. Estoy segura de que ese órgano se marchitó durante tu primer año de universidad.

–¿De verdad crees eso?

Laney dejó escapar un suspiro de frustración.

–¿Qué quieres que diga? No esperarás que finja que no me trataste como si fuera basura, ¿no? Mira, lo entiendo, los adolescentes son crueles y egoístas, valoran demasiado la opinión de sus compañeros y toman decisiones radicales. Te parecía bien ser mi amigo cuando no nos veía nadie, pero en cuanto empezamos a ir al mismo instituto todo eso terminó, lo entiendo. Y te perdono, pero no voy a fingir que no me acuerdo. No voy a dejar que vuelvas a entrar en mi vida como si nunca me hubieras traicionado.

–¿De verdad piensas que fue así?

Laney quería interrumpir la conversación, darle con la puerta en las narices y no volver a verlo, pero una parte de ella se rebelaba. La chica de catorce años que empezaba las clases en el instituto esperando que su amigo estuviera a su lado, esa chica muerta de miedo porque sabía que era la más pobre, porque sabía que no podría estudiar allí si no fuese por el dinero de los Cain, no había desaparecido del todo.

Lo único que la ayudaba era saber que su amigo estaría allí, con ella. Pero entonces su amigo le había dado la espalda.

Y esa chica de catorce años quería respuestas.

No, no era eso. Ella sabía las respuestas. Lo que quería era vengarse.

–¿Qué iba a pensar, Dalton? –exclamó, en jarras–. Fuimos amigos durante dos años, pero en cuanto empezamos a ir al mismo instituto me dejaste fuera de una patada.

–¿Crees que dejé de salir contigo porque eras demasiado joven para mí?

–No creo que tuviese nada que ver con la edad. Dejaste de ser mi amigo porque yo no era lo bastante buena para ti.

–Te equivocas. Tú y yo nunca hubiéramos podido ser amigos en el instituto.

–Claro, porque no estaba a tu altura.

–No podíamos ser amigos porque yo no me hubiera contentado con ser amigo tuyo.

Esas palabras sorprendieron a Laney.

–¿Qué?

–Lo que has oído. La única razón por la que fuimos amigos durante los primeros dos años es que yo era demasiado joven como para entender lo que sentía por ti.

Laney dejó de respirar. Literalmente, tuvo que hacer un esfuerzo para llevar oxígeno a sus pulmones.

–¿Y qué sentías?

–¿Vas a hacer que lo diga en voz alta?

Laney solo pudo asentir con la cabeza.

–Dos adolescentes viviendo uno al lado del otro... es asombroso que no pasara nada. Entonces yo tenía dieciséis años y tú... –Dalton alargó una mano para apartar un mechón de pelo de su frente, rozándola con los nudillos– y tú eras tan guapa. Durante tres años me iba a dormir cada noche sabiendo que estabas a cincuenta metros de mí. Me mataba estar tan cerca y no poder tenerte.

Por fin, los pulmones de Laney empezaron a funcionar de nuevo. Era eso o desmayarse directamente.

–¿Qué creías que iba a pasar entre nosotros?

–No sé de qué estás hablando –respondió Dalton, haciéndose el inocente.

–Estoy hablando de esa gran revelación tuya. ¿Qué esperabas conseguir diciéndome lo que sentías entonces?

–Ah, ya veo. Crees que tengo algún motivo oculto.

–Por supuesto. Revelas una debilidad porque crees que vas a conseguir algo a cambio. ¿Pensabas que me echaría en tus brazos y nos acostaríamos juntos?

Dalton tuvo que tragar saliva.

–No.

Pero, de repente, Laney se echó en sus brazos.

–Porque a mí me parece una gran idea –murmuró, tirando de su cabeza para buscar sus labios.

Dalton se resistió durante una fracción de segundo. Le parecía que besar a Laney en plena calle después de tantos años no era la mejor manera de hacer las cosas.

Besar a Laney debería ser un evento, algo que quedase en su memoria para siempre.

Solo la besaría por primera vez una vez en su vida y...

Ah, demonios. A la porra sus escrúpulos. No podía esperar más.

Sus labios parecían hechos para ese beso, una divina combinación de seda, luz de sol y Laney.

Simplemente Laney.

En cuanto sus lenguas se encontraron fue como si un montón de fuegos artificiales estallasen en su cabeza.

Como por voluntad propia, sus manos se deslizaron hasta su trasero y ella le pasó una pierna por la cintura.

Dalton la empujó hacia atrás... un paso, luego otro y otro hasta que sintió que su pierna chocaba contra el coche. Desde allí solo podían ir cuesta abajo. Todo en ella era embriagador, el sabor de sus labios, su aroma, el calor de su cuerpo. Era como si no se cansara de él, como si estuviera dispuesta a hacer el amor allí mismo, delante de la casa, en la calle.

De hecho, estaba tirando de los faldones de su camisa para sacarlos del pantalón. Dalton deseaba tomarla allí mismo, en aquel instante, pero no podía ser. Quería hacer el amor con ella despacio y si seguía tocándolo no era su cabeza lo que iba a explotar.

De modo que sujetó sus manos y las puso sobre su torso mientras la besaba en el cuello. Cuando Laney dejó escapar un gemido, Dalton tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse.

Besarla, tenerla tan cerca, era todo lo que había soñado. Verla así, casi tumbada sobre él, con los ojos cerrados, era un sueño adolescente hecho realidad.

Pero iba a hacer que perdiese la cabeza.

De modo que se apartó unos centímetros y Laney abrió los ojos con gesto de sorpresa.

–No vas a conseguir lo que quieres.

Ella parpadeó, sorprendida.

–¿Eh?

Dalton apretó su trasero antes de apartarse.

–Has decidido cortar la tensión sexual de golpe, ¿no?

–Sí... ¿no es eso lo que...? ¿Qué haces? ¿Te vas? –exclamó Laney, al ver que sacaba las llaves del coche.

Él asintió con la cabeza. Tenía que irse antes de hacer algo que no quería hacer.

–Por tentador que sea –y no podría decirle lo tentadora que era en ese momento– vas a tener que esforzarte un poco más.

–¿Te marchas? –repitió Laney, atónita–. ¿Acabo de echarme en tus brazos y te marchas?

–Me voy porque este no es el momento.

Todo había cambiado en las últimas setenta y dos horas. Laney había puesto su vida patas arriba. Lo había hecho cuando tenía once años y debería haber sabido que lo haría de nuevo siendo adulta.

No había mentido al decir que no esperaba que se acostasen juntos. Sí, lo deseaba más que nada, pero no iba a ocurrir inmediatamente porque Laney merecía algo más que un revolcón mientras estaba distraído buscando a la heredera perdida. Ella merecía toda su atención, merecía ser el centro de su universo.

Estuvo a punto de reír al ver su expresión.

–Llevo dieciséis años esperando esto –le dijo–. Puedo esperar unos días más.

Capítulo Siete

Perpleja, Laney lo vio subir al coche y desaparecer al final de la calle. Después de tanto hablar, había esperado que se aprovechase, que diese un paso adelante...

Pero no podía sentirse decepcionada. Eso sería una locura.

Dalton había dejado caer una bomba al contarle lo que sentía por ella en la época del instituto... no, sentir no, sentir implicaba emociones y él no había dicho nada de emociones. Había hablado de deseo, de sensaciones físicas.

Dalton Cain había sido su amigo y su enemigo. Lo había adorado, se había sentido desolada, había estado loca por él, lo había odiado, lo había deseado más que a nadie.

Podría lidiar con el deseo, pero cualquier emoción más complicada sería como estar sobre arenas movedizas. Sí, en la superficie parecía sólido y estable, como una preciosa playa de arena blanca donde una podía colocar la toalla y pasar el resto de su vida. Pero, en su experiencia, toda esa hermosa arena blanca era una fina capa sobre un agujero que se la tragaría entera.

Llevaba toda su vida evitando esa trampa. Si fuese otro momento, si Dalton fuese otro hombre, sería la señal para hacer las maletas y marcharse, pero ya no era posible. Tenía un trabajo que le encantaba, niños que dependían de ella y a su abuela. No podía dejar sola a su abuela.

Y se trataba de Dalton. Echarlo de su vida era imposible. Sabía qué clase de hombre era, en su vida personal y en la profesional. Cuando quería algo, no se rendía hasta haberlo conseguido. Y, a menos que estuviese equivocada, en ese momento Dalton la quería a ella.

Y para complicar más las cosas, ella le había dicho que quería pasar tiempo con él. ¿Qué le pasaba, se había vuelto loca?

¿Tendría fuerzas para rechazarlo si Dalton insistía?

Aquello era sexo, puro y simple.

En su opinión, tenía dos opciones: la primera era rechazarlo, levantar la guardia y rezar para poder soportar la tormenta. La segunda era lanzarse sobre él y esperar que se les pasara el calentón antes de que Dalton descubriese lo del dinero robado y antes de que sus emociones se complicasen demasiado.

Pasó todo el día pensando en ello y el domingo se levantó temprano. No era fácil dormir cuando te sentías perseguida por el fantasma de un amor del pasado, de modo que hizo la colada y luego repasó unos exámenes. Incluso tuvo tiempo de pasar la aspiradora y limpiar el polvo, tareas que normalmente hacía durante la semana.

No eran las nueve cuando subió a su coche, que un chófer había llevado a su casa por la noche.

Cuando pasó un dedo por el volante salió completamente limpio. La bolsa que solía llevar llena de cosas seguía allí, con el cargador del móvil, las gafas de sol, cuadernos, papeles. Todo estaba donde debía estar, pero el interior del coche estaba limpísimo y el tanque lleno de gasolina.

Tal vez así era cuando tenías un chófer. No lo sabía porque no lo había tenido nunca. No debería molestarle, pero así era. No porque no le gustase tener el coche limpio sino porque sabía que todo aquello significaba un compromiso.

Y a ella no le gustaban los compromisos. Estaba acostumbrada a cuidar de sí

misma, no porque le gustase sino porque tenía que ser así. Su padre había muerto cuando ella tenía once años y su madre nunca había formado parte de su vida. Desde entonces solo tenía a su abuela, pero Matilda no era precisamente una persona cariñosa, de modo que estaba sola. Pero le gustaba su independencia y no quería acostumbrarse a que otra persona cuidase de ella porque sabía que no duraría mucho tiempo.

Decidida a no dejar que un tanque lleno le arruinase el día, Laney se detuvo para comprar el desayuno en un restaurante de comida rápida y, con gesto desafiante, tiró la bolsa vacía en el suelo del coche.

Unos minutos después llegaba a la residencia y corría a la habitación para que Linda no le hiciese preguntas inconvenientes. No sabía si podría soportar ver cómo babeaba al hablar de Dalton.

Pero no había hablado con ella, de modo que no sabía qué esperar cuando llamó a la puerta de la habitación. A veces, después de un ataque como el del día anterior, Matilda estaba agotada. Otras, era como si no hubiera pasado nada.

La encontró en la cocina del pequeño apartamento, tomando una taza de café.

–Supongo que quieres un café –dijo, con tono airado.

Su mal humor casi la hizo sonreír.

–No, gracias. Ya he desayunado.

–De todas formas, toma un café, para eso lo he hecho.

Laney se sirvió una taza mientras Matilda se dejaba caer sobre un sillón.

–Parece que hoy te encuentras bien.

–Pues claro que sí. Estoy tan sana como cualquier persona de mi edad y sé que tengo...

–Ochenta y tres años –dijo Laney, al ver que torcía el gesto.

–Ya sé la edad que tengo –protestó Matilda, aunque ella sabía que no era cierto.

–Mañana tienes un chequeo médico, así que estaré aquí a primera hora.

Su abuela tomó un sorbo de café, mirándola por encima de la taza.

–Estás saliendo con alguien, ¿verdad?

Laney se quedó helada.

–¿Por qué dices eso?

Matilda soltó un bufido.

–Después de dieciocho años viendo cómo haces el ridículo con los hombres, creo que reconozco las señales.

Laney tuvo que morderse la lengua. Su abuela estaba perdiendo la memoria, pero seguía siendo tan áspera como siempre.

Lo curioso era que lidiar con ella en sus días malos no la afectaba. Eran los días buenos los que la sacaban de sus casillas porque entonces su relación era la de siempre.

–Te equivocas. No estoy saliendo con nadie.

–No tienes que contarme nada. Siempre has sido muy reservada, incluso de niña.

Laney no se molestó en recordarle que no lo era cuando fue a vivir con ella. Estaba triste porque su padre había muerto, pero pronto se dio cuenta de que no iba a encontrar consuelo en su abuela.

–No estoy saliendo con nadie –repitió.

Y era cierto, ¿no?

–Espero que no sea el hombre con el que viniste ayer.

–¿Ayer? –repitió Laney, sorprendida.

–Sí, ayer.

–No sabía que te acordases.

–Pues claro que me acuerdo. ¿Por qué no iba a acordarme? No me gustó nada ese hombre. Tenía un aspecto malvado. Me recordaba a alguien.

Al propio Dalton seguramente...

Laney no quería decir nada que provocase otro ataque, pero su abuela tenía el ceño fruncido, como haciendo un esfuerzo por recordar.

–Aléjate de él –dijo entonces, apretando su brazo–. Te aplastará, Vee. Yo sé de lo que es capaz. Sé que te crees enamorada de él, pero es un monstruo.

Laney hizo una mueca de dolor cuando Matilda clavó las uñas en su brazo. Allí estaba otra vez, el nombre de Vee. El día anterior, su abuela estaba tan frenética que pensó que había oído mal, pero estaba claro que no era así.

–Entonces me alejaré de él.

–Así estarás a salvo, Laney –Matilda pronunció su nombre con un tono cariñoso, algo que no hacía jamás cuando estaba bien.

–No te preocupes –murmuró Laney, acariciando su mano, de piel tan fina como el papel–. No voy a dejar que nadie me haga daño.

Y hablaba en serio. Había pasado toda su vida adulta alejándose de los compromisos emocionales y del dolor que causaban.

No dejar que le hiciesen daño era su especialidad.

Capítulo Ocho

Aunque estaba desesperado por volver a verla, Dalton no imaginó que sería tan pronto o que Laney iría a su oficina.

Pero apareció allí el lunes por la mañana.

Estaba hablando por teléfono con varios de sus socios, pero cortó la comunicación al verla entrar en su despacho con dos bolsas de comida en la mano.

–He traído el almuerzo –anunció.

Aquel día llevaba un pantalón vaquero corto y una camiseta azul. Todo en ella, desde el cabello un poco despeinado al rubor de sus mejillas, le recordaba un perfecto día navegando, solos con el mar y viento.

–Espero que te guste la comida vegetariana. Imaginaba que estarías muy ocupado y no quería que tardásemos mucho... No tendrías planes para comer, ¿verdad? Debería haberte llamado antes.

–No, no tengo planes –respondió él. De hecho, había pensado enviar a Sydney a comprar una hamburguesa–. No se trata de mirarle el diente a caballo regalado, ¿pero no deberías estar en el colegio?

–Puedes darle las gracias a Cristóbal Colón.

–¿Perdona?

–Hoy es el día de Cristóbal Colón. Ya sabes, una de esas fiestas que la mayoría de la gente ni siquiera conoce, pero que los profesores agradecemos con todo nuestro corazón porque el Estado nos da el día libre.

–Ah, ya veo.

–He pensado que sería el momento perfecto para empezar con nuestro caso.

–¿Nuestro caso? –repitió él–. Nosotros no tenemos un caso.

–Pues claro que sí –Laney lo miraba como si fuera tonto–. El caso de la heredera perdida.

–Ese sería un buen título si fuéramos los personajes de una novela de misterio, pero no lo somos. Tú no eres Agatha Christie.

–Pues claro que no, yo soy más bien del tipo Veronica Mars –Laney se sentó al borde del escritorio, el precioso trasero a unos centímetros de su cara.

Dalton tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada de sus curvas e intentar seguir la conversación.

–¿Veronica qué?

–Veronica Mars, la detective. El programa duró varias temporadas y tiene muchos seguidores. ¿No te suena? –Laney sonrió–. No ves la tele, ¿verdad?

–No –respondió él, levantándose–. Y deja de intentar distraerme. No tenemos ningún caso.

Con ella sentada en el escritorio, le sacaba un metro y medio. Además, le habían dicho más de una vez que era un hombre que imponía. Seco y antipático eran calificativos que Portia había usado más de una vez y, aunque no era una imagen que cultivase, de vez en cuando la usaba a su favor.

Pero si fuese tan imponente, Laney debería haberse acobardado un poco. Claro que entonces no sería Laney.

–Ya que es el día de Cristóbal Colón, deberías irte a casa a descansar.

–Se me ocurren muchas cosas que podría hacer en casa, pero el sábado eras tú el que quería esperar, ¿no?

Dejando caer una chancla de piedrecitas brillantes, pasó un pie por su pantorrilla, por si no había dejado suficientemente claro lo que quería decir.

El calor de su pie lo volvía loco. No solo el roce sino la informalidad que había en él.

Pero la conocía bien y sabía que no era una forma de atraerlo sino un mecanismo de defensa.

Y, en realidad, lo comprendía. Le daba tanto miedo acercarse a él que estaba haciendo lo posible por apartarlo. Que hubiera ido allí, a su oficina, a la guarida del león era una indicación de lo desesperada que estaba.

Dalton no quería que fuera así, no quería que estuviese asustada. Querría apartar las capas de miedo para ver a la Laney que había debajo, a la auténtica Laney, pero si se acostaba con ella no tendría oportunidad de hacerlo. Y tampoco lo había hecho nunca allí, en la oficina.

De modo que dio un paso atrás para apartarse de la tentación. Si iba a comer con ella, tendría que haber al menos una mesa de juntas entre los dos. O tal vez un campo de fútbol.

Sí, la deseaba, claro que sí, pero quería algo más que el revolcón rápido que ella le había ofrecido el sábado.

–Vamos a comer en la sala de juntas –le dijo. Allí había más sitio y tal vez, con un poco de suerte, no tendría que mirar ese trasero tan sexy–. En cuanto a la heredera, no quiero que te involucres en ese asunto.

Laney tomó las dos bolsas.

–Demasiado tarde. Eres tú quien fue a buscarme.

–Para hablar con tu abuela, no para que tú hicieras de detective aficionada.

Una vez en la sala de juntas, Laney dejó su enorme bolso en el suelo y las bolsas de comida sobre la mesa.

–Yo puedo ayudarte. Solo tengo que averiguar cómo hacerle las preguntas adecuadas a mi abuela. Y, evidentemente, hacerlo cuando tú no estés allí para que no vuelva a darle un ataque.

Dalton se preguntó si Matilda tendría alguna información. ¿Lo había creído alguna vez o había querido verla porque sabía que de ese modo vería a Laney? ¿De verdad quería encontrar a la supuesta hija de su padre o estaba mintiéndose a sí mismo?

–Tal vez tu abuela no sepa nada.

–Tal vez no, es verdad –asintió Laney–. Pero no pasa nada por intentarlo.

–Se supone que no debo tener ayuda de fuera.

–¿Tu padre impone ese estúpido reto y no puedes tener ayuda de fuera? ¿Él ha dicho eso?

–No puedo contratar a un detective.

–Bueno, como yo no soy detective no pasa nada –Laney tomó su enorme bolso y sacó un cuaderno con un dibujo en la tapa–. Incluso he hecho una lista...

–¿Por qué haces esto?

Ella levantó la mirada, con el ceño fruncido.

–¿Qué quieres decir?

–Hace dos días no querías saber nada de mí y, de repente, quieres hacer de

Veronica...

–Mars –terminó Laney la frase–. Venga, deja que te ayude, por favor.

Él la observó en silencio durante unos segundos. No podía negarle nada. Ninguna mujer lo había tenido comiendo en la palma de su mano hasta que Laney volvió a su vida.

–Aún no tengo ninguna pista –admitió.

De hecho, no tenía ideas. Había visitado a su padre dos veces en la última semana y en las dos ocasiones había salido emocionalmente agotado. Hollister decía querer encontrar a su hija perdida y, sin embargo, no daba detalles que pudiesen ayudarlo. ¿De verdad quería encontrarla o estaba jugando a ser el rey Lear? Estaba poniendo a prueba la lealtad de sus hijos con esa absurda búsqueda, pero era algo en lo que no podía pensar en aquel momento.

–Mi padre jura haberle sido fiel a mi madre durante los primeros cuatro años de su matrimonio.

–Ah, vaya, un santo –dijo Laney, irónica–. Eso significa que podemos eliminar desde...

–Junio de 1978 a noviembre de 1982.

–¿Qué pasó en 1982?

–Que conoció a la madre de Cooper en Suiza.

–Ah, genial –Laney lo anotó en su cuaderno–. Entonces nos quedan... ¿cuántos? Sesenta y tres años de su vida que investigar.

Dalton rio a pesar de sí mismo.

–Creo que podemos quitar los primeros quince años de su vida. No puedo garantizar que no enfadase a mucha gente cuando era un niño, pero seguramente no se dedicaba a seducir mujeres y dejarlas embarazadas.

–Muy bien, entonces tenemos desde 1961 a 1978 y desde 1982 hasta ahora –Laney lanzó un silbido–. Tu padre es un golfo.

–No te lo puedes ni imaginar –murmuró él–. Pero la mujer que escribió la carta dice que mantuvieron una relación hace años, de modo que seguramente podemos eliminar la última década.

Laney se echó hacia atrás en la silla para poner un pie sobre la mesa.

–Dime una cosa: ¿por qué lo haces?

–No te entiendo.

–¿Por qué soportas que te trate de ese modo? A todos vosotros.

–Porque esta también es mi empresa.

–He estado investigando un poco y...

–¿Me has estado investigando? –la interrumpió Dalton sin poder disimular una sonrisa.

–Sí, bueno, no tenía nada mejor que hacer.

–No, en serio. ¿Por qué?

Laney tomó una judía verde de un contenedor y la partió con la uña antes de llevársela a la boca.

Verla comer era más erótico que una película porno. Lo hacía pensar en las cosas que podía hacer con esa boca... lo distraía tanto que casi olvidó la pregunta que había hecho.

–Nos conocemos desde hace años. Ya deberías saberlo todo sobre mí.

–El Dalton al que yo conocí era un crío. Quería saber en qué clase de hombre te habías convertido –dijo Laney–. Me pareció lo mas inteligente.

–Me investigaste porque no confías en mí.

–¿Pensabas que iba a hacerlo después de lo que pasó entre nosotros?

Dalton dejó escapar un suspiro. Tenía razón. Le había dado la espalda cuando necesitaba un amigo y solo un tonto confiaría ciegamente en alguien que hubiera hecho eso.

–¿Y qué has descubierto?

–Que eres el modelo del moderno ejecutivo. Desde que te hiciste cargo de la Compañía Cain hace cinco años, la empresa está en la lista de las cien mejores del país. Han publicado varios artículos sobre tus innovaciones en el mundo del marketing y sobre el aumento de beneficios.

–¿Has descubierto todo eso?

–Que Dios bendiga a Google, pero hay algo que no entiendo. Es evidente que tienes mucho éxito en tu trabajo...

–Eso piensan los accionistas.

–Y lo has hecho tú solo. Eres una persona bien educada, inteligente y tienes el éxito de la Compañía Cain a tu favor, de modo que no tendrías por qué soportar a Hollister. Podrías trabajar en otro sitio. La Compañía Cain no es la única que necesita un director.

–Es posible que tenga que buscarme otra.

Laney frunció el ceño porque esa no era la respuesta que esperaba.

–¿Cómo?

–Si no encuentro a la heredera perdida, no seré el director de la Compañía Cain.

–¿Qué?

–Pensé que te lo había contado el primer día. Si no la encuentro, lo perderé todo.

–Sí, dijiste eso, pero pensé que hablabas metafóricamente.

–No, es la verdad. Quien encuentre a la heredera se quedará con la compañía. Y si Hollister muere antes de que la encontremos, la compañía pasará a manos del Estado.

Laney se echó hacia atrás en la silla, pálida de repente.

–Lo dirás de broma... no, déjalo, sé que tú no bromearías sobre algo así –luego saltó de la silla y empezó a pasear por la sala de juntas–. ¿Entonces, si no encuentras a la heredera, lo perderás todo?

–Yo tengo mi propio dinero, acciones de los años que he trabajado aquí... –Dalton sonrió, burlón–. Y mi encanto personal.

Laney soltó un bufido.

–No tendrás que vivir en la calle, pero de todas formas... esto demuestra que Hollister es un psicópata. Lo sabes, ¿no?

–Es una teoría a la que llevo años dando vueltas.

–Será canalla...

Laney apretó los puños como si quisiera golpear a su padre y Dalton tuvo que disimular una sonrisa al verla tan indignada. ¿Cuándo fue la última vez que la tuvo de su lado? Muchos años atrás, cuando eran niños.

Verla así le recordaba a la niña que había sido en el instituto, siempre enfadada por algo.

–¿Sabes lo que creo que deberías hacer? –le preguntó ella entonces–. Deberías mandarlo al infierno.

–Tienes razón.

–No puedes dejar que te trate así. Deberías marcharte ahora mismo.

–No voy a marcharme –dijo él.

–¿Por qué no? Tu padre es un canalla y tú eres un empresario muy respetado. Seguramente habrá docenas de compañías millonarias como esta que querrían contratarte.

O podrías abrir tu propia compañía.

–Podría hacer todo eso, pero entonces no tendría la Compañía Cain.

–¿Y la Compañía Cain es tan importante para ti?

–Sí, lo es. Tú no sabes los sacrificios que he tenido que hacer para ser el director de esta empresa. Me educaron para ello desde niño... supe que era el heredero de la compañía en cuanto tuve uso de razón. Sabía que era mía, pero también que podría perderla. Hollister dejaba claro que si metía la pata lo perdería todo –Dalton se quedó pensativo un momento–. Tenía siete años cuando mi padre llevó a casa a Cooper por primera vez, un verano.

–Pues debió ser un verano divertidísimo.

–No tienes idea. Mi madre estaba furiosa, como es natural, y cada uno tuvo que apuntarse a un bando.

–Tuviste que elegir entre tu padre y tu madre y elegiste a tu padre –dijo Laney. Era una afirmación, no una pregunta.

–Elegí mi futuro y he usado el mismo criterio para todas las decisiones que he tomado desde entonces. Cada vez que tenía que elegir pensaba: ¿esto me hará mejor líder? ¿Me ayudará a llevar la Compañía Cain?

–No todas las decisiones –objetó Laney.

–No, no todas las decisiones –asintió él.

Hacerse amigo de la rebelde nieta de su ama de llaves no lo había beneficiado para nada, pero lo había hecho de todas formas. Algo en Laney lo atraía incluso entonces y no había sido capaz de resistirse.

A los trece años, esa decisión no le había parecido importante, pero para apartarla de su vida a los dieciséis había tenido que hacer uso de toda su fuerza de voluntad. No quería perderla y no lo habría hecho de no haber estado completamente seguro de que era lo mejor para los dos.

Laney nunca sabría cuánto le había costado tomar esa decisión.

–Después de los sacrificios que he hecho, de todo lo que he dejado por el camino, no pienso tirarlo todo por la borda.

Capítulo Nueve

Mientras lo escuchaba, Laney pensó que se le rompía el corazón. ¿Alguna vez la había querido alguien como él amaba la Compañía Cain? No sabía qué la entristecía más, que sintiera eso por la compañía y no por ella o que pudiera perderlo todo.

–Bueno, esta está siendo la conversación más alegre del mundo, ¿no? –bromeó.

Dalton rio, un poco avergonzado.

–Lo siento.

–No te disculpes.

–Debería poder hablar de ello sin parecer un lunático.

–No pareces un lunático, solo muy apasionado. Todo el mundo necesita sentir pasión por algo. Tú tienes suerte de haberlo encontrado siendo tan joven.

Él asintió, como si estuviera de acuerdo. Pero después sacudió la cabeza.

–Seré afortunado si encuentro a esa chica y no lo pierdo todo.

Laney lo sabía. La Compañía Cain lo era todo para él y agradecía que le hubiera recordado qué sitio ocupaba en su vida. Mientras recordase eso y controlase sus emociones, no pasaría nada.

–Ya que hablamos de esa espada de Damocles, deja que te cuente lo que he descubierto.

–¿Has descubierto algo?

–Bueno, no es tanto descubrir como recordar –Laney pasó unas páginas de su cuaderno–. He estado pensando en lo que dijo Matilda al verte.

–¿Cuándo tuvimos que llamar a los ordenanzas para que la sedasen?

–Sí, ya sé lo que estás pensando.

–Estoy pensando que me alegro de no haber confiado en tus habilidades como detective.

Laney pestañeó.

–¿Me está tomando el pelo, señor Cain? Porque eso es muy cruel cuando aún no ha oído lo que tengo que decir.

–Muy bien, impresióname.

–Tú crees que mi abuela decía cosas sin sentido, que es lo que yo pensé al principio. Pero ayer te mencionó a ti y...

–¿Me mencionó?

–Bueno, no te llamó por tu nombre. Habló del hombre que había ido a verla el día anterior y luego dijo –Laney miró la página del cuaderno– «Te aplastará, Vee. Yo sé de lo que es capaz. Sé que te crees enamorada de él, pero es un monstruo». Lo anoté en cuanto salí de la habitación.

–¿Y bien?

–Me llamó Vee. Puede que no haya escrito bien el nombre, pero sé que me llamó Vee, algo que también hizo el sábado, cuando tú estabas en la habitación.

–Sí, lo sé. Pensé que te llamaba así.

–Nunca me ha llamado así.

–También te llamó Elaine.

Laney hizo un gesto con la mano.

–Sí, pero eso es normal. A veces parece creer que soy su hermana. Otras cree que soy mi madre y me llama Suzy-Q.

–Bonito nombre.

–No como lo dice mi abuela –Laney torció el gesto–. Matilda odia a mi madre... en fin, me llama Laney, Elaine o Suzy-Q. En todo este tiempo nunca me había llamado Vee ni mencionado a una tal Vee. Era la primera vez que escuchaba ese nombre.

–¿Estás segura de que es un nombre?

–Para no tener ninguna pista ve veo muy escéptico –protestó Laney.

–Sería menos escéptico si tuviéramos algo más que un nombre que tu abuela ha mencionado un par de veces –replicó Dalton.

–Escúchame al menos. Esa tal Vee, quien sea, es alguien a quien mi abuela quería proteger. Estaba preocupada por ella.

–Sí, eso parece.

–Pero estamos hablando de mi abuela. Tú la conoces, ¿no? Matilda siempre se ha enorgullecido de su eficacia, de su capacidad organizativa y de su habilidad en la cocina, no de ser una persona cariñosa que se preocupe por los demás. Si le preocupaba esa mujer, debía ser porque de verdad temía por ella.

–Muy bien, de acuerdo. Pero eso no significa que tenga algo que ver con mi padre.

Laney pasó otra página del cuaderno.

–Entré en Internet para buscar información sobre mi familia y ver si había otra hermana con ese nombre.

–Y...

–Nada. No he encontrado a ninguna mujer cuyo nombre empezase por V. Solo un tal Vernon Pratter, un primo lejano que nació en 1896.

–Pues entonces...

–¿No podría ser alguien que trabajase para tus padres?

–No tengo ni idea –respondió Dalton–. Esa tal Vee, suponiendo que sea una persona, podría ser cualquiera. Una amiga del colegio, una vecina o la cajera del supermercado.

Laney puso los ojos en blanco.

–No te pongas difícil. Mi abuela nunca tuvo muchas amigas y cuando hablaba de Vee parecía muy preocupada, como si le importase de verdad. Sea quien esa tal Vee, es alguien a quien Matilda asocia con Hollister.

Dalton no parecía convencido, pero Laney sabía que estaba en lo cierto. Tal vez era el instinto, una corazonada, lo que fuera, pero sabía que tenía razón.

–Merece la pena investigar un poco, ¿no te parece? Cuando erais pequeños, tus padres tenían muchos empleados.

–Niñeras, jardineros, criados –asintió él– pero iban y venían. Solo tu abuela permaneció en la casa tantos años.

–¿Recuerdas a alguna de las niñeras?

Él se quedó callado un momento.

–Había una Julie cuando Griffin era pequeño. Y Rachel después de ella. Creo que fue la última... ah, no, hubo también una que se llamaba Sophia.

–Ah, vaya –murmuró Laney, decepcionada.

–Eso es todo lo que recuerdo. Hubo más, pero no recuerdo sus nombres.

–¿Podrías averiguarlos?

–Creo que sería buena idea.

Laney saltó del escritorio.
–¿En serio?
–No tenemos ninguna otra pista. Le pedí a Sydney que buscase partidas de nacimiento en las que Hollister apareciese como padre, pero por el momento no ha encontrado nada. Y como no sabemos en qué año nació la heredera perdida, o incluso si su madre dio el nombre de Hollister como padre, lo tenemos muy difícil. Esta es nuestra única pista.
Ella sonrió.
–Hablas como un detective.
Y había usado el plural, pero eso no lo dijo en voz alta. Incluso intentó disimular su satisfacción mientras Dalton llamaba a su secretaria para pedirle que buscase información sobre la gente que había trabajado en casa de los Cain en los últimos cuarenta años.
Podría estar celosa de la guapa secretaria de Dalton, pero la mujer era tan fría y profesional que no podía imaginarla teniendo una relación con nadie y menos con su jefe.
Cuando Sydney salió del despacho, Laney tenía el ceño fruncido.
–¿Crees que encontrará algo? Cuarenta años es mucho tiempo.
–Eso espero. Tu abuela era muy eficiente y seguro que guardaba información sobre todos los empleados. Y si no, podríamos buscar las declaraciones de la renta de esos años, allí tiene que aparecer el nombre de los empleados.
–Pensé que esas cosas solo se guardaban durante tres o cuatro años. A menos que estuvieras haciendo algo ilegal, claro.
Dalton esbozó una sonrisa.
–Esperemos que mis padres estuvieran haciendo algo ilegal.
La verdad era que resultaba divertido estar del mismo lado. Lo había pasado bien enfadándolo en el colegio, pero aquello era más entretenido.
–Algo me dice que tus padres podrían estar metidos en un buen lío.
–¿No te parece bien que investigue?
–Sí, claro que sí. Tu padre es el culpable de todo esto y casi me apetece sentarme en el sofá con una bolsa de palomitas para disfrutar del espectáculo.
Dalton la miró de arriba abajo, y Laney sintió un escalofrío. Miró su reloj antes de levantarse.
–Tengo una reunión esta tarde. Si vienes conmigo, seguiremos hablando por el camino.
Una parte de ella quería acepta la oferta, la misma que tenía que hacer un esfuerzo para no dar saltos de alegría. La parte que se llenaba de felicidad cada vez que Dalton sonreía.
Lo cual era ridículo porque ella no era una de esas chicas tontas que babeaban por él. Ni siquiera siendo niña actuaba así. Ella había pasado de Barrio Sésamo a subirse a los árboles o pintarse las uñas de negro, con algún tutú entre medias. Pero con Dalton se sentía como una boba. Y era tan emocionante como aterrador.
Lo bueno del asunto era tener la oportunidad de pasar tiempo con él, lo malo el riesgo de que le rompiera el corazón otra vez.
–Me gustaría que vinieses conmigo –dijo Dalton entonces.
Ah, demonios, ¿cómo iba a decir que no?
–Pero la comida... –protestó débilmente.
–La llevaremos con nosotros –Dalton cerró la tapa de un recipiente y lo guardó en la bolsa.

Antes de que ella pudiese protestar estaban saliendo de la oficina. La facilidad con que la había convencido no auguraba nada bueno para su corazón. No se hacía ilusiones sobre el futuro. Aunque hubiese una chispa de atracción entre ellos, tendría que ser solo algo físico. Debía alejarlo de su abuela y de su corazón. Y podía hacerlo, ¿no?

Ella era dura, siempre lo había sido. Además, caerse de tantos árboles había preparado a su corazón para cualquier golpe.

Dalton no aprovechó el trayecto para hablar de la heredera perdida o la Compañía Cain sino para hacerle preguntas sobre sus años en el instituto y Laney se encontró hablándole sobre el año sabático que se había tomado entre el instituto y la universidad, un año que se había convertido en tres durante los cuales había viajado primero por Estados Unidos y luego por Europa.

Le contó que había pasado diez meses en Italia aprendiendo italiano, visitando los museos e intentando aceptar que no tenía el don de su abuela en la cocina. Incluso había estado en el pueblo en el que nació su bisabuelo.

Cuando se dio cuenta de todo lo que estaba contándole llevaban en el coche casi una hora y estaban a las afueras de Houston, acercándose a la bahía.

–¿La reunión es en un barco? –le preguntó cuando llegaron al muelle.

–¿He dicho que tenía una reunión?

–Sí, eso has dicho.

Dalton maniobró entre varias filas de barcos, sus mástiles apuntando al cielo. Estaba serio, pero Laney podía ver un esbozo de sonrisa en sus labios.

–Creía haber dicho que tenía planes.

–No, has dicho que tenías una reunión, estoy segura.

–Bueno, pues entonces lo siento –Dalton detuvo el coche en el aparcamiento y quitó la llave del contacto.

–Me has tendido una trampa –protestó Laney.

Él apoyó un brazo en el volante.

–Hace un día estupendo para salir a navegar y tú tienes el día libre. ¿Por qué no lo pasamos en mi barco?

¿Por qué no? Después de todo, era ella quien había ido a buscarlo. Pero pasar una tarde navegando con él... eso parecía tan pintoresco, tan romántico.

Tan parecido a esas comedias románticas que ella intentaba odiar.

–¿Se te ha ocurrido pensar que deberías haberme preguntado antes?

–Pues claro que sí. Y luego he pensado que si te preguntaba dirías que no y me harías una lista de cosas que pensabas hacer hoy, ninguna de las cuales sería la verdadera razón por la que no quieres pasar la tarde conmigo.

Laney se quedó sin aliento.

–Y supongo que tú crees saber cuál es la verdadera razón, ¿no?

–Por supuesto: que no quieres estar a solas conmigo.

Ella querría negarlo, pero tenía razón. Además, parecía un sacrilegio mentir cuando estaba mirando un paisaje tan hermoso.

–Puedes relajarte, prometo que no te he traído aquí para seducirte.

Sí, pero eso era precisamente lo que la estaba matando.

–Vamos a disfrutar del día. Además, si lo pierdo todo, el barco será lo primero de lo que tenga que despedirme. Si no te llevo a navegar ahora, ¿quién sabe cuándo tendré la oportunidad de volver a subir a un barco de un millón de dólares?

Laney no pudo disimular una mueca de incredulidad.

–¿Te has gastado un millón de dólares en un barco?

–En realidad, mi padre se ha gastado un millón de dólares en un barco. Se lo compré a él.

–Ah, bueno, eso es mucho mejor –dijo ella, irónica, bajando del coche–. Bueno, vamos a ver ese barco que vale un millón de dólares.

Dalton salió tras ella.

–¿Este es un buen momento para mencionar que, técnicamente, no es un barco?

–¿Ah, no? ¿Qué es, un hipopótamo?

–Es un yate.

–Ah, perdón –Laney puso los ojos en blanco–. ¿Este es un buen momento para decirte que, técnicamente, no sé nadar?

Él se detuvo, sorprendido.

–¿En serio?

Se había puesto pálido, no sabía si de sorpresa o de miedo. En cualquier caso, Laney soltó una carcajada.

–Era una broma.

–¿Seguro? Porque no tenemos que subir al barco.

–Seguro, solo era una broma. ¿Todo te lo tomas tan en serio?

No tenía que responder. Ella sabía que Dalton Cain se lo tomaba todo muy en serio.

También había sido así de niño, tan solemne y callado. Ella tenía once años cuando llegó a casa de los Cain. En términos de edad, estaba entre Dalton, Griffin y Cooper. Con Griffin y Cooper se subía a los árboles, jugaba al escondite, montaban fuertes en el jardín y hacían excursiones por la propiedad de los Cain.

No había hecho ninguna de esas cosas con Dalton. Con él, aprendía a jugar al ajedrez y escuchaba música, pero no el rock sucio que tanto le gustaba entonces sino los músicos que le gustaban a él: Yo–Yo Ma, Count Basie, David Brubeck.

Música que seguía escuchando. Dalton le había hecho un tour guiado por la mansión de los Cain... esas habían sido sus palabras: «Un tour guiado por la mansión» para mostrarle los cuadros y las obras de arte, hablándole de cada artista, del período, del estilo. Incluso le dijo cuáles eran obras auténticas y cuáles simples copias. Incluso los ricos tenían cuadros falsos porque casi nadie conocía las obras menores de los grandes maestros.

Para una niña de once años, Dalton había sido un misterio fascinante, tan complejo y tan diferente al resto de los chicos de su edad. Tan diferente a su mundo de McDonald’s y perezosos veranos viendo Power Rangers.

Entonces se preguntaba por qué se molestaba en estar con ella...

Eran recuerdos que había guardado hasta aquel momento en un rincón de su alma porque, en parte, Dalton la había hecho ser como era. Había despertado su curiosidad y su ambición como nadie, pero cuando su amistad terminó en el instituto tuvo que hacer un esfuerzo para olvidar los buenos momentos.

Entonces no había sitio para esos recuerdos en su dolorido corazón, pero todo había cambiado. Analizando su relación con ojos de adulta podía ver lo que no había podido ver entonces. En lugar de intentar enfadarlo para llamar su atención, debería haber hablado con él, debería haberle pedido explicaciones.

Pero entonces estaba tan furiosa y tan dolida... aunque, si era del todo sincera consigo misma, no le había sorprendido.

Para empezar, nunca había entendido por qué se molestaba tanto con ella. Dalton era mayor, mejor educado, más serio. Laney no veía lo que ella llevaba a esa amistad.

No entendía entonces que era el heredero de un imperio, un chico solitario que necesitaba una amiga. Seguramente, ella había sido la única persona que quería estar con él solo porque disfrutaba de su compañía.

Era comprensible que la hubiese engañado para llevarla al barco esa tarde. Dalton quería encontrar a la heredera perdida y necesitaba a su compañera de juegos.

Ella era la única persona que le tomaba el pelo, la única que lo desafiaba y se atrevía a enfadarlo. De repente, Laney entendió que Dalton la había necesitado tan desesperadamente como ella lo necesitaba a él.

El ridículo encargo de Hollister había puesto el mundo de Dalton patas arriba y necesitaba un amigo. Alguien que le tomase el pelo, que le recordase que la vida también podía ser divertida.

Cuando llegaron al barco, Laney se puso en jarras.

–¿No hay una plancha? ¿No hay un capitán que me dé la bienvenida?

Dalton esbozó una sonrisa.

–No hay capitán –respondió–. Solo tú, yo, y el mar. ¿Te parece bien?

Había suficiente calor en su mirada como para calentar toda la bahía de Galveston. Por supuesto, el gran fallo en su plan de darle la tarde libre para jugar con una amiga era que no estaba segura de que pudieran ser solo amigos. Pero tal vez eso no era tan malo.

¿Podía pasar el día con Dalton siendo su amiga y su amante? ¿Podían tener los dos esa tarde y despedirse como si no hubiera pasado nada?

Sí, creía que sí. A ella se le daba bien no mirar a atrás, de modo que dijo:

–Llevo días queriendo tenerte a solas.

Sonriendo, Dalton subió a cubierta de un salto. Evidentemente, estaba acostumbrado a hacerlo...

Si era sincera, debía admitir que la intimidaba un poco. No su dinero, su yate, su posición social o su poder en la Compañía Cain. Todas esas eran cosas con las que había nacido. No, lo que la impresionaba era cómo se había convertido en el nuevo líder de la Compañía Cain, abandonando las prácticas empresariales de su padre para hacer las cosas a su manera.

Era un hombre asombroso. ¿Cómo había terminado allí con él?

Pero no quería seguir haciéndose preguntas cuando era mucho más fácil disfrutar del día y fingir que no se le rompería el corazón cuando aquello terminase.

Dalton volvió a aparecer unos segundos después, descalzo y con unas llaves en la mano.

–¿Necesitas ayuda para subir?

–Yo diría que es bastante evidente.

–A veces, pedir lo que necesitas es bueno para el alma.

–Te pedí cien mil dólares, ¿no? Creo que mi alma está en buena forma.

–Me pediste cien mil dólares para un montón de niños, no para ti. No es lo mismo.

Laney resopló.

–N sé cómo subir al barco... digo al yate. ¿Te importaría ayudarme?

–Claro que no –Dalton le ofreció su mano–. Vamos, solo tienes que dar un salto.

–Si me caigo al agua, imagino que me rescatarás.

–Te lo prometo.

Laney tomó su mano y terminó aplastada contra el torso masculino.

–Gracias –logró decir, casi sin voz–. ¿Crees que recuperaré el uso de las piernas o me van a seguir temblando toda la tarde?

–¿Estar a mi lado hace que la tierra tiemble bajo tus pies?

–Ja, ja –Laney lo empujó suavemente–. Ese barco va demasiado rápido.

–Entonces, alertaremos a los guardacostas –bromeó Dalton–. ¿Ya estás bien?

–Creo que sí. ¿No hay que llevar un chaleco salvavidas?

–Si tienes trece años o menos.

–Te ríes ahora, pero yo he visto Titanic. Si no hay suficientes chalecos salvavidas, podríamos tener un problema.

Dalton soltó una carcajada.

–Intentaré evitar los icebergs mientras navego por la bahía de Galveston. Pero si así te sientes mejor, hay chalecos salvavidas y lanchas hinchables bajo los bancos. Si el yate se hunde, no te ahogarás.

–¿Y tú?

–Si el yate se hunde, me sentiré desolado.

La cubierta estaba dominada por un par de bancos en forma de L, uno en la popa al aire libre, el otro a estribor, bajo el techo de la cabina. Entre ellos había varias mesas, una nevera y un bar. Los asientos eran de piel blanca y las mesas de una madera brillante. En el centro había una escalerilla que debía llevar al camarote...

Si su coche era discreto, el yate era todo lo contrario. Era el juguete de un hombre rico.

Dalton señaló los asientos bajo la cabina.

–Siéntate si quieres. Y toma lo que quieras, la nevera está llena.

–¿Tú quieres beber algo? –Laney vio una selección de cervezas, vino... y varias latas de Barq’s, el refresco que solía tomar de pequeña.

Había sido su bebida favorita cuando todas las demás chicas tomaban coca–cola sin cafeína. ¿Dalton se había acordado o alguien había llenado la nevera por él? ¿Estaba cortejándola?

¿Cómo iba a mantener la guardia levantada si hacía esas cosas? Podía soportar a un Dalton arrogante y obsesionado con encontrar a la heredera perdida porque ese hombre solo la necesitaba para mantener el control de su imperio, pero el que salía de su oficina para pasar la tarde navegando... Laney no sabía qué hacer con ese Dalton.

Parecía un hombre que podía ganarse su corazón como se había ganado su cuerpo y eso la aterrorizaba porque lo había engañado sobre su abuela. Cuando supiera la verdad, no querría saber nada ni de su corazón ni su cuerpo.

Entonces sintió que él ponía una mano sobre su hombro.

–Oye, no te mareas, ¿verdad?

Laney se volvió para mirarlo.

–No, no creo. ¿Por qué?

–Porque te he pedido que me pasaras un refresco –Dalton apartó el pelo de su cara–. Y estás un poco pálida.

–¿Bebes Barq’s? –le preguntó ella.

–Sí –asintió Dalton.

Estaba exagerando por un refresco, viendo demasiado en algo que era muy simple y decidió olvidarse de paranoias y disfrutar de la tarde.

Dalton estaba maniobrando para sacar el barco del puerto. Debería haber tenido un aspecto absurdo porque había ido directamente desde la oficina con el traje de chaqueta, pero descalzo, con el pantalón beis y la camisa de lino blanco remangada hasta el codo, tenía un aspecto informal, relajado.

A pesar de la brisa fresca del mar, Laney se encontró tirando del cuello de su camiseta. No era solo su atractivo lo que hacía que le hirviese la sangre. Había algo más, una cualidad inefable. Tal vez era su inteligencia, tal vez la seguridad que aparentaba... una seguridad que en un hombre que hubiera conseguido menos en la vida podría ser percibida como arrogancia.

O acaso era solo su tenacidad, su capacidad de concentración. Dalton tenía la habilidad de concentrarse tan intensamente en algo que parecía como si nada más existiera en el mundo.

Y en aquel momento, esa tarde, estaba concentrado en ella.

Saber que lo tenía para ella sola hasta que volviesen al puerto era maravilloso, pero también aterrador.

Podía soportar ser el juguete de un hombre rico por una tarde mientras solo fuera eso. ¿Pero y si había algo más? ¿Y si Dalton quería una relación?

Capítulo Diez

Tardaron casi una hora en salir a mar abierto, en dirección a la reserva natural McFaddin. Los pelícanos y las gaviotas desaparecían poco a poco, siendo reemplazados por pájaros más exóticos y grupos de ocas blancas que volaban muy cerca del agua. Allí, en medio del mar, solo salvo por algún barco en la distancia, los pájaros y los delfines, era uno de los pocos sitios en los que podía relajarse de verdad.

Normalmente sentía que empezaba a hacerlo en cuanto pisaba el puerto, pero aquel día era diferente.

Laney no parecía cómoda del todo en el barco. A pesar de haber dicho que sí sabía nadar, Dalton se preguntaba si tal vez le daba miedo el mar. Pero Laney nunca se echaba atrás y no se acobardaba por nada. Si fuera un simple miedo al agua, se habría lanzado de cabeza para superarlo. No, tenía que ser otra cosa, algo personal.

Poco después llegaron a su playa favorita, cerca de la reserva natural, y echó el ancla antes de volverse hacia Laney, que fingía estar calmada cuando él sabía que no era así. Si no la conociese bien, pensaría que hacía aquello todos los días, pero podía ver que estaba tensa, nerviosa, haciendo un esfuerzo para parecer relajada.

Y se preguntó entonces si habría cometido un error al llevarla allí. En el puerto había visto que escondía alguna emoción, alguna vulnerabilidad que guardaba como guardaba todo lo que pudiese hacerla parecer débil.

Había pensado que se le pasaría cuando salieran a mar abierto, como le ocurría a él, pero tal vez estaba equivocado.

–Pareces... –Dalton se detuvo un momento para elegir bien sus palabras. Si Laney estaba incómoda no quería empeorar la situación– inquieta.

Ella soltó un bufido de los suyos, que podía querer decir que estaba remarcando lo obvio o que era un idiota.

–¿Quieres que vuelva al puerto?

–No, es que aún no entiendo tus motivos para secuestrarme.

–¿Crees que te he secuestrado?

–Me has traído aquí engañada y ahora estamos lejos de la civilización. No conozco tus motivos o cuándo piensas llevarme de vuelta a casa.

–Dicho así suena terrible –Dalton tiró de su brazo para levantarla del asiento–. ¿Serviría de algo prometer que no voy a asesinarte y tirar tu cadáver al mar?

Laney hizo un puchero.

–Serviría de algo que me ayudaras a entender tus motivos.

–Algunas mujeres disfrutarían de este romántico paseo por el mar.

Pero él no quería estar con otras mujeres. No, él quería estar con Laney, enfadada y retadora.

–De modo que lo admites –dijo ella, dándole un empujón.

–¿Qué admito? –preguntó Dalton, desconcertado.

–Que traes aquí a muchas mujeres –Laney parecía extrañamente animada por esa idea.

–¿Eso es lo que te molesta?

–Pero es así, ¿no? Vamos, esto parece sacado del manual de seducción del playboy

multimillonario.

Casi diría que parecía insegura, como si de verdad quisiera ser solo una de sus conquistas. Dalton no entendía nada.

–Háblame de ese manual. ¿Es el manual para seducir a playboys o el manual que usan los playboys para seducir a las mujeres? No me ha quedado muy claro.

Laney volvió a empujarlo.

–Tú sabes lo que quiero decir, no te hagas el tonto.

–¿Qué quieres que diga, que estoy intentando impresionarte? ¿Que pretendía que este día fuese especial? ¿Que he encargado Barq’s para ti porque eso era lo que bebías cuando estabas en el colegio? Envié un mensaje al oficial del puerto antes de salir de Houston para que llenara la despensa y pusiera gasolina –Dalton esperó un momento antes de seguir–. No traigo citas al barco. De hecho, tú eres la primera mujer que sube a bordo desde que lo compré.

Laney frunció el ceño.

–Pero tu exmujer...

–Portia odiaba los barcos. Y el calor de Texas. Además, lo compré después de divorciarme.

Laney se quedó callada un momento.

–Lo creas o no, esta es la primera vez que un hombre guapo y rico me secuestra para llevarme a navegar.

–Me alegro.

–No te hagas el listo.

Era tan encantadoramente petulante que Dalton no pudo evitar tirar de ella para darle un beso en los labios. No un beso lento y apasionado sino uno rápido, posesivo; la clase de beso que querría darle a todas horas.

Pero cuando se apartó, la expresión de Laney era tan desconcertada que, de inmediato, deseó haberle dado un beso lento y apasionado, la clase de beso que se comería el resto de la tarde y tal vez incluso su alma.

–Dime una cosa: ¿por qué?

–¿Por qué qué?

–¿Por qué me has traído a navegar?

–¿Tan difícil te resulta creer que quería pasar la tarde contigo?

–Íbamos a pasar la tarde juntos, en tu oficina. ¿Por qué me has traído aquí?

–No íbamos a pasar la tarde juntos en mi oficina, íbamos a comer algo rápido mientras hablábamos del manipulador de mi padre –Dalton se inclinó para tomar una cerveza de la nevera–. Eso no es pasar la tarde juntos.

–¿Entonces qué? ¿Has hecho novillos porque estás aburrido?

–No estoy aburrido –dijo él, un poco irritado por su insistencia. ¿Por qué tenía que ponerse tan difícil?

–Muy bien, no estás aburrido –Laney movió una mano, como borrando su anterior afirmación–. Digamos que frustrado por la falta de control sobre tu vida en este momento y enfadado con tu padre porque podrías perder todo aquello por lo que tanto has trabajado. Esto es una especie de rebelión, ¿no?

–Puedes analizarme todo lo que quieras, pero para hacerlo necesitas tener todos los datos. Esto –Dalton señaló de uno a otro– no tiene nada que ver con mi padre ni con la falta de control sobre mi vida. Esto se trata de ti y de mí. Y si decido tomarme la tarde libre para salir a navegar es porque me apetece estar contigo. ¿Tú sabes desde cuándo quería hacer

esto?

Laney miró el reloj, burlona.

–No sé, ¿unas tres horas?

–Más bien dieciséis años.

–¿Qué...?

–Eric Mulroney y tú solíais hacer novillos los viernes por la tarde.

Laney estaba más desconcertada que nunca.

–Pero íbamos a pasear o a su casa si sus padres no estaban. Y tú podrías haber venido, Eric era tu amigo.

–Dejó de serlo cuando empezó a salir contigo –las palabras de Dalton estaban llenas de resentimiento y rabia.

Laney intentó recordar. Había conocido a Eric porque era amigo de Dalton. Para ser sincera, por eso salió con él.

–¿Entonces por qué nos presentaste?

–No tuve más remedio. Estaba con unos amigos en mi habitación y tú entraste por la ventana, como siempre. En cuanto Eric te miró, me di cuenta de que había cometido un error y me habría gustado...

Laney enarcó una ceja, esperando que terminase la frase.

–¿Qué?

–Habría querido cargármelo porque, aunque yo no podía tenerte, tenías que ser mía.

Dalton nunca la había mirado con deseo, por mucho que él dijera, pero Eric sí. Por primera vez en su vida supo lo que era atraer a un hombre y le encantó, no porque le gustase Eric sino porque flirtear con él enfadaría a Dalton.

Ese momento había marcado el tono para su relación en la época del instituto: él callado y enfadado, ignorándola, y ella haciendo todo tipo de cosas absurdas para conseguir una reacción por su parte. Era un milagro que no la hubiesen echado del instituto. Pero hasta ese momento no había sabido...

Laney dio un paso adelante y tomó su cara entre las manos.

–Lo siento –le dijo.

Dalton siempre había sido una persona muy reservada y era difícil imaginar que nada de lo que ella hiciera pudiese haberlo afectado de verdad, pero así era.

–Vamos a fingir que tenemos lo que esos dos tontos chicos del instituto querían: una tarde para los dos solos. Completamente solos.

Sentía como si hubiera esperado años, décadas. Tal vez así era.

Era un día tan romántico. La brisa, el mar, sus palabras. Él. Que no hubiese llevado mujeres allí, el tiempo que llevaba deseándola, todo eso despertaba campanitas de alarma porque no parecía una relación informal, corta, de la que podría alejarse sin problemas. Y debería alejarse. ¿Por qué no lo hacía?

De repente, todo era tan desconcertante. Aquella debía ser una simple aventura y, además, debería odiar a Dalton.

Pero nunca lo había odiado. Era el pastel en el escaparate de la pastelería: perfecto, delicioso y fuera de su alcance. No había odiado ese pastel, había odiado el cristal del escaparate.

Pero el cristal había desaparecido de repente y le temblaba la mano cuando tocó su cara.

Debería hacer un esfuerzo para resistirse. Con otro hombre lo habría hecho, pero Dalton la miraba de una forma... el calor que había en su mirada la dejaba sin voluntad.

Le había dado la invitación perfecta para besarla, pero en lugar de aceptarla, en lugar de besarla hasta que estuviera loca de pasión, en lugar de tomarla allí mismo, en la cubierta del barco, la miraba como... como si ella fuera el pastel.

¿Por qué habían esperado tanto tiempo? ¿Por qué los dos deseaban tanto aquello y nunca habían hecho nada? ¿Cómo habían podido soportarlo?

Poniéndose de puntillas, Laney buscó sus labios en un beso suave y hermoso como la brisa del mar.

Y luego dio un paso atrás porque no quería apresurar nada. No quería equivocarse.

Había tantas razones por las que no podían mantener una relación, tanta gente, tantas cosas entre los dos, tantas mentiras. Pero allí, en el barco, en aquel momento... podían tener lo que querían. No sería para siempre, pero sería suficiente.

De modo que se apartó y, sin decir una palabra, bajó por la escalerilla que llevaba al camarote.

Era diminuto, con espacio para una sola cama. Estaba quitándose la camiseta cuando oyó que Dalton cerraba la puerta.

Tiró la camiseta al suelo, pero no se volvió para ver si él estaba mirándola. Su cuerpo estaba tan conectado con él que sabía que estaba haciéndolo. O tal vez no se volvió porque estaba demasiado nerviosa y no quería dejarse llevar.

No quería una pasión salvaje, incontrolable, quería algo lento, suave. Quería calor sin quemarse, quería su cuerpo sin perder su alma.

Bajó las manos hasta la cinturilla del pantalón corto, pero le temblaban. Porque estaba desnudándose delante de Dalton Cain.

Laney respiró profundamente para darse valor. Fue entonces cuando lo sintió tras ella, apenas un roce. Dalton deslizó algo, tal vez la yema de un dedo, por su espalda, desde el cuello hasta el elástico de las bragas, y luego volvió a subir para trazar el tatuaje que tenía en el hombro, un delicado ramillete de nomeolvides. Sus dedos eran cálidos y un poco duros, como si hiciera algo más que firmar cheques con las manos.

Luego deslizó un dedo por su abdomen mientras la besaba en la nuca, rozándola con los dientes...

Laney sintió un escalofrío. No había nervios en aquella ocasión, solo placer. Y entonces su mano apareció ante ella, rozando el elástico de las bragas. Podía sentir su sangre acumulándose en los pliegues de su feminidad y por instinto, arqueó la espalda, empujando las nalgas hacia él.

Estaba detrás de ella, tan cerca que podía sentir su erección. La boca en su cuello, las manos en sus caderas. Sentía como si estuviese por todas partes, como si estuviera donde debía estar.

Era como si no pudiera elegir, como si estuvieran destinados para aquel momento.

Dalton deslizó una mano entre sus piernas, murmurando algo... nada importante, cosas íntimas, juegos. Pero su tono de voz era ronco y grave, una caricia irresistible.

Luego empujó un dedo dentro de ella, despacio. El ritmo lento que creía querer no era suficiente. Estaba ardiendo, desesperada mientras se apretaba contra él.

–Te necesito –susurró–. Ahora.

–Lo sé –le dijo él al oído–. Pronto.

Laney intentó darse la vuelta, pero Dalton la sujetó firmemente con una mano mientras con la otra la llevaba al borde del precipicio. Y ella resistió durante un instante antes de colocar un pie sobre el borde de la cama para ponérselo más fácil. Disfrutaba de la sensación de tenerlo tras ella, de su fuerte torso sujetándola, de la agilidad de sus manos

mientras la llevaba al éxtasis...

Un momento después, cuando aún estaba temblando, Dalton la empujó suavemente hacia delante y la penetró por detrás. Laney se apretó contra él, recibiendo sus embestidas, arqueándose mientras sentía que se cerraba sobre su miembro. Jadeando, bajó una mano para abrir sus pliegues y acariciar el mismo sitio que él había acariciado tan atentamente un momento antes. Llegó al orgasmo por segunda vez mientras sentía que Dalton apretaba sus caderas con fuerza, pronunciando su nombre con voz ronca.

Capítulo Once

Dalton sabía que debían volver a la civilización tarde o temprano. Si fuese por él, tardarían dieciséis años en hacerlo. O dieciséis días al menos. Pero no podría convencer a Laney para que se tomase unas espontáneas vacaciones.

Se había quedado dormida después de hacer el amor por segunda vez y, aunque era lo último que deseaba, Dalton se vistió y subió a cubierta para volver al puerto.

Ella despertó cuando aún faltaba media hora para llegar y no dijo nada. Se colocó tras él, envolviendo los brazos en su cintura y apoyando la barbilla en su espalda mientras miraba cómo el sol iba escondiéndose poco a poco.

Parecía feliz disfrutando del silencio del océano. O tal vez pensaba que no tenían nada que decirse. O tal vez lo contrario. Quizá pensaba que tenían demasiadas cosas que decirse.

Media hora después estaban de vuelta en el muelle.

–La verdad es que no me apetece volver a tierra –dijo Laney.

–No tienes por qué.

–Ya, viviremos en el mar a partir de ahora.

–No quiero decir para siempre. Aunque eso suena muy tentador.

–¿Vas a dejar tu trabajo?

–He dicho que era tentador, no irresistible. Pero en realidad lo que quería decir es que no tenemos que volver a Houston hoy mismo. No hay razón para que no pasemos aquí la noche. Mientras estés dispuesta a madrugar mañana, no tenemos que irnos ahora mismo.

Esperaba que dijese que no, pero Laney se limitó a inclinar a un lado la cabeza.

–¿Crees que nos traerían una pizza al barco?

–Creo que podemos hacer algo mucho mejor –Dalton tiró de su mano para llevarla a la cocina–. Hay huevos en la nevera.

–¿Huevos? Lo siento, pero debo advertirte que yo no sé cocinar. Literalmente no sé freír un huevo.

–Todo el mundo sabe freír un huevo.

–No, yo no.

–Muy bien, entonces mira y aprende.

Laney se sentó en la mesa, poniendo los pies sobre el asiento. Como todo era tan pequeño, estaban a unos centímetros el uno del otro. Dalton abrió la nevera y sacó una caja de huevos, cebollas, espinacas frescas, beicon y queso. Como había un limitado espacio para encimeras, dejó los ingredientes sobre la mesa, al lado de Laney, y echó el beicon en una sartén.

Ella lo miraba con expresión divertida, pero cuando sacó un cuchillo y empezó a cortar cebollas enterró la cara entre las manos.

–¿Qué pasa ahora?

–Que me siento un poco avergonzada –le confesó ella.

–¿Por qué?

–Porque no sé cocinar y tú sí.

–Solo voy a hacer una *fritatta*, no es nada.

–A mí me parece impresionante. Ni siquiera sé lo que es una *fritatta*.

–Es algo parecido a una tortilla, pero no hay que darle la vuelta, que es lo más difícil.

–De todas formas me siento un poco avergonzada. Debería saber hacer algo aparte de llamar por teléfono para pedir una pizza.

–Es comprensible que no cocines después de todo lo que haces durante el día.

–Yo no...

–He visto lo que haces todos los días, Laney. Das clases a un montón de niños, tienes un programa de actividades extraescolares y cuidas de tu abuela. Seguro que vas a verla todas las tardes, ¿a que sí?

–No es una carga para mí –dijo Laney.

–No tienes que fingir conmigo.

–No, en serio, no lo es. Imagino que eso suena raro, ¿verdad?

–No olvides que he visto a Matilda en su peor momento. No puedes decirme que es fácil.

–No lo es, pero las cosas nunca han sido fáciles entre nosotras.

Dalton lo sabía. Laney y su abuela discutían a todas horas por cualquier cosa, desde su forma de vestir a cómo llevaba el pelo o los chicos con los que salía. Siempre le había sorprendido que nadie más en la casa pareciese darse cuenta o le importase lo mal que se llevaban, pero él sí prestaba atención.

–Nos peleábamos todo el tiempo y ya... bueno, ya no lo hacemos. Matilda ya no es la abuela que yo conocí, pero eso no es malo. Algunos días no me conoce en absoluto y es tan amable conmigo como lo sería con una extraña. Otras veces cree que soy Elaine y me trata como a la hermana que perdió. Suena trágico, pero en realidad no lo es porque así veo otra cara de mi abuela, una que nunca había imaginado.

Dalton dejó de cortar cebollas para mirarla. Su expresión era nostálgica y triste, pero no derrotada. Solo Laney podía encontrar el lado bueno de tan horrible enfermedad.

Ella levantó la mirada entonces y, al darse cuenta de que estaba observándola, dejó escapar una risita nerviosa.

–No se lo deseo a nadie, la verdad. Es una enfermedad trágica, pero... –Laney hizo un gesto con la mano y Dalton pensó que se había apartado una lágrima–. No sé, ha perdido a tanta gente en su vida... a su hermana, su marido, su hijo. Los días que recuerda todo eso son los peores, pero cada día recuerda menos y tal vez sea mejor así. Eso es lo que me digo a mí misma.

Tal vez no debería haber dicho nada, pensó Dalton.

–Ha perdido a mucha gente, pero sigue teniéndote a ti. Y los días que recuerda y sabe cuántas cosas has dejado por ella deberían ser los mejores.

Laney esbozó una sonrisa.

–Sí, bueno, en un mundo perfecto sería así, pero yo nunca he sido su persona favorita. No sé si era porque no le gustaba mi madre, si estaba enfadada por tener que cargar conmigo cuando mi padre murió o que estaba resentida porque era yo quien había sobrevivido.

Había tal tristeza en su tono que a Dalton se le rompió el corazón. Laney no era así. Ella estaba llena de vida, de energía, de alegría. Pero cuando hablaba de su abuela parecía derrotada.

Y lo entendía. Después de todo, tenía once años cuando perdió a su padre y, que él supiera, su madre había desaparecido cuando ella era un bebé. Y la única pariente que le quedaba la trataba mal...

Sentía el deseo de consolarla, de envolverla en sus brazos y acariciar su pelo, pero los gestos espontáneos de afecto nunca se le habían dado bien, de modo que le dio la vuelta al beicon y empezó a colocarlo en dos platos.

–Sé que yo no se lo puse fácil –siguió Laney–. Era una niña complicada.

–Eras una niña estupenda.

Tal vez lo suyo no eran los gestos espontáneos, pero no iba a dejar que se culpase a sí misma.

–No, qué va, era horrible.

–No es verdad, Laney. Eras una niña y estabas sola. Puede que no fueses perfecta, pero tu abuela era una adulta. Aunque acababa de perder a su hijo, debería haber sido más comprensiva contigo. Y no debería haberte culpado a ti.

–Gracias por decir eso –murmuró ella.

A Dalton se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que darse la vuelta para disimular.

Mientras servía el desayuno en los platos, oyó que Laney bajaba de la mesa y, un momento después, sintió que lo abrazaba por detrás.

La sensación de angustia en el pecho empezó a desaparecer. Lo suyo no eran los gestos espontáneos de afecto, pero a Laney se le daban de maravilla.

Se giró para devolverle el abrazo y cuando ella levantó la cara buscó sus labios. Lo asombraba su sabor, lo maravilloso que era tenerla entre sus brazos.

Dalton la levantó para sentarla sobre la mesa y Laney enredó las piernas en su cintura.

Habían pasado toda la tarde haciendo el amor... ¿cómo podía desearla de nuevo? Por supuesto, la respuesta era obvia: la deseaba porque siempre la había deseado, eran tan simple y tan complicado como eso. Siempre la desearía. Era suya.

Laney se estiró perezosamente antes de volver a ponerse la camiseta, pero antes de que terminase de hacerlo Dalton metió una mano para acariciar sus pechos y ella le dio un manotazo.

–Guárdate las manos para ti mismo hasta que me hayas dado de comer.

Él se inclinó para darle un beso en el estómago.

–Como tú digas.

Laney rio, pero por dentro tenía sus dudas. Se había metido en un lío. La última vez que sintió aquello por un hombre estaba en la universidad y terminó con el corazón roto y a punto de suspender los exámenes. Le asustaba pensar que podría tener que volver a pasar por eso.

Estar allí, en el barco, haciendo el amor una y otra vez... era una fantasía, unas horas robadas. Había demasiadas cosas, demasiadas mentiras, entre ellos. Aquello no podía durar y fingir que podía ser así, aunque solo fuera una noche, era peligroso para su corazón.

–Oye, ¿por qué te has puesto tan seria? –le preguntó Dalton, mientras abrochaba su camisa.

¿Qué podía decir ella? ¿Temo que seas demasiado perfecto? ¿Temo estar enamorándome de ti? Sí, seguro, qué patético.

–Lo único serio ahora mismo es comerme esa fri... esa tortilla tuya.

–*Fritatta*.

–Bueno, tú sigue cocinando.

Cuando estaban sentados a la mesa, Laney por fin reunió valor para preguntar por

algo que siempre la había intrigado.

–Háblame de Portia.

–¿Qué quieres saber?

–¿Estabas enamorado de ella?

¿Enamorado? ¿Que sabía él del amor a los veintidós años? O en aquel momento incluso.

–Creía que hacíamos una buena pareja.

–O sea, no.

–¿Qué importa eso?

–No sé si importa, pero estuviste casado con ella durante ocho años. Yo nunca he hecho nada durante ocho años –Laney suspiró–. Cuando hablas de ella no oigo nada en tu voz, ni pasión, ni odio, ni amor, nada.

–¿Preferirías que estuviese obsesionado con ella?

–No, pero me gustaría saber que al menos te importaba un poco. Imagino que tendrías alguna razón para casarte y estar con ella ocho años. Y alguna razón para dejarla.

Dalton dejó escapar un suspiro de irritación.

–Me casé con ella porque era lo que debía hacer. Portia pertenecía a mi círculo y la habían educado para ser la perfecta esposa. Es una mujer muy guapa, tenía los contactos adecuados, conocía a la misma gente que yo... era lo más lógico.

–¿Y fuiste feliz con ella?

–No me educaron para pensar que la felicidad era importante o incluso algo real. Había que vivir para hacer frente a las responsabilidades y nada más. Uno encontraba satisfacción en el trabajo. Dedicabas tu vida a la compañía y hacías lo posible para proteger a tu gente. Cosas como la felicidad o el amor son mitos para aplacar a la clase media y la clase trabajadora.

Laney se echo hacia atrás en la silla.

–¿Y tú crees eso?

–Me educaron para creerlo. Crecí pensando que el amor era una palabra conveniente para definir el deseo y las emociones una debilidad. No se puede elegir pareja basándose en el amor, como no se puede comprar una compañía porque el logo te parezca estético.

Ella negó con la cabeza.

–Si eso es verdad, ¿por qué la dejaste?

–No lo hice, Portia me dejó a mí. Lo cual fue una bendición en realidad porque nunca fuimos felices. Pero me había casado y hacía lo posible por llevarme bien con ella.

–¿Por qué te dejó?

–Siempre pensé que era suficiente con tener cosas en común, pero Portia quería más. Quería tener hijos, por ejemplo. Quería algo de mí que yo no podía darle.

Laney se quedó callada un momento.

–Ya veo –murmuró después.

No había podido amar a la mujer con la que había estado ocho años casado. Si la preciosa y sofisticada Portia no había sido capaz de ganarse el corazón de Dalton, tampoco lo conseguiría ella.

–Ojalá hubiera podido darle lo que necesitaba –dijo él entonces–. Lo intenté, pero no pude. De haber sabido que quería amor, no me habría casado con ella –Dalton apretó su mano–. Sé que tú nunca te conformarías con algo a medias, así que... en fin, le hice daño a Portia y no quiero hacértelo a ti.

Laney sentía que se ahogaba.

–Déjalo, Dalton.

–¿Que deje qué?

–Déjalo, ya está –Laney apartó su plato–. Deja de actuar como si esto fuera algo más de lo que es. Deja de actuar como si yo te importase de verdad.

–¿Por qué dices eso? Me importas de verdad, Laney. ¿Por qué no puedes creerlo?

Capítulo Doce

–No –dijo Laney, levantándose–. Acabas de volver a mi vida. Han pasado... ¿cinco días? No te importo, apenas me conoces.

–Tú no puedes decirme lo que siento –sonrió.

–Apenas me conoces –insistió ella.

Además, Dalton no sabía los océanos de mentiras que había entre ellos. No sabía que su abuela le había robado casi un millón de dólares a los Cain, no sabía que ella estaba encubriendo ese robo...

Y aunque supiera todo eso, no podían estar juntos porque ella sabía la verdad: que no estaban hechos el uno para el otro.

–Tú mismo lo has dicho. Cada decisión que has tomado desde que tenías diez años ha sido pensando en la Compañía Cain y eso te convierte en el adolescente menos rebelde de la historia.

–¿Qué tiene eso que ver?

–Tiene todo que ver. Eres tú quien ha admitido que me apartaste de tu vida porque yo no podía ser parte de ese plan tuyo para conquistar el mundo.

–Yo no he dicho eso.

–No con esas palabras, pero es así. No te interesaba cuando éramos adolescentes porque yo no era parte de tu plan, pero en cuanto tu padre amenaza con dejarte fuera de la Compañía Cain vienes a buscarme. Yo soy tu gran revolución adolescente, lo que pasa es que llegas dieciséis años tarde.

–Eso no es verdad.

–Sí lo es y no me importa. Mereces rebelarte un poco, vivir un poco. Si alguien merece hacer novillos, ese eres tú. Y estoy encantada de ser la chica con la que haces novillos, pero no finjas que esto es algo más. No me mientas.

–No te estoy mintiendo.

–Entonces, te estás mintiendo a ti mismo.

–Te equivocas.

Laney soltó una carcajada que incluso a sus propios oídos sonó falsa.

–Ojalá fuera así. ¿No crees que me gustaría importarle al hombre de mis sueños? Porque me encantaría.

–Laney... –Dalton intentó tomar su mano, pero ella se apartó.

–Es mi vida de lo que estamos hablando y cosas como el amor y las relaciones no son lo mío. La gente que dice estar de mi lado desaparece... así que tendrás que perdonarme si no me creo esa historia de amor tardío y me concentro en las cosas que conozco.

Él apretó los labios, dolido.

–¿Y cuáles son esas cosas?

–Puede que me desees, no lo dudo, pero no te importo de verdad...

–No me digas lo que siento.

–Porque si te importase de verdad –siguió ella, como si no lo hubiera oído– no habrías esperado tanto tiempo. Nuestros caminos se han cruzado por una razón: que tu padre te ha obligado a encontrar a esa mujer. Si no te hubiera obligado, si mi abuela no tuviese Alzheimer, si yo no hubiese vuelto a Houston, no habríamos vuelto a vernos.

–No puedes saber eso con certeza.
–Claro que lo sí. Si estuvieras tan loco por mí como... –Laney no terminó la frase porque había estado a punto de decir: como yo por ti– como dices estarlo, entonces me habrías buscado muchos antes.
–¿Crees que debería haberte buscado en cuanto se secó la tinta de mi divorcio? Aún no ha pasado un año. De hecho, han pasado menos de nueve meses.
Laney empezó a tener dudas, pero las cortó de raíz.
–Es tiempo suficiente.
–Muy bien, dímelo tú: ¿cuánto tiempo debería haber esperado? ¿Seis meses, tres meses? O tal vez eso es demasiado tiempo. Tal vez debería haber ido del bufete de mi abogado a tu casa cuando Portia me dijo que quería divorciarse. Pero mi matrimonio acababa de romperse, no tenía casa, Hollister acababa de sufrir el primer infarto un mes antes y yo trabajaba dieciocho horas al día. ¿Es entonces cuando debería haberte buscado?
Ella apretó los dientes. Debería odiarlo por lo que decía, pero sus argumentos tenían sentido.
Maldito fuera.
–¿Qué, no tienes una buena réplica? ¿No vas a ponerme en mi sitio?
–Tengo razón –insistió Laney–. Sé que tengo razón.
No quería mirarlo porque no podría soportar ver un ruego en sus ojos. No quería confiar en él porque sabía que hacerlo sería un grave error.
–¿Se te ha ocurrido alguna vez que no fui a buscarte porque necesitaba una excusa? No soy tonto y sabía que me odiabas en la época del instituto. Y cuando nos vimos el jueves parecías a punto de estrangularme. Si no hubiera tenido una razón legítima para verte, ¿cuánto tiempo me habrías dado? Si te hubiera pedido que cenases conmigo, ¿qué habrías dicho?
–Parece que no nos entendemos –dijo Laney, con voz temblorosa. Quería mostrarse segura de sí misma, maldecir, tirarle cosas y escupir en sus zapatos.
Quería que sus palabras fueran un reto, un insulto.
Pero, de repente, se sentía demasiado vulnerable. Quería tantas cosas de él, pero sabía que Dalton no podría dárselas.
–No puedo quedarme aquí.
De nuevo, él intentó tocarla y, de nuevo, Laney se apartó.
–Muy bien –dijo por fin, resignado–. Te llevaré a casa.
Genial, justo lo que necesitaba, una hora en el coche con él.
–¡Espera! –la llamó Dalton cuando saltó al muelle–. No puedo irme ahora mismo, dame cinco minutos.
–No pienso volver a Houston contigo.
–¿Piensas ir andando?
–Pediré un taxi.
–¿Un taxi? ¿Tú sabes lo que puede costar un taxi desde aquí?
–Da igual.
Tenía razón, por supuesto. No pensaba pagar una fortuna por ir en taxi hasta Houston.
–Deja que te lleve, no seas cabezota. O llévate el coche si quieres.
–¿Cómo volverías tú a Houston?
–Llamaré a Sydney para que me mande al chófer de la empresa.
Laney vaciló. No le gustaba depender de nadie, especialmente de Dalton.

–Es un chantaje, por supuesto –dijo él, sacando las llaves del bolsillo–. De este modo, tendremos que volver a vernos.

–Llenaré el tanque de gasolina antes de devolvértelo –replicó ella.

–¿Ahora te enfadas porque quiero cuidar de ti?

–Soy independiente desde los dieciséis años –la rabia que había en su voz la sorprendió, pero también había pena y dolor, emociones que la aterrorizaban–. Sé cuidar de mí misma. Si quieres cuidar de algo, cómprate un terrier.

Luego se volvió, dispuesta a ir al aparcamiento, pero se detuvo al ver el nombre en la proa del barco.

–Dijiste que este barco había sido de tu padre.

–Así es. ¿Por qué?

Sin molestarse en responder, Laney siguió adelante, dejando que él adivinase el porqué de esa pregunta.

Tomó la autopista hacia Houston y condujo a toda velocidad con las ventanillas bajadas y la radio a todo volumen, casi esperando que la parase la policía. Pero nadie la detuvo y ni siquiera lloró hasta que llegó a su casa.

Entonces quitó la llave del contacto y se quedó allí un momento, apretando los ojos para atrapar las lágrimas.

Ella sabía que aquello con Dalton no podía durar. Sabía que era una distracción temporal en su vida. Entonces ¿por qué le dolía tanto? ¿Por qué sentía que su corazón se había roto?

Odiaba los clichés y, de repente, toda su vida parecía un cliché. La chica pobre y complicada con el niño rico. Era como una película de Doris Day, lo único que faltaba era el final feliz.

Estaba en el porche cuando por fin perdió la batalla contra las lágrimas. Las llaves... había dejado su bolso en el estúpido yate sin darse cuenta.

Junto a la llave del Lexus había otras dos más. Una de ellas tenía que ser la llave de su casa, seguramente en el centro, en alguno de los nuevos y lujosos rascacielos.

Se había acostado con él y ni siquiera sabía dónde vivía. Qué patético. Laney se dejó caer sobre los escalones y enterró la cara entre las manos, dejando que las lágrimas rodasen por sus mejillas... hasta que alguien puso una mano en su hombro.

Cuando levantó la cara, sorprendida, vio a Brandon a su lado.

Aunque las puertas de entrada estaban en diferentes lados de la casa, compartían el porche. Brandon se sentó a su lado y la abrazó, dejándola llorar. Unos minutos después, Laney le contó toda la historia.

–Pensarás que son tonterías, ¿verdad?

–¿Tonterías? Un hombre guapo y rico te declara su amor y tú sales corriendo, me parece muy normal.

–No, en serio, ¿crees que estoy loca?

Brandon la estudió en silencio durante unos segundos.

–No, no lo creo. Si piensas que Dalton es un idiota, entonces seguramente lo es.

Ella negó con la cabeza.

–No digo que sea un idiota, lo que digo es que no se va a quedar conmigo.

–Si un tipo dice que le importas, te seduce y luego no se queda contigo es que es un idiota.

Laney abrió la boca para protestar porque no era eso lo que había pasado, pero volvió a cerrarla sin decir nada. No podía defender a Dalton sin admitir la verdad, que él no

la había dejado plantada sino al revés. Había sido un gesto defensivo, preventivo, pero aun así...

¿Era absurdo por su parte marcharse antes de que Dalton pudiese dejarla? No. Solo estaba protegiéndose a sí misma.

Porque tarde o temprano la dejaría. En un año, Dalton estaría casado de nuevo. Era demasiado práctico como para no hacerlo. Y se casaría con alguien como Portia, una mujer conveniente, tal vez un poco más joven, pero guapa, rica, con contactos...

Alguien que supiera cómo ser la esposa perfecta, alguien con ambición, que se moviera en los círculos adecuados y no una profesora de primaria. Y ese alguien no sería ella.

Tal vez estaba siendo un poco injusta con Dalton. Tal vez lo juzgaba basándose en algo que había hecho cuando era adolescente, pero Dalton la había dejado porque sabía, incluso a los dieciséis años, que ella no tenía lo que hacía falta para ser la esposa del líder de la Compañía Cain. Seguía sin tenerlo.

Por fin, Brandon la ayudó a levantarse.

–Vamos, yo tengo una llave de tu casa –le dijo.

–Ah, es verdad, se me había olvidado.

–¿Qué piensas hacer?

–¿Sobre qué?

–Dalton Cain no va a dejar que te vayas así. Si te desea, peleará por ti. ¿Eres lo bastante fuerte como para decirle que no?

–Sí, lo soy, pero no tendré que decírselo durante mucho tiempo. En cuanto vuelva a congraciarse con su padre se olvidará de mí.

–Eso suponiendo que encuentre a la heredera perdida. Pero seguís sin saber quién es esa chica, ¿no?

–No, pero creo saber quién es su madre.

–¿Ah, sí?

–Sí.

Laney recordó el nombre del barco: Victoria III.

Había sido el yate de Hollister Cain y estaba segura de que Dalton no se habría molestado en cambiarlo.

Los barcos solían llevar nombre de mujer, así que el Caroline o el Caro hubiera sido lo más lógico. En lugar de eso, el barco de Hollister se llamaba Victoria III. Fuese quien fuese la tal Victoria debía significar mucho para él porque había llamado no a un barco sino a tres del mismo modo. Y fuera quien fuera, Laney sospechaba que a veces la llamaban Vee.

Por supuesto, aunque ayudase a Dalton a encontrar a la heredera perdida las cosas nunca volverían a ser igual entre ellos. Mientras su abuela viviera, nunca podría ser completamente sincera con él. Daba igual cuándo le contase lo del robo, no había futuro para ellos porque Dalton no perdonaría su silencio.

Cuando su abuela hubiera muerto encontraría la manera de contárselo y se enfrentaría con las consecuencias. Solo esperaba que ayudarlo a encontrar a la heredera perdida suavizase el golpe y que el rencor que Dalton sentiría por ella entonces no le doliese tanto como le dolía su afecto en aquel momento.

Capítulo Trece

El martes por la mañana, después de enviar el bolso de Laney por mensajero urgente, porque estaba seguro de que no querría verlo, Dalton tomó un taxi para ir a casa de sus padres.

Sabía que si iba a buscarla lo rechazaría, de modo que decidió esperar hasta que se hubiera calmado un poco. Tenía todo el tiempo del mundo y así Laney entendería de una vez que no pensaba ir a ningún sitio.

El garaje de la casa estaba lleno de coches y nadie se daría cuenta de que había tomado uno prestado hasta que Laney le devolviera el suyo, pero el coche era secundario. Dalton abrió el armario donde guardaban las llaves y tomó las primeras que encontró antes de dirigirse al estudio de su padre, convertido en una habitación de hospital.

Cuando entró fue saludado por el pitido de los aparatos que controlaban su corazón. Aunque Hollister tenía los ojos cerrados, parecía estar mejor que los últimos días, a pesar del tubo de oxígeno en la nariz y la vía en el brazo.

Dalton vaciló en la puerta. Tenía que hablar con él, pero Hollister necesitaba descansar y tal vez su madre podría darle la información que buscaba.

Sin embargo, cuando iba a darse la vuelta, Hollister dijo:

–Aparentemente, no has entendido mis órdenes. Deberías estar buscando a la heredera, no mirándome desde la puerta como un cachorro.

Dalton tuvo que hacer un esfuerzo para contener su furia. Hollister Cain entendía solo una técnica de motivación: la autoridad. La usaba para controlar a sus empleados, a su mujer, a sus hijos. A veces le asombraba que hubiera tenido tanto éxito en los negocios dado lo poco efectivo que era su liderazgo.

–Los cachorros no se quedan en la puerta, los perros viejos sí. Los cachorros dan saltos y corren de un lado a otro.

Hollister abrió los ojos.

–¿Me estás llamando perro viejo?

–En estas circunstancias, creo que es lo más apropiado, ¿no te parece?

Su padre sonrió.

–Tienes razón.

–Necesito que me digas quién es Victoria.

–¿Victoria qué?

–Todos tus barcos se han llamado Victoria, incluyendo el que te compré yo. Quiero saber quién es.

Hollister empezó a toser, pero parecía una tos forzada, como si estuviera intentando ganar tiempo.

–Hijo, eliges un momento muy extraño para hacerme recordar.

«Hijo».

Fue entonces cuando Dalton supo que no iba descaminado. Su padre jamás lo llamaba así a menos que estuviese contra la pared.

–Si Victoria es una mujer con la que te acostaste, ella podría ser quien escribió la carta. Podría ser la madre de la heredera perdida.

Hollister movió una temblorosa mano, pero Dalton no sabía si era parte de la

actuación o si su una vez poderoso padre de verdad estaba tan débil.

–Victoria no es una mujer, sino una ciudad. Es el sitio al que fuimos Abel Schwarz y yo en 1982. Pensé que te había hablado de ese viaje.

–Sí, claro.

Por supuesto que sí. La excursión de pesca que Hollister Cain y Abel Schwarz habían hecho en 1982 era prácticamente una leyenda en la Compañía Cain, que había nacido en los años cuarenta como empresa petrolera. En los ochenta, Cain Oil&Gas luchaba para competir con las grandes corporaciones petroleras como ARCO y Exxon. El imperio que Hollister Cain había heredado de su padre empezaba a hundirse, a pesar del dinero que había inyectado en la compañía cuando se casó con Caroline Dalton. Entonces, un día, su padre reunió un pequeño grupo de científicos y matemáticos y se los llevó a la costa. Cuando volvió, un mes más tarde, el equipo había diseñado un complejo sistema de software para ayudar en las exploraciones petrolíferas.

Cain Oil&Gas se había convertido simplemente en la Compañía Cain, dedicada a exploraciones petrolíferas, compra de terrenos, gestión inmobiliaria, bancaria...

Sin ese software, sin esa excursión de pesca, Cain Oil&Gas seguramente se habría hundido, tragada por otras empresas mas grandes.

–Ese viaje a Victoria te hizo el empresario que eres. De hecho, ese viaje hizo la Compañía Cain. Sin él no serías nada. Por eso nadie cuestionó que siempre llamases Victoria a tus barcos.

Hollister asintió con la cabeza.

–¿Por qué iban a cuestionar nada?

–Laney lo cuestionó porque ella no conoce la historia del viaje.

–¿Laney?

–Laney Fortino. Está ayudándome a averiguar quién envió la carta.

–¿Es detective? Porque te dije que no podías contratar a un detective.

–No es detective, es profesora de primaria. Tú conoces a Laney, la nieta de la señora Fortino –Hollister seguía mirándolo como si no supiera de quién hablaba–. Nuestra antigua ama de llaves.

–Ah, ya.

–Laney no sabe nada sobre el viaje a Victoria y ha pensado que era el nombre de una mujer, pero yo sí sabía lo que significaba.

No había hablado con Laney después de que se fuera del barco, pero estaba seguro de que ella había pensado que el nombre tenía algo que ver con Vee.

–Al principio, pensé que estaba equivocada, pero luego empecé a pensar y, por primera vez, me pregunté por qué fuisteis a Victoria precisamente. Está cerca de la costa, pero no en ella. De hecho, está más cerca Port Lavaca. Así que he llamado a Abel Schwarz y he hablado con él esta mañana.

Abel se había retirado unos años antes, pero Dalton lo conocía desde niño. A pesar de ser matemático, no era el típico científico despistado sino un hombre tan ambicioso y despiadado como su padre.

Y el único miembro de la expedición que había seguido en la empresa durante mucho tiempo.

Hollister apretó el embozo de la cama.

–Ese tonto seguramente ni recuerda el viaje. Es más viejo que yo y dos veces más estúpido.

–Sí recuerda el viaje, pero no lo recuerda como tú lo has contado siempre. Dice que

él no se alojó en Victoria, que él y el resto del equipo se quedaron en Port Aransas, a ciento veinte kilómetros de allí.

Hollister resopló, indignado.

–Abel es un bufón y tiene por lo menos noventa años. ¿Crees que se va a acordar de lo que hizo en ese viaje, además de beberse todo mi whisky?

–Lo que me parece más raro –siguió Dalton– es que Abel recuerde que tú solo estuviste con ellos un par de días.

–Está mintiendo.

–Dice que llevaste allí al equipo, los dejaste pescando y luego desapareciste durante tres semanas. Cuando volviste, tenías una versión en beta del software.

Hollister ni se inmutó, pero el pitido del monitor del corazón lo delataba.

Dalton se inclinó hacia delante.

–¿Robaste esos algoritmos?

Su padre no dijo nada.

–¿Robaste las ideas sobre las que has levantado el imperio Cain? Papá, necesito saberlo.

Esa palabra se le atragantó. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo llamó «papá»? Años, décadas tal vez.

Hollister era un implacable hombre de negocios y un padre desinteresado. En general, una persona horrible, pero seguía siendo su padre. Y Dalton necesitaba saber aquello.

Por fin, Hollister levantó la mirada.

–¿Y si fuera así? Ese viejo de Victoria no sabía lo que tenía entre manos. Estaba usando el software para encontrar pozos de agua –su padre hizo una mueca–. Agua. Cuando podía buscar petróleo.

–¿Y eso justifica que le robases?

–¿Qué importa ya? Tenía muchos empleados que dependían de mí, tenía que salvar mi empresa e hice lo que tenía que hacer para conseguirlo. Ese viejo se negaba a venderme el software... ¿qué iba a hacer?

Las palabras de Hollister fueron como un puñetazo.

¿No le había dicho lo mismo él a Laney? ¿No había justificado sus actos de esa forma?

Siempre poniendo las necesidades de la empresa por delante de todo lo demás. Cierto, los pecados de su padre eran mucho mayores y habían beneficiado a menos gente, pero Dalton no podía negar que iba por el mismo camino.

–¿Robaste el software? –volvió a preguntarle.

–¿De verdad importa?

–Me importa a mí –Dalton se acercó a las ventanas, desde las que se veía el palaciego jardín–. Después de todo lo que he hecho por la compañía... –sabía que a su padre le importaban un bledo sus sacrificios, solo estaba pensando en voz alta–. Descubrir que he levantado mi vida sobre una mentira... ¿cómo voy a dirigir una empresa en la que ya no creo?

Hollister emitió un gemido y Dalton se dio la vuelta. No había que ser un genio para ver que su padre tenía los días contados y esperaba que aquel no fuese su último día.

Pero Hollister no parecía estar exhalando su último suspiro sino... riendo.

–Muy bonito. Yo estoy en medio de una crisis moral y tú te ríes.

¿No era comprensible que no tuviese relación con su padre?

–Si tu crisis moral puede interrumpir mi lecho de muerte, mi lecho de muerte puede interrumpir tu crisis moral.

–No estás en tu lecho de muerte –dijo Dalton, esperando que fuese verdad–. Eres demasiado terco como para morirte sin haber conseguido lo que quieres.

Hollister tosió de nuevo.

–¿Y qué crees que quiero?

–Tenernos a todos bailando a tu alrededor –Dalton esperó más risas, pero su padre se encogió de hombros–. ¿No te ríes? Pensé que ese tipo de sentimentalismo te hacía reír.

–Toda esa charla sobre ética y moral... tú no abandonarías nunca la empresa.

–¿Crees que no lo haría?

–No por una cuestión de ética. No tienes pelotas para hacerlo. La Compañía Cain será tuya hasta que yo te la quite de las manos, pero tienes que mover el culo o uno de tus hermanos encontrará antes a la heredera.

Dalton miró a su padre, en silencio. Durante toda su vida había bailado al ritmo que marcaba aquel hombre ¿y qué había conseguido? Tenía dinero y poder, pero no se sentía orgulloso de su trabajo. Y, de repente, tampoco tenía honor. Su padre, y la Compañía Cain, eran responsables de algo muy sucio. ¿Era aquello por lo que había trabajado durante toda su vida?

–No –respondió–. Me parece que no voy a buscar a nadie.

Después de decir eso salió de la habitación, pero se encontró con su madre en el vestíbulo y la saludó, esperando que fuese un encuentro breve. Estaba lleno de energía, de posibilidades. Por primera vez en su vida, su futuro era algo diferente a la Compañía Cain.

–Dalton, espera.

Él tenía poca tolerancia para los dramas de su madre, especialmente en aquel momento, pero se detuvo de todas formas.

–He oído la conversación que has mantenido con tu padre.

–¿Y bien?

–Y no puedes dejar la Compañía Cain.

Dalton metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Hollister no cree que vaya a hacerlo.

–Hollister no piensa con claridad en este momento –había una nota de rabia en la voz de su madre que lo sorprendió porque, a pesar de lo que había tenido que soportar, Caro nunca criticaba a su marido–. Y él no te conoce.

–¿Y tú sí?

–Sé que eres tan terco como él y que cuando tomas una decisión no das marcha atrás, aun cuando deberías hacerlo. No tomes una decisión apresurada sobre algo tan importante. No tienes que obsesionarte con el pasado, tienes que buscar a esa heredera y yo puedo ayudarte.

–Ah, ya veo. En otras palabras: Griffin no está haciendo más progresos que yo y empiezas a temer perderlo todo. O que Cooper la encuentre y él se quede con la compañía. Me pregunto cuál de las dos posibilidades te horroriza más.

–Qué típico de ti hacer un comentario así. ¿Tan difícil te resulta creer que quiero que tengas éxito?

–No puedo creerlo porque no has estado de mi lado desde que tenía siete años. Para ser justos, tampoco yo estaba del tuyo, pero yo era un niño, de modo que mi comportamiento tiene más excusa que el tuyo.

–Muy bien, como quieras. Ódiame si eso es lo que necesitas, pero no tienes por qué

castigarte a ti mismo. La empresa familiar lo es todo para ti y en este momento te necesita.

–La compañía no me necesita a mí –decir esas palabras en voz alta debería dolerle, pero no era así–. Cain seguirá adelante con Griffin al timón. Incluso Cooper.

–¿Y si ninguno de ellos lo consigue? ¿Y si tu padre muere y se lo deja todo al Estado? Tú sabes que Grant Sheppard estará encantado de hundir la empresa.

–Me da igual, estoy asqueado con la forma en la que Hollister ha llevado el negocio. Se terminó.

–¿Por qué? ¿Porque crees que te has enamorado? ¿Crees que el amor te hará mejor persona?

Dalton hizo una mueca.

–Yo no he dicho que esté enamorado.

Por supuesto lo estaba, pero no quería darle munición a su madre.

Caro resopló, impaciente.

–No tienes que decirlo, es evidente.

–No iba a soltar un montón de clichés, pero sí quiero ser mejor persona. Desde luego, mejor que Hollister.

–¿Crees que ella es pura y honesta? Puede que tu padre no la recuerde, pero yo sí. Era una zorrita que husmeaba a tu alrededor desde el día que se mudó a la casa.

–No intentes ensuciar a Laney con tus mentiras –Dalton había esperado que su madre diese marcha atrás, pero su mirada se volvió helada.

–No tengo que mentir para hacerla quedar mal, su abuela ya se ha encargado de eso.

–¿Su abuela? ¿Te refieres a la mujer que trabajó en esta casa durante treinta años?

–Me refiero a la mujer que le ha robado casi un millón de dólares a mi familia.

Dalton se volvió para salir de la casa, riendo por lo bajo.

–¿No me crees? –le espetó Caro.

–Pues claro que no te creo. Matilda Fortino era prácticamente una santa. Ella nunca robaría dinero y menos a ti.

–¡No estoy mintiendo, puedo demostrarlo! –insistió su madre.

En treinta años, Dalton jamás la había visto tan apasionada por algo.

–Muy bien, dime por qué crees que nuestra leal ama de llaves, una mujer en la que tú confiaste durante treinta años, una mujer que prácticamente crió a tus hijos, es una ladrona.

–Durante los últimos años de su estancia en la casa desapareció más de medio millón de dólares. Solo tres personas tenían acceso a esas cuentas: Matilda, tu padre y yo.

–Tal vez Hollister...

–¿Cuándo le ha preocupado a Hollister lo que ocurría bajo su techo? Tu padre no sabía nada de las cuentas de la casa.

Dalton no podía creer esa acusación, era ridículo.

Matilda era una puritana, la clase de mujer que contaba el cambio y devolvía un céntimo de más. No era la clase de persona que robaba a sus jefes.

Por otro lado, su madre era la clase de persona que manipularía la verdad para conseguir lo que quería. Incluso sería capaz de mentir descaradamente... pero no sobre algo que él pudiese verificar. No diría aquello si no tuviese pruebas.

–Aunque fuese verdad, ¿qué tiene eso que ver con Laney? No puedes juzgarla a ella por lo que haya hecho su abuela.

–¿Quién crees que se encarga de las cuentas de Matilda desde que está en la residencia? –después de plantar la semilla de una duda en la mente de Dalton, su madre

siguió:

–Laney es la persona que se encarga de su dinero. Fue ella quien la llevó a Restful Hills. Sin el dinero que Matilda nos robó, no habría podido llevarla a un sitio tan caro. ¿De verdad crees que Laney no sabía nada? Ella tenía que saber de dónde había salido ese dinero, tenía que saber que su abuela es una ladrona, pero nunca ha dicho nada. ¿Quieres decirme otra vez lo inocente que es tu novia?

Dalton se quedó en silencio, aturdido. Laney no confiaba en él, nunca lo había hecho. La mujer que había tenido entre sus brazos por la noche, la mujer con la que había hecho el amor, la mujer a la que amaba, no confiaba en él lo suficiente como para contarle aquello.

Pero enseguida apartó de sí tal pensamiento para concentrarse en otra cosa: la puerta de la habitación de su padre seguía abierta. Su madre había soltado aquella bomba allí, en el vestíbulo, a propósito. A pesar de su enfermedad, había una parte de Hollister que seguía funcionando perfectamente: sus oídos.

Dalton entró de nuevo en la habitación y no se detuvo hasta que estuvo inclinado sobre la cama de su padre. En los ojos de Hollister había un brillo de satisfacción... de hecho, prácticamente estaba riendo. Le gustaba verlo angustiado, incluso más que a su madre. ¿Por qué no? Ya tenía otra cuerdecita de la que tirar para manipularlo.

Si no estuviese enfermo, Dalton lo habría agarrado por el cuello de la camisa, pero tuvo que contentarse con decir:

–Sé que has oído lo que ha dicho Caro, pero no pienses ni por un momento que vas a usar esa información para controlarme. Si denuncias a Laney y a su abuela...

–¿Qué? –lo interrumpió su padre–. Estoy a un paso de la fosa, no puedes hacerme nada.

–Encontraré algo, no te preocupes. Descubriré la verdad sobre lo que hiciste en Victoria y lo haré público. Ensuciaré tu memoria y descubriré la forma de desmantelar la Compañía Cain ladrillo a ladrillo hasta que todo lo que has hecho en tu vida quede destrozado. ¿Me entiendes?

En lugar de acobardarse, Hollister sonrió.

–Parece que al final tienes carácter, hijo mío.

–¿Me entiendes?

–No te preocupes, tu preciosa Laney está a salvo de mí. Matilda no robó ese dinero.

Dalton se irguió, sorprendido.

–¿Sabías lo del dinero?

–Pues claro que sí, se lo di yo.

–¿Tú le diste casi un millón de dólares?

La generosidad no era precisamente una de las cualidades de su padre.

–Cuando descubrió que tenía Alzheimer acudió a mí y me dijo que sabía cosas... que debía pagarle. No me robó el dinero, me chantajeó para conseguirlo.

Dalton volvió a inclinarse hacia delante.

–La amenaza sigue en pie. Si se te ocurre...

–Cálmate de una vez. No voy a denunciar a nadie. En mi opinión, Matilda se ganó ese dinero porque descubrió lo que no había descubierto nadie. Tuve que armarse de valor para chantajearme y la respeto por ello.

Una vida entera tomando decisiones y trabajando para ser el líder de la Compañía Cain no le había granjeado el respeto de su padre, pero el chantaje sí lo conseguía.

Dalton salió de la habitación sin decir una palabra. No tenía nada más que hacer allí.

Capítulo Catorce

Hubo un tiempo en su vida en el que se alejaba de los problemas, pensaba Laney. Aquella era exactamente la clase de situación que la habría obligado a hacer las maletas y salir corriendo, pero ya no tenía dieciocho años. Tenía un trabajo, niños que dependían de ella y más posesiones de las que cabían en un coche.

Además, tenía a su abuela.

Aunque quisiera salir corriendo, aunque pudiese guardar sus cosas en el coche, no podría alejarse de allí porque su abuela la necesitaba.

De modo que tenía que quedarse en Houston, cerca de Dalton.

Le había devuelto el bolso, con las llaves, pero su coche estaba en el aparcamiento de su oficina, de modo que tendría que ir en el Lexus al colegio. Y esperaba que no se lo robasen.

Cuando salió del colegio a las cinco y media, sintió una oleada de alivio al ver que el Lexus seguía donde lo había dejado... seguida de una oleada de pánico al ver su coche aparcado al lado.

Laney buscó las llaves en el bolso. Como imaginaba, Dalton se había quedado con ellas. ¿Por qué siempre parecía ir un paso por detrás de él?

Bueno, al menos un problema estaba resuelto: ya no tenía que preocuparse por recuperar su coche. Pero, como una maldita hidra, enseguida aparecían cinco problemas más. No quería verlo tan pronto, no tenía fuerzas para alejarse de él.

Dalton salió del coche y Laney tragó saliva. No llevaba un traje de chaqueta sino un pantalón vaquero y una camiseta gris. Lo que aquel hombre hacía por un pantalón vaquero debería ser ilegal.

Y ella pensando que estaba guapo con un traje de chaqueta...

Desafortunadamente, solo tuvo un momento para admirar la vista antes de notar su expresión seria. Tenía los labios apretados, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, acentuando la tensión de sus hombros.

Muy bien, no iba a suplicarle que volviese con él. Podía borrar ese problema de la lista.

–Hola, Dalton.

–Háblame de las cuentas de tu abuela.

¿Las cuentas? Estar con Dalton Cain era como ir en una montaña rusa, sin tiempo para levantar sus defensas.

–Y no finjas que no sabes de qué estoy hablando.

Laney se puso en jarras.

–Si sabes lo que yo sé, entonces no tiene sentido contarte nada.

–Quiero oírlo de tus propios labios.

–Muy bien, las cuentas de mi abuela son... complicadas.

–¿Por qué?

–Porque tiene un dinero que ha intentado esconder. Mira, sé lo que debes pensar... pero yo lo descubrí el año pasado, cuando el notario me entregó un poder porque mi abuela ya no podía hacerse cargo de nada.

–¿El año pasado?

Laney abrió el bolso, por ninguna razón en particular, solo para evitar su mirada.

–Sí, el año pasado. Fue entonces cuando noté algo raro.

–¿Raro?

–Tenía demasiado dinero.

–Entonces viste algo raro, pero no dijiste nada.

–¿A quién? ¿Debería haber hablado con tu madre o tal vez con el FBI? Ya no se puede contar con mi abuela y yo no puedo tocar ese dinero. Hace cinco años, cuando le diagnosticaron los primeros síntomas de Alzheimer, mi abuela puso todo su dinero en un fideicomiso del que solo salen los pagos mensuales a la residencia. Yo no podría hacer nada más con ese dinero aunque quisiera. Además, sin lo que le robó a tus padres no podría pagar la residencia.

–¿Lo robó?

–Sí, lo robó. ¿Ya estás contento? Sin ese dinero mi abuela estaría... –Laney sacudió la cabeza– yo no gano suficiente para pagar una buena residencia.

Dalton alargó una mano para tocar su cara.

–¿Por qué no me lo contaste?

–Hemos hablado de muchas cosas esta semana, pero no se me ocurrió contarte eso.

–No confías en mí, ¿verdad?

–Yo... –Laney tragó saliva. ¿Qué podía decir? Se había acostado con él, le había confiado su cuerpo. Y eso era importante para ella porque no se acostaba con cualquier hombre.

–Quería contártelo. Pero me preocupaba mucho, por eso no me atreví. ¿Y si me equivocaba sobre ti? ¿Cómo iba a arriesgarme?

–¿De verdad pensabas que yo iba a denunciar a tu abuela? ¿Crees que me importa tanto la fortuna de mi padre como para presentar cargos contra una anciana enferma? Yo quería a tu abuela, Laney. Era dura y severa, pero también lo único estable durante mi infancia. ¿Y sabes una cosa? Matilda no robó ese dinero, chantajeó a Hollister para que se lo diera.

De modo que su abuela estaba a salvo. Laney quería sentir algo, alivio, alegría, algo. Pero solo sentía remordimientos. Se había arriesgado para proteger a su abuela y todo había sido en vano.

–Quería confiar en ti. ¿Pero cómo iba a hacerlo si podía costarle tan caro a mi abuela?

Sacudiendo la cabeza, Dalton abrió la puerta del coche.

–¿Sabes lo que pienso? Creo que te ofreciste a ayudarme a encontrar a la heredera perdida porque no querías que hablase con Matilda. No es solo una mentira por omisión, no es algo que hayas olvidado mencionar, decidiste engañarme desde el principio y lo que más me duele es que lo hayas hecho a propósito.

–Yo haría cualquier cosa para proteger a mi abuela, deberías entenderlo.

–No me refiero a eso. Tú sabías que nunca presentaría cargos contra ella y aun así me mentiste. No estabas protegiéndola a ella, estabas protegiéndote a ti misma.

Parecía esperar que dijese algo, pero lo único que Laney podía hacer era sacudir la cabeza.

–No puedes negarlo, ¿verdad?

–No –admitió ella–. No sé qué decir.

–Te quiero, Laney. Creo que te he querido desde que tenía trece años. Quería casarme contigo, tener hijos contigo, hacerme mayor contigo.

Sus palabras la dejaron sin aliento.
–¿Desde que tenías trece años? ¿Y Portia? ¿No te veías a ti mismo teniendo hijos con ella, haciéndote mayor con ella?
–Sí –asintió Dalton–. Pero contigo me veía siendo feliz. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¿Tú no quieres eso?
El trabajo y no llegar a fin de mes eran cosas que Laney entendía. Todo lo demás parecía fuera de su alcance. Era ese maldito pastel en el escaparate otra vez.
–¿Quieres una vida conmigo? –insistió Dalton–. ¿Quieres todas esas cosas?
–Llevo sola desde los dieciocho años –Laney tragó saliva–. Ni siquiera sé cómo querer esas cosas. Además, tú me dejaste fuera de tu vida. Tomaste la decisión que más convenía a la Compañía Cain. Lo hiciste entonces y volverás a hacerlo. Eres así, Dalton. Da igual lo que sientas por mí, nunca seré la esposa perfecta para ti. Casarte conmigo no sería bueno para la empresa. Yo soy la chica con la que haces novillos, no la chica con la que te casas porque tú eres el chico que piensa en sus empleados, no el que se va a navegar un día laborable. Hemos podido ser esas personas durante un día, pero eso es todo. Era un juego, unas horas robadas.
Esperaba que Dalton protestase, tal vez incluso quería que lo hiciera. Después de todo, era un luchador. Pero él la miró en silencio durante unos segundos y luego tomó su cara entre las manos para darle un beso dulce y sentido, tan precioso como una mariposa posándose en tu mano. Y tan breve.
Era un beso de despedida.

Al día siguiente, Dalton encontró a Griffin exactamente donde esperaba encontrarlo en horas de trabajo: en su apartamento.
–Hola –lo saludó su hermano, en pijama–. Te has levantado muy temprano.
Dalton vio la televisión encendida y un cuenco de cereales sobre la mesa de café.
–No me he levantado temprano, son casi las doce.
Griffin miró el reloj de la televisión y lanzó un bufido.
–Son las once y llegué anoche de Oriente Medio. ¿Quieres comer algo?
–No, gracias.
–¿Quieres un café?
–Sí, por favor.
Dalton dejó su maletín en el suelo y se sentó en el sofá, enterrando la cabeza entre las manos. Había pasado la noche preguntándose qué hacer con Laney y aún no sabía si la solución que había encontrado era la correcta, pero ver a su hermano en pijama hacía poco para aumentar su confianza en ese plan.
–Bueno, ¿qué te trae por aquí? –le preguntó Griffin, dejando una taza frente a él.
–Creo que la pregunta sería más bien qué haces tú aquí cuando deberías estar en la oficina.
–El jet lag es un asco –la sonrisa de Griffin decía que era algo más que el jet lag. Además, oía el ruido de la ducha...
Había alguien allí. Una mujer, naturalmente.
–Ah, ya veo –murmuró.
–Espera un momento –dijo Griffin, levantándose–. Voy a vestirme.
–Tómate el tiempo que quieras.
Al fin y al cabo, no tenía que ir a ningún sitio.

Su hermano volvió unos minutos después, vestido y con las llaves del coche en la mano.

–Vamos a comer.

–¿Y los cereales?

–Es demasiado tarde para comer cereales. Vamos a un café argentino que hay al otro lado de la calle. Tienen la mejor carne del mundo, te lo juro.

Dalton miró la puerta del dormitorio tras la que debía estar la misteriosa mujer. Estaba claro que Griffin no quería que supiese quién era y Dalton no era dado a cotillear, de modo que salieron del apartamento sin decir una palabra.

Diez minutos después, sentados en el café argentino, Dalton sacó una carpeta que dejó sobre la mesa.

–¿Qué es esto? –preguntó Griffin.

–Échale un vistazo.

Su hermano miró los documentos con inusual seriedad.

–Información sobre la heredera perdida. ¿Quieres que me encargue yo del asunto?

Griffin siempre había tenido fama de playboy. Su encanto, su atractivo físico y su naturaleza alegre hacían que esa imagen fuese creíble. Incluso él, que lo conocía bien, a veces olvidaba que tenía una mente muy despierta.

Lo que le faltaba en ambición lo compensaba con su inteligencia.

Y era esa falta de ambición lo que Dalton tenía que superar aquel día.

–No te estoy pidiendo ayuda, te estoy pasando la información. No voy a seguir buscando a la heredera perdida.

Griffin lo miró, sorprendido.

–¿La has encontrado ya? ¿Quién es?

–No la he encontrado, es que no voy a seguir buscándola.

–No te entiendo –Griffin pasaba páginas como si esperase encontrar el nombre de la chica–. ¿Quieres que me encargue yo de la investigación? Tengo que irme de viaje la semana que viene, pero después de eso...

–No voy a buscar a nadie. No voy a bailar al ritmo que toca Hollister nunca más. Se acabó.

–Muy bien, yo me encargaré de esto. Ya sabes lo que pienso sobre los juegos de Hollister, pero te contaré lo que vaya descubriendo.

Dalton estuvo a punto de soltar una carcajada. Había pensado que sería difícil convencer a Griffin para que se hiciera cargo de la investigación pero no se le había ocurrido pensar que sería tan fácil hacerlo entender.

–Cuando digo que se acabó es que se acabó. No voy a buscar a la heredera, no quiero el premio de Hollister, ni quiero seguir siendo el director de la Compañía Cain. Te estoy pasando el testigo a ti.

–¿A mí? –Griffin cerró la carpeta.

–No quiero saber nada de la empresa.

–Pero es lo que siempre has querido. Todo lo que...

–Lo sé, todo lo que he hecho en mi vida ha sido para la compañía ¿y qué he conseguido? Nada, así que esta mañana he presentado mi renuncia.

–¿Qué? –Griffin estaba tan sorprendido que prácticamente saltó de la silla.

–Que he presentado la renuncia –repitió Dalton–. He recomendado tu nombre al consejo de administración y, aunque no puedo garantizar que acepten, he hablado con Hewitt, Sands y Shchield personalmente y creo que ellos podrán convencer a los demás.

–¿Te marchas, de verdad?

–Ya te lo he dicho –Dalton miró su reloj.

–No puedes dejarlo todo así, de repente. La Compañía Cain te necesita, ahora más que nunca.

–Estoy de acuerdo, la Compañía Cain necesita un líder fuerte, pero tú también puedes ser ese líder.

Dalton sabía que Griffin nunca había querido dirigir la empresa y también que algunos de los miembros del consejo de administración estarían en contra, pero quería creer que cuando la empresa lo necesitase, Griffin estaría a la altura.

–Aunque quisiera, no estoy preparado para dirigir la Compañía Cain.

–Mi secretaria sabe todo lo que se cuece en la oficina. Si hay algo que no entiendas, ella puede explicártelo. No te preocupes, Sydney es estupenda.

Griffin emitió una especie de gemido que Dalton tomó por un amago de histeria.

–Yo no... tú no puedes –su hermano sacudió la cabeza, como un perro intentando librarse del collar, y luego golpeó la mesa con el puño–. ¿Por qué haces esto? ¿Y qué demonios piensas hacer si no eres el director de la Compañía Cain?

Dalton se levantó y tomó su maletín.

–Voy a conquistar el corazón de la mujer de mi vida.

Desgraciadamente, cuando apareció en el colegio de Laney una hora después descubrió que no había ido a trabajar. Le había devuelto el documento oficial del donativo para el teatro, junto con una nota diciendo que no podía aceptar el dinero.

Pero Dalton no se preocupó hasta que fue a su casa y tampoco la encontró allí. Fue entonces cuando pensó que Laney Fortino estaba acostumbrada a salir corriendo cuando las cosas se ponían difíciles.

¿Qué tenía Laney que la retuviese en Houston? Una abuela que a veces ni siquiera la conocía y un amante en el que no confiaba.

Si no confiaba en él era porque no le había dado razones para hacerlo. Había destruido su confianza cuando era un adolescente y para que su relación funcionase tenía que ganársela de nuevo.

Pero no iba a ser fácil convencer a Laney de que era el amor de su vida si no podía encontrarla.

Capítulo Quince

Laney sabía que era una cobardía no ir al colegio ese día, pero se dijo a sí misma que tenía sus razones. Tal vez era cierto. Sí, tenía que hablar con su abuela, pero eso podría haber esperado.

Si Dalton decidía buscarla, el primer sitio al que iría sería el colegio. Tarde o temprano iría a la residencia, pero esperaba haberse marchado para entonces.

Cuando llegó, Maggie, una de las empleadas, estaba ayudando a Matilda a cepillarse los dientes. Laney encendió la televisión y buscó algún programa inofensivo... pensando que I love Lucy era la solución, sentó a su abuela frente al televisor mientras ella se dedicaba a buscar pistas sobre la misteriosa Victoria. No se molestó en preguntarle a su abuela, aún no. No tenía sentido tocar el avispero sin estar preparada para buscar refugio.

Una de las estanterías estaba llena de novelas porque a su abuela le gustaban los relatos de espías, pero en la otra había varios álbumes de fotos que había colocado ella misma. Su abuela no era una persona sentimental y no se había molestado en ordenar las fotos de su infancia o sus años de matrimonio. Y menos de cuando ella era niña.

Pero el médico había sugerido que los álbumes de fotos podrían ayudarla a recordar y Laney había reunido todas las que pudo encontrar. Incluso alguna que su madre se había dignado a enviarle con una nota: Espero que estés bien, cariño. Chile es genial en esta época de año. Ven a visitarme si estás cerca. Te quiero, mamá. P.S.: me gusta mucho esa en la que estás frente al mar, siempre ha sido mi favorita.

Cuando le llegaron esas fotos, dos años antes, Laney había buscado la que mencionaba, en la que aparecía su abuela con una mujer que Laney no conocía y una niña rubia de aspecto frágil, una niña que no era ella.

Entonces le había molestado, aunque no sorprendido, que su madre la confundiese con otra, pero nunca se había molestado en preguntarle a su abuela quién era esa niña.

Laney sacó el álbum de la estantería y buscó la foto. Su abuela tenía una mano sobre el hombro de la niña en un gesto que parecía afectuoso y protector.

A ella nunca la había tratado así y le dolió. Creía haber enterrado esos sentimientos años atrás, pero ver a su abuela siendo cariñosa con una niña de su misma edad hacía que el rechazo de Matilda fuese más doloroso.

Laney miró a las otras personas que aparecían en la foto, cuestionándose su identidad. La niña no miraba a la cámara sino al vacío, con expresión soñadora. ¿Sería aquella rubita la heredera perdida que todo el mundo estaba buscando?

La otra mujer debía ser la madre de la niña. Estaba sonriendo a la cámara y, sin embargo, su expresión era triste.

Cuanto más la miraba, más sentía como si la hubiera visto alguna vez.

Tras ella, su abuela murmuró algo y Laney dio un respingo.

–¿Qué?

–No me gusta este programa.

Matilda se había cruzado de brazos y tenía los labios fruncidos en un gesto de desagrado.

–Puedes cambiar de canal, tienes el mando a tu lado.

–Esa Lucy siempre se mete en los mismos líos. No aprende nunca –a pesar de todo,

su abuela siguió mirando la pantalla del televisor.

–¿Te importa si me llevo esta foto?

Su abuela hizo un gesto con la mano, como si no le importase, y Laney sacó la foto del plástico, dejando otra de su abuela con Griffin Cain frente a una enorme tarta de cumpleaños.

Luego siguió mirando el álbum, buscando otra fotografía de la misteriosa mujer... y la encontró tres páginas después. Fuera quien fuera, estaba claro que su abuela y ella habían tenido mucha relación, pero no era eso lo que la sorprendió sino que la mujer misteriosa tuviera un brazo sobre los hombros de su madre.

Las dos mujeres estaban embarazadas. La foto estaba hecha en el jardín de los Cain, bajo uno de los grandes robles a los que Laney solía subirse de niña. Y las dos estaban sonriendo.

Su madre estaba tan guapa como siempre. El embarazo le sentaba bien, aunque no así la maternidad. La sonrisa de la mujer misteriosa era triste, como en la otra foto. Tenía ojeras y parecía cansada.

Laney sacó la foto del álbum y lo guardó en la estantería antes de sentarse al lado de su abuela.

–¿Puedes decirme quién es esta mujer? –le preguntó, mostrándole la foto de la misteriosa mujer embarazada.

–Claro que sí.

–¿Quién es?

–Esa guarra de Suzy –el tono de su abuela se volvió desagradable–. Era una persona horrible. Le rompió el corazón al dejarlo en cuanto nació el bebé. Se marchó y lo dejó cuidando de la mocosa. Claro que él...

–No, no me refiero a Suzy –la interrumpió Laney, intentando disimular su desagrado. Al fin y al cabo, Matilda estaba hablando de su madre–. Me refiero a la otra mujer, la rubia.

Su abuela le quitó la foto de la mano y la miró con el ceño fruncido, como si la reconociera, pero no fuese capaz de recordar el nombre.

–No sé cómo se llama. ¿Por qué no recuerdo cómo se llama?

–¿Era amiga de Suzy? –le preguntó Laney. Si era amiga de su madre, probablemente no sería la mujer que había escrito la carta a Hollister–. ¿O era amiga tuya?

–Trabajó en la casa durante un tiempo, no mucho –de repente, Matilda la tomó del brazo–. Debería conocerla, ¿no?

–No pasa nada porque no la conozcas. Seguro que no es nadie importante.

No era cierto. Aquella mujer, fuese quien fuese, tenía que ser importante para aparecer en la fotografía con ella.

–Nunca me ha gustado este programa –dijo su abuela entonces–. Lucy nunca aprende la lección.

–Deja que busque otra cosa –Laney tomó el mando y empezó a cambiar de canal hasta que encontró una telenovela.

Luego, con las fotos y el móvil, se encerró en el dormitorio para llamar al hotel de Chile en el que, supuestamente, trabajaba su madre.

Desgraciadamente, Susanna ya se había ido. Laney sabía que había pocas posibilidades porque era un número que su madre le había dado dos años antes. Ella era así, cada año o cada dos años tenía que localizarla en algún sitio exótico porque iba de un trabajo a otro.

La persona con la que habló le dio el número de un hotel de Nicaragua. Allí le dieron uno de Honduras y, por fin, la localizó en un spa de Belice, pero tuvo que dejar un mensaje.

Para entonces era la hora del almuerzo y fue a la cafetería con su abuela, que seguía quejándose porque no le gustaba la telenovela. Acababan de regresar al apartamento cuando sonó su móvil.

–Hola, cariño –la saludó su madre–. Cuánto me alegro de hablar contigo. ¿Has recibido los jabones que te envié el mes pasado?

–Sí, claro –respondió Laney. Su madre le había enviado los jabones casi un año antes–. Me han gustado mucho.

–Tengo un trabajo estupendo. Y no te lo vas a creer, pero...

–Mamá, quería hacerte una pregunta sobre mi infancia –la interrumpió ella.

Al otro lado hubo un silencio.

–Cariño, tu padre y yo... bueno, ya sabes, no salió bien. Ojalá...

–No es eso –Laney había dejado de desear que su madre hubiera sido una madre de verdad. Ese barco había pasado mucho tiempo atrás y se había hundido en el océano–. Quería saber si puedes ayudarme a averiguar el nombre de una mujer que aparece en una foto contigo y con la abuela.

–No veo cómo...

–Es una foto en el jardín de los Cain. Tú estás embarazada y la otra mujer también. ¿Sabes quién es?

Susanna soltó una carcajada.

–Cariño, ¿cómo voy a recordar una foto de hace treinta años?

–Podría escanearla y mandártela. ¿Tienes una cuenta de correo?

–No, no, aquí no hay ni ordenadores ni televisión. Es como estar en el cielo.

–Necesito que pienses, mamá. Intenta recordar –insistió Laney–. Fue el verano que papá y tú pasasteis en Houston, cuando estabas embarazada de mí. ¿Era una amiga tuya o una amiga de la abuela?

–Ahora que lo dices, había una chica que también trabajaba para los Cain... creo que era la niñera de los Dalton.

–¿Recuerdas su nombre? ¿Era Victoria?

–No, algo parecido.

–¿Veronica?

–No.

–¿Violeta? ¿Velma? ¿Vivian? –sugirió Laney, a la desesperada.

–¡Vivian! Creo que se llamaba Vivian.

–¿Estás segura?

Porque necesitaba estar segura del nombre para resolver el misterio y encontrar a la heredera perdida. Tal vez haciendo eso por Dalton equilibraría de algún modo la situación.

–Cariño, ¿cómo voy a estar segura? Eso fue hace mucho tiempo, décadas. ¿Tú sabes cuánta gente he conocido desde entonces?

Sintiéndose extrañamente derrotada, Laney respondió:

–No, mamá, no lo sé.

–Cientos, tal vez miles. Cuando alguien viaja tanto como yo conoce a toneladas de personas. La mayoría entran y salen de mi vida y no vuelvo a pensar en ellas. Ya sabes cómo es.

–No, la verdad es que no lo sé.

Frustrada, Laney cortó la comunicación después de intercambiar la promesa de seguir en contacto... una promesa que no se cumpliría, como siempre.

Descorazonada, se dejó caer sobre una silla y enterró la cabeza entre las manos.

En ese momento, su abuela se acercó y miró la foto.

–Supongo que no sabrás quién es esa niña.

–Claro que sí.

Laney levantó la cabeza.

–¿Ah, sí?

–Es mi nieta, Laney.

¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿Por qué se esforzaba tanto por encontrar a esa mujer?

Ni siquiera Dalton parecía tan interesado en encontrar a la heredera como ella. Como si su futuro dependiese de eso.

¿Qué pasaría si encontrase a Vee, Vivían, Victoria o como se llamase? ¿Y si era ella quien había escrito esa carta? ¿Y si la niña de la foto era la heredera? ¿Qué saldría de todo aquello?

Esa niña, que en aquel momento tendría casi treinta años, se encontraría de pronto en un mundo de poder, dinero y corrupción. Su vida cambiaría del día a la noche y tal vez no para mejor.

Y Dalton, por supuesto, conseguiría lo que quería: la Compañía Cain y todo lo que iba con ella. Su vida volvería a encarrilarse después de aquel breve interludio.

Era lo mínimo que podía hacer. Tal vez así compensaría lo mal que habían ido otras cosas.

Laney se pasó una mano por la cara. Su abuela seguía a su lado, mirando la foto de Susanna con la mujer que podría llamarse Vivian.

–No es tu nieta –le dijo.

–Pues claro que es mi nieta. ¿Crees que no conozco a mi propia nieta?

Parecía insegura y Laney pensó que debería dejarlo estar, pero no era capaz.

–Es Susanna Pritchard, tu nuera.

–Laney siempre fue como su madre.

–Tiene la nariz de los Fortino, pero todo lo demás es Suzy Pritchard –dijo ella, repitiendo una cantinela que había escuchado muchas veces–. Oí eso tantas veces cuando era pequeña que acabé creyéndolo, pero no es verdad. No me parezco nada a mi madre.

–Sí te pareces –insistió Matilda.

Laney se levantó, enfadada.

–Cuando descubrí que me necesitabas, volví a Houston de inmediato. Y he venido a visitarte todos los días en los últimos tres años. No me parezco nada a mi madre porque ella jamás hubiera hecho eso. Ni siquiera me parezco a mi padre porque él era incapaz de enfrentarse con la adversidad –le dijo, mientras su abuela la miraba como si fuese una extraña que se hubiera colado en la habitación–. Creo que me parezco a ti. Me he quedado y he hecho lo que tenía que hacer, aunque sea frustrante y aunque nadie me dé las gracias. Aunque me duele estar aquí, me he quedado. Mi padre y mi madre nunca habrían hecho eso, tú sí.

Al decirlo en voz alta, Laney se dio cuenta de que era verdad y, de repente, entendió cosas sobre sí misma que no había entendido hasta entonces.

Ella no era una cría rebelde e ingrata. Sí, era cabezota y se había peleado con su abuela cuando era adolescente, pero no porque fuesen diferentes sino porque se parecían

mucho.

Matilda y ella tenían tanto en común... era asombroso que no lo hubiera visto antes. Las dos eran unas supervivientes, las dos habían perdido a tantas personas queridas; su abuela a su hermana, a su marido, a su hijo. Y había hecho todo lo posible para que la única persona que podría haberla querido apenas la soportase. Laney había perdido a su madre, a su padre, a su abuela... y estaba apartándose de la única persona que quería amarla.

Sí, admiraba la fuerza de Matilda, su obstinación, su responsabilidad y seriedad, todas cualidades que se había esforzado por cultivar en sí misma.

Pero al final de su vida, su abuela estaba sola. Había apartado de sí a la única persona que podía quererla... y Laney casi había cometido el mismo error. Pero no iba a hacerlo, no iba a apartar a Dalton de su vida.

Dalton estuvo tres horas sentado en el coche, frente a la casa de Laney. Había pensado volver al colegio, pero al ver a un tipo esperando en el coche alguien podría llamar a la policía.

Eran casi las cinco cuando el pequeño Ford se detuvo frente a la casa. Dalton cruzó la calle a la carrera, pero Laney seguía en el interior, con la cabeza apoyada en el volante, como si estuviese agotada... o llorando.

Cuando golpeó la ventanilla con los nudillos ella dio un respingo, pero enseguida abrió la puerta y se echó en sus brazos.

–¡Dios mío, estás aquí!

Dalton esbozó una sonrisa mientras intentaba apartarse para mirarla.

–Claro que estoy aquí. ¿Dónde iba a estar?

–No lo sé. He llamado a tu oficina, pero tu secretaria no ha querido decirme nada. Intenté hablar con tu madre, pero empezó a gritarme, así que llamé a Griffin y él me dijo que habías dejado la Compañía Cain –Laney le dio un golpe en el brazo–. ¿Cómo has podido hacer eso?

–Yo...

–Así que fui al puerto –siguió ella–. El guardia no me dejó pasar, pero miré y al no ver el barco en el muelle...

–¿Fuiste hasta allí a buscarme?

–No sabía dónde estabas y al no ver el barco...

–¿Pensaste que me había ido a dar la vuelta al mundo?

–No sabía qué pensar. Me habían dicho que te habías despedido de la empresa.

Dalton la abrazó y, en lugar de besarlo, Laney apoyó la cara en su torso, dejando escapar un suspiro que la hizo temblar de arriba abajo.

–Estaba aquí, delante de tu casa, esperando que volvieras.

–Pero el barco...

–El barco está en dique seco hasta que llamo al oficial del puerto cuando quiero salir a navegar.

–Ah.

–¿Por qué no vamos dentro? Así podrás contarme por qué estabas buscándome tan desesperadamente –Dalton enredó los dedos con los suyos mientras subían los escalones del porche y Laney abrió la puerta, nerviosa de repente.

El alivio que sintió al verlo había dado paso a una oleada de ansiedad y en cuanto la puerta se cerró intentó apartarse, pero Dalton tiró de ella y, antes de que pudiese protestar,

buscó sus labios en un beso lento y profundo, como si no pudiese dejar de besarla. El mundo pareció girar sobre su eje mientras Laney se perdía en la caricia, en su olor, en el calor de sus labios, en la felicidad de tenerlo tan cerca.

Cuando por fin se apartó, apoyó la frente sobre la suya, suspirando.

–Espero que no fueses al puerto porque habías perdido un pendiente o algo así. Porque si es eso voy a llevarme una horrible desilusión.

–No he perdido un pendiente.

Dalton sonrió.

–¿Entonces?

–¿Entonces? –repitió ella, haciéndose la inocente.

–Espero que te hayas dado cuenta de que tú también me quieres, que confías en mí y no puedes vivir sin mí.

Laney tragó saliva.

–Te quiero y no puedo vivir sin ti. Quiero estar contigo para siempre.

–¿Y el asunto de la confianza?

–Aún no lo sé –Laney levantó una mano para interrumpir sus protestas–. Pero he decidido que da igual. He estado pensando mucho en mi abuela... en la gente que ha perdido y la gente que he perdido yo. No quiero ser como ella, Dalton. No quiero apartarte de mi vida porque temo que me rompas el corazón. Quiero que esto funcione. Por loco e improbable que parezca, quiero estar contigo.

Se echó en sus brazos de nuevo y Dalton la apretó hasta dejarla sin respiración. Y después la besó de nuevo; otro beso largo y profundo que derritió su corazón.

Mucho tiempo después, en la cama, con las luces apagadas, Laney se incorporó abruptamente.

–¡Y no te he contado la mejor parte! He descubierto quién es V. Era una de vuestras niñeras y estaba embarazada mientras trabajaba para vosotros, así que podría ser ella.

Dalton aprovechó que la sábana se había deslizado un poco para acariciar sus pechos.

–¿Esa es la mejor parte?

Sus caricias era una tentación, pero Laney hizo un esfuerzo para terminar.

–Es una parte, no la mejor parte –replicó, dándole un manotazo–. Pero es emocionante, ¿no? La he encontrado.

–Emocionante no es la palabra que yo usaría.

–¿Por qué no?

Dalton se encogió de hombros.

–Ya da igual.

–¿Cómo que da igual?

–Da igual quién sea Vee o quien sea la heredera perdida. Como te ha dicho Griffin, he dejado mi puesto como director de la Compañía Cain.

–No puede ser verdad.

–Lo es.

Laney negó con la cabeza.

–Solo lo has hecho para intentar recuperarme y ahora que me tienes...

–Sería un gesto sin sentido si cambiase de opinión en cuanto te tengo en mis brazos, ¿no te parece?

–Pero...

–No quiero saber nada de la Compañía Cain –la interrumpió Dalton, apoyándose en un codo–. La razón por la que no podías confiar en mí es que ponía la compañía por encima de todo lo demás, incluso antes de ser el director. Tú nunca has tenido a nadie que te pusiera por encima de todo lo demás y yo quiero ser esa persona, aunque eso signifique perder la compañía.

En lugar de lanzar una exclamación de alegría, Laney frunció el ceño.

–Pero he cambiado de opinión. Me da igual que seas el director de la Compañía Cain.

–No te preocupes, no estaré sin empleo durante mucho tiempo. Diez minutos después de presentar mi renuncia, dos de los miembros del consejo de administración me habían llamado para ofrecerme un puesto.

Ella puso los ojos en blanco.

–No me preocupa que estés sin empleo. Yo sé lo importante que es para ti la Compañía Cain.

–No puedo dirigir una empresa en la que ya no creo, especialmente si eso va a costarme perder a la mujer de mi vida.

–Yo nunca te haría elegir entre la empresa y yo.

–Tú no me haces elegir, lo hago yo.

–¿Lo dices en serio?

–Por supuesto. A partir de ahora, tú eres lo más importante de mi vida.

Laney se dejó caer sobre los almohadones, un poco aturdida.

–¿Eso te pone nerviosa? –le preguntó Dalton.

–No, no, más bien estoy asombrada y agradecida. Yo... –Laney se echó en sus brazos, besándolo con una pasión que él le devolvió. ¿Qué había hecho para merece a un hombre tan maravilloso?

–Vamos a dejar las cosas claras –dijo Dalton, apartándose un poco–. Sé que has ido de un lado a otro hasta ahora, pero...

–He ido de un sitio a otro porque no tenía un hogar, pero si te tengo a ti, entonces tengo todo lo que necesito. Si te tengo a ti, tengo un hogar –Laney lo miró, insegura de repente–. Bueno, si eso es lo que tú quieres, claro.

Dalton soltó una carcajada.

–Sí, eso es lo que quiero. Pero me has interrumpido antes de que pudiese hacerte la gran pregunta.

–¿Va a haber una gran pregunta?

–Por supuesto.

Laney volvió a incorporarse, ocultando sus pechos con la sábana mientras lo miraba con cara de adoración.

–¿Si prometo estar callada y no volver a interrumpir, me harás la gran pregunta?

En los ojos de Dalton había un brillo de humor, pero también de amor. Aun así, Laney no podía creer que fuese a proponerle...

–Espera un momento. Cierra los ojos.

–Muy bien.

Laney cerró los ojos, notando que se levantaba de la cama y se movía por el pequeño dormitorio.

–Ya puedes abrirlos.

Cuando abrió los ojos lo vio arrodillado frente a la cama. Se había puesto los

vaqueros sin abrochárselos del todo, y en la mano tenía una cajita.

Con un precioso anillo de diamantes.

–Dalton...

–Tú mereces algo más que esto. Mereces música y flores, mereces una proposición más romántica que esta, pero he estado esperándote toda mi vida y no quiero esperar ni un segundo más para ponerte este anillo en el dedo. ¿Quieres casarte conmigo?

Laney se lanzó sobre él.

–¡Sí! –exclamó–. ¡Claro que quiero casarme contigo!

Sus labios se encontraron en un beso lleno de amor. Habría mucho tiempo para música y flores. En aquel momento, aquello era todo lo que necesitaba. Como él, Laney había estado toda su vida esperando a Dalton. Y ya no habría más esperas.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

